

LOS MELLIZOS
NO DESEADOS

del
Multimillonario

CIARA COLE

Tabla de Contenido

Los Mellizos No Deseados del Multimillonario

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Epílogo

OTRA HISTORIA QUE PODRÍAS DISFRUTAR

La Asistente del Jeque

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

Los Mellizos No Deseados del Multimillonario

Por Ciara Cole

Todos los Derechos Reservados. Copyright 2017 Ciara Cole.

[¡HAZ CLIC AQUÍ](#)

para suscribirte a mi boletín de noticias y conseguir actualizaciones EXCLUSIVAS sobre ofertas, avances y novedades!

Capítulo Uno

Por primera vez en su vida, a Indiana Hart le estaba costando trabajo comprar.

Eso sería un problema extraño en cualquier mujer, pero en esta ocasión se debía a que Indiana estaba en la tienda comprando alcohol. Para la fiesta de su hermano. Para la cual él había especificado exactamente lo que necesitaba, pero ahora, por su vida que era incapaz de recordar lo que era. Le había advertido que hiciera una lista, pero ella estaba muy segura de que lo iba a recordar.

No había resultado ser tan buena idea.

Indiana suspiró y se pasó una mano por la oscura y voluminosa melena rizada. Iba vestida con un top corto con estampado de flores y encaje y unos pantalones cortos blancos, un conjunto que revelaba su piel brillante y uniformemente bronceada.

Comenzó a caminar lentamente por el pasillo y pasó por delante de un monitor de seguridad y su imagen apareció fugazmente en la pantalla. Indiana apenas se dio cuenta de la alta y ancha espalda de la figura que estaba frente a ella. Después de un momento, él habló.

— ¿Va todo bien por aquí?—

Indiana miró a su lado y se quedó un poco sorprendida por lo bueno que

estaba el hombre que se había dirigido a ella. Sus bonitos ojos grises con motas verdes eran peligrosos, aunque cálidos. La línea de la mandíbula bien definida y ese poquito de barba incipiente que se extendía a esos pómulos prominentes. Incluso el revuelto cabello castaño le quedaba bien, como si fuera despeinado por no hacer el esfuerzo de peinarse, de una manera que le quedaba estupendamente.

Llevaba una camiseta blanca que marcaba su pecho musculoso y sus bíceps, por no hablar de sus abdominales planos. Indiana no quería pensar ni siquiera en su mitad inferior. Y en cómo sus vaqueros negros hacían que quisiera rezar unos cuantos Avemarías en penitencia por su pecadora respuesta al modo en que el tejido se ajustaba a sus fuertes muslos.

— ¿Estás echándome un vistazo?— preguntó él, y sus labios rosa pálido mostraron un atisbo de sonrisa que hicieron que un hoyuelo juguetón apareciera en su mandíbula.

—Espera, — dijo Indiana pensativamente. Ella le vio arquear una ceja mientras ella fingía que le echaba un nuevo vistazo. Entonces ella dirigió su mirada hacia él. —De acuerdo, ahora ya he terminado.

Él sacudió la cabeza cómicamente.

—Parece como si tuvieras problemas para decidir qué quieres — dijo él, inclinando la cabeza hacia las filas de vinos y licores.

La amable risita alrededor de sus palabras hizo que Indiana se relajara más. Habitualmente, se ponía tensa cuando había a su alrededor individuos del

otro sexo. Especialmente cuando eran tan masculinos y atractivos como este. Parecía ser de la edad de su hermano y tenía la figura alta y esculpida de alguien que visitaba el gimnasio con regularidad, lo que decidió que él hacía.

Indiana supuso que él debía haber notado como había paseado su mirada una y otra vez por las filas de botellas, confusa. Con un suspiro, explicó que su hermano estaba celebrando una fiesta y a ella le tocaba llevar la bebida, pero simplemente, no podía recordar qué quería.

Indiana entrecerró los ojos con frustración mientras paraba de intentar romperse la cabeza. —Quizá simplemente debería llamarle, — masculló y buscó su teléfono en el bolsillo. *¡Mierda!* Debía habérselo dejado en casa.

—Yo también voy a una fiesta y he venido a coger algunas botellas. Parece que son las favoritas de mi amigo, — dijo el guapo desconocido, levantando su cesta de la compra. La mirada de Indiana se desvió hacia las botellas y de repente sus ojos se iluminaron.

¡Eran exactamente las marcas que su hermano quería que le llevara! Ahora podía recordarlo y, con la memoria refrescada, rápidamente cogió las botellas de la estantería justo al lado del alto desconocido, cargando su carrito de la compra. *Qué coincidencia tan oportuna*, pensó Indiana con alivio.

No podía evitar reírse, pensando cómo acababa de recordarlo todo. Sonriendo, Indiana miró al desconocido que involuntariamente actuó como recordatorio, y cuando sus ojos se encontraron, ella notó que él se quedó congelado.

Indiana se preguntó en qué estaría pensando él. Algo en su mirada, hizo que en su estómago aparecieran unos extraños y pequeños aleteos. Se sentía como si estuviera enferma. ¿Qué demonios le estaba pasando?

—Bueno, gracias por tu ayuda, — le dijo Indiana con una brillante sonrisa. —Qué afortunada casualidad que vayas a una fiesta esta noche.

Aunque sentía mucha curiosidad por a qué fiesta iba él y quién era el anfitrión, de alguna manera, Indiana no podía pensar en nada más que decir. Especialmente cuando justo entonces él se estiró para alcanzar otro pack de seis de la estantería de detrás de ella y pudo notar la forma en que se flexionaban los impresionantes músculos de su brazo y sus hombros. Indiana inmediatamente desvió la mirada, con las mejillas encendidas.

—Me alegro de haber podido ayudar, — replicó él. Parecía que él estaba a punto de decir algo más, pero Indiana se dio la vuelta y comenzó a alejarse rápidamente sobre sus tacones.

—Que lo pases bien en la fiesta, — dijo ella con una radiante sonrisa por encima del hombro.

—Y tú.

En su camino de vuelta al coche, Indiana se preguntaba qué era lo que él le iba a decir antes. ¿Quizá querría pedirle el número de teléfono?

Ella ni siquiera tenía su teléfono o un bolígrafo. Indiana sacudió la cabeza y desechó tales pensamientos. Se sintió avergonzada por cómo se había ido corriendo. Tenía veintiún años y necesitaba actuar con más aplomo.

Simplemente, no había esperado que un extraño tan guapo la ayudara a conseguir bebidas en una tienda. Qué lástima que no fuera a volver a verle nunca.

Su hermano Drew la estaba esperando cuando Indiana volvió a casa.

—¿Por qué has tardado tanto?—

Indiana vio que ya se había vestido para la fiesta. Poniendo los ojos en blanco por su tono, ella se fue hacia la cocina.

—Olvidé qué bebidas tenía que traer. Hubiera llamado, pero me dejé el teléfono.

Drew se inclinó hacia delante y comprobó las etiquetas de las bebidas. — Parece que te has arreglado muy bien. Son las correctas.

—Alguien en la tienda estaba cogiendo las mismas bebidas y al verlo he recordado, — dijo Indiana, encogiéndose de hombros. Un destello de su memoria hizo que Indiana empezara a pensar en profundos ojos grises y un cuerpo poderosamente masculino y bronceado, pero parpadeó para apartar la imagen.

—Bueno, gracias, — dijo Drew. —La fiesta va a empezar. Debes prepararte.

—Oh, de acuerdo.

Indiana subió a su habitación. Era genial que fueran a hacer la fiesta en su casa, que era lo bastante grande para que pudiera entrar mucha gente. Al principio, Indiana se había preocupado, pero Drew había señalado que sus

amigos eran adultos responsables que podían manejarse con la bebida. Indiana conocía a la mayoría de ellos de la universidad a la que ambos acudían, que estaba apenas a una hora y media de donde vivían.

Indiana se vistió con un vestido corto negro con pinzas en la cintura y diseño cruzado. Indiana no tenía problemas en mostrar su envidiable figura yendo a la moda sin resultar excesiva. Gracias a que hacía yoga y fitness, nunca había sido insegura respecto a su cuerpo o su aspecto. Creía que se sentía cómoda en su propia piel y se sentía segura para llevar ropa ligeramente sugerente sin parecer una fulana.

No se complicó demasiado con su pelo. Lo tenía largo y rizado y cuando lo alisaba llegaba hasta la mitad de su espalda. Se maquilló con solo un poco de brillo de labios y mascara de pestañas. No había nadie en la fiesta a quién ella necesitara impresionar, así que tampoco lo dio todo.

Indiana oyó a su hermana llamarla desde el piso de abajo, y la música ya se oía a través de la puerta. Rápidamente, se abrochó sus zapatos de tacón de tiras y salió de su dormitorio para saludar a los invitados que habían llegado.

Fue una sorpresa ver la fiesta tan concurrida. Era una buena cosa que sus padres en ese momento estuvieran fuera de la ciudad visitando a la familia y no tuvieran que preocuparse por cuanta gente había vagando por su casa. Sus padres habían necesitado mudarse a New York cinco años atrás, cuando su padre fue ascendido para dirigir una nueva sucursal de una compañía financiera.

Ahora Indiana iba allí a la universidad, al igual que su hermano mayor, Drew. Afortunadamente la fiesta no iba a continuar hasta la madrugada, considerando que tenían vecinos.

Indiana se dio una vuelta saludando a la gente y casi se desmaya de la sorpresa cuando vio a la persona que estaba de pie hablando con su hermano.

Su desconocido estaba tan guapo como antes, en la tienda de licores. Era una locura comprobar que cuando se habían conocido, él estaba realmente invitado a la fiesta de su hermano.

Ella llegó a pararse delante de ellos y él la vio. Sus cejas se elevaron con sorpresa y él sonrió ampliamente, complacido.

—Hola.

Esa sonrisa la golpeó directamente en el estómago y a Indiana le llevó unos segundos antes de poder responder.

—Hola, — dijo tomando aire. —Encantada de verte de nuevo.

—¿Vosotros dos os conocéis?— preguntó Drew, con los ojos entornados, y Max le explicó lo que había pasado en la tienda y como Indiana había tenido problemas para recordar la bebida que le gustaba a Drew. Max había sido la persona que la había ayudado, aunque no habían llegado a cambiar más que unas pocas palabras.

—Parece como si todavía necesitarais una presentación adecuada,— dijo Drew con una sonrisa. —Max, esta es mi hermana pequeña, Indiana. Indiana, este es Max Stafford. Jugamos en el mismo equipo de fútbol.—

Indiana le estrechó la mano a Max, que la sujetó un segundo más antes de dejarla ir.

—Es gracioso lo pequeño que es el mundo,— dijo Max inexpresivamente.

—Cierto,— murmuró Indiana mientras se miraban fijamente.

Para su sorpresa, su hermana anunció después de una breve tos, —os dejo para que habléis.— Cogió su bebida del lateral y se dirigió a otra habitación, en la que estaban los invitados.

Indiana realmente no sabía qué pensar. Drew no tenía por costumbre estar tan relajado porque ella estuviera con sus amigos. ¿Realmente confiaba tanto en Max para dejarle con ella? O tal vez, Drew no pensaba realmente que ella pudiera ser el tipo de Max o él de ella, y que por tanto no habría problema en dejarles solos para que se conocieran.

Oh, lo que fuera. Indiana no iba a estresarse por algo que podía no ser nada. Miró alrededor buscando a Macy, su mejor amiga, que ya debería estar allí.

—Sabía que Drew tenía una hermana, pero nunca habría imaginado que eras tú,— dijo Max, dirigiendo de nuevo su atención hacia él.

—¿Vosotros dos, entonces, sois amigos, no solo compañeros de equipo?
— Ella estaba sorprendida de que Drew nunca le hubiera mencionado.

—Somos amigos, pero no muy íntimos, puesto que esta es la primera

que estoy invitado a su casa, — admitió Max. —Definitivamente me cae muy bien Drew, y por eso he venido. Normalmente pasamos el rato juntos, vamos al gimnasio o al club. Realmente creo que podríamos ser más amigos, pero ahora mismo siento curiosidad por ti.

Indiana se mostró sorprendida de que él realmente se interesara por algo relacionado con ella. ¿Estaba simplemente siendo agradable porque era la hermana de Drew? Lo último que querría sería leer de forma equivocada las señales y acabar avergonzándose. Max podría simplemente sentir curiosidad, quizá simplemente intentara charlar un poco.

—Ah... muy bien. ¿Por dónde empiezo?— replicó ella, con una sonrisa suave y juguetona.

—Bueno, puedes empezar contándome qué haces en tu tiempo libre, — propuso Max, tomando un sorbo de su cerveza.

—Me gusta hacer ejercicio, sobre todo yoga. Es un ejercicio súper sano, y lo practico desde que tenía diecisiete años.

—Suenas como algo que podría intentar. ¿Alguna sugerencia?— preguntó Max, con una suave sonrisa.

Indiana se acarició la barbilla pensativamente, mientras sus ojos le recorrían, evaluándole. —Te podría recomendar que empezaras con algo de yoga Sivananda, pero tiene un tipo de movimientos lentos...

Él soltó una risita al oír como dudaba. —No dejes que estos músculos te engañen. Me gusta mi entrenamiento muscular, pero no soy uno de esos bobos

que necesitan sudar abundantemente para estar satisfechos con su entrenamiento.

Indiana no pudo evitar sonreír ante eso. Sentía que era sorprendentemente fácil hablar con él, puesto que no había esperado que él tan relajado e ingenioso.

—Sé una cosa, que el yoga es originario de la India,— dijo Max.

—Sí, y mi sueño ha sido visitarla, — dijo Indiana, suspirando. Miró a Max y sonrió. —Y antes de que preguntes, no, mi nombre no tiene nada que ver con ello. Simplemente ha ocurrido así. Como el destino.

—Como la forma en que tú y yo nos hemos conocido, — dijo él, los labios ladeados en una sonrisa sexy.

Cuando él sonrió así, fue muy fácil dejar fuera de su mente la música y el murmullo de la fiesta. Ninguna otra cara atraía su atención, ningún otro chico tenía su presencia. Indiana se sentía más y más atraída hacia Max muy a su pesar, sabiendo que sería muy fácil caer bajo su hechizo.

Y todavía en ese momento, simplemente por contemplar sus atractivas características, la imaginación de Indiana comenzó a vagar por un territorio peligroso...

Max, sus labios de apariencia suave en los suyos. Ella vestida con una bata de seda sexy, que él lentamente desataría antes de recorrer sus curvas con sus masculinas manos. —*Tan hermosa, cada centímetro de ti. Cualquier hombre sería afortunado de tenerte, Indiana.*

En su mente, ella ya sabía que era lo que él quería, y podía sentir como su cuerpo se entregaba en su caricia imaginaria. —*Te voy a hacer sentir tan bien, — le prometió. —Te haré sentir lo que un hombre puede hacer.*

Y entonces él la tumbaría en la cama, mientras su suave murmullo todavía se perdía en las sombras, —*Sí...*

— ¿Indiana? ¿Estás bien?— preguntó Max, cortando bruscamente la traviesa ensoñación de Indiana.

— ¿Sí?— dijo ella bruscamente y sintió que sus mejillas se sonrojaban al darse cuenta de que había repetido en voz alta la última parte de su sensual fantasía. Oh, Dios. Nadie había hecho que tuviera pensamientos sucios solo con mirarle.

¡Maldita sea! Su madre la *mataría* solo por pensar en sexo.

Tenía que encontrar una manera de mantener esos pensamientos a raya antes de que fueran más lejos. Ella sabía que debería alejarse de él, pero no encontraba una manera de hacerlo tan fácilmente como en la tienda. Simplemente, no podía huir de esos tormentosos ojos grises todavía.

Le miró a la cara, la piel ligeramente bronceada y los labios carnosos y rosados, esos rizos castaños tan sexys, que parecía que acababa de levantarse de la cama, y la evidente tableta de chocolate y la escultural estructura corporal. Indiana normalmente no se daba cuenta de las características físicas de un chico, pero aparentemente estaba sintonizando demasiado con este chico, consciente de cada pequeño detalle sobre él. ¿Por qué ocurría esto?

—Esta no es la primera vez que me observas así. Debes estar viendo algo que te gusta.

Max sonrió de una forma que hizo que Indiana volviera a la realidad. Ella no era el tipo a superar y de alguna manera le gustó el hecho de que por una vez había encontrado un desafío que mereciera la pena en un hombre. Por la forma en que su sonrisa arrogante se hizo más profunda, supo que estaba complacido con el desafío de sus ojos.

—Parece como si estuvieras a punto de hablarme descaradamente otra vez, — la provocó Max, recordándole a Indiana como le había respondido cuando él había bromeado con ella en la tienda sobre estar observándole. — O... ¿Es sólo que no puedes saber cuándo un chico está tratando de flirtear contigo?

—Sabes, debe ser eso, — murmuró ella, con los ojos muy abiertos, inclinándose ligeramente hacia delante para bromear. —Quizá necesite más de una demostración.

—Estás muy guapa, — dijo su voz profunda.

Indiana solo había estado bromeando, pero él no sonaba como si lo estuviera haciendo. No, mirándola de la manera que lo hacía.

—Sé que me crees porque debes tener un espejo, Indiana, — dijo él con una sonrisa, que se desvaneció al añadir con voz profunda, —solo con pronunciar tu nombre tengo escalofríos.

Indiana retrocedió a una distancia más segura, sintiéndose de repente

como si estuviera de pie en el borde de una catarata. Y ella podía saltar o nadar de nuevo hacia la seguridad. El aspecto de Max, con su camiseta blanca básica con el escote ligeramente bajo debajo de la cazadora de cuero negro que conjuntaba con sus Levi's negros, decía a gritos: *chico mal*. Era como sexo andante y parlante.

—Hábil, realmente hábil, — dijo finalmente Indiana, manteniendo el tono casual incluso con las mariposas que sentía en el estómago. — Debo decir que tendré que vigilar mis pasos a tu alrededor.

Ella movió el dedo hacia él, y él se rio profundamente, disolviéndose la tensión que había en el aire mientras se instalaban en una charla picante. Solo duró cinco minutos antes de que llamaran a Indiana para ayudar con la fiesta.

Eso fue una hora antes de que Indiana estuviera agotada, y para entonces la fiesta se había vuelto más ruidosa y concurrida.

Música de los artistas favoritos de su hermano Drew, The Weeknd, Sia y Bruno Mars, retumbaba desde los altavoces. Incluso aunque ella movía el cuerpo instintivamente hacia las zonas saturadas, Indiana no quería admitir que sus ojos buscaban a alguien en particular mientras recorrían la habitación.

Pero entonces, ella *le* encontró y sus mismos ojos inquisitivos se iluminaron. Max. Estaba mirando alrededor de la habitación y la parte egoísta de Indiana se preguntó si él también la estaría buscando a ella. Sin pensarlo, sus piernas se movieron hacia él.

Al momento siguiente, Indiana frunció el ceño Una rubia se había

acercado a Max y le había puesto la mano en el pecho, con una sonrisa seductora en su rostro perfectamente maquillado. Parecía una de las hermanas del grupo de la fraternidad que había llegado unos minutos antes.

—¿Qué pasa, guapo? ¿No te gusta que te toquen?— preguntó la rubia con una sonrisita de suficiencia.

—No por cualquier mujer y no sin mi permiso, — dijo Max, arrastrando las palabras.

Incluso aunque no podía ver su cara, Indiana sonrió, pensando que no podía haber sonado más aburrido. *Tengo que rescatarle.*

Dejando su bebida en la mesa más cercana, Indiana aceleró el paso y pronto Max se giró y la vio. Él la sonrió e Indiana sonrió con superioridad, los ojos chispeantes con intención.

La rubia también miró en dirección a Indiana, y sus ojos se entornaron mientras Indiana se acercaba.

El hombro de Indiana golpeó el suyo. —¿Qué estás haciendo con mi hombre?

La rubia se enfadó y se cruzó de brazos. —Todo el mundo sabe que Max está soltero. Por el momento.

Con eso, la rubia le dirigió una mirada arrogante, como si estuviera segura de que ella sería la que le hiciera caer.

Indiana se inclinó más hacia ella para susurrar, —Eso es solo porque a él le conviene dejar a la gente pensar lo que ellos gusten. Está realmente

ocupado y, de hecho, le gusta jugar a un pequeño juego. A él le gusta que me disfrace como una desconocida y me recoge en la fiesta. Qué lástima que hayas tenido que entrometerte e intentar arruinar el juego para nosotros. ¿Realmente se siente una tan bien siendo la otra mujer?

Indiana no tenía ni idea siquiera de lo que estaba diciendo y podía decir que la rubia parecí perdida también. Al menos parecía que había captado el mensaje y se había puesto ligeramente pálida.

—Lo que sea, — dijo dubitativamente y con un movimiento de cabeza se alejó rápidamente de ellos.

— ¡Bueno!— Indiana giró la cara hacia Max con una sonrisa. — Supongo que así es como me convierto en tu compinche. Pero no necesitas darme las gracias, no es necesario en absoluto. Sólo te estoy devolviendo lo que has hecho antes por mí en la tienda.

Él la miró. — ¿Mi compinche? Creí que habías dicho no estaba libre.

—Pero no por mí, — ronroneó Indiana, agitando el dedo en su cara. Oh, le gustaba tomarle el pelo, se había dado cuenta.

Dios, qué guapa era.

Era lo único en lo que Max podía pensar. Desde la forma en que su abundante y rizado pelo oscuro crecía alrededor de su cara y sus hombros, hasta la forma en que brillaban sus profundos ojos marrones con la luz artificial. No podía de mirar su piel, suave y con un uniforme bronceado. Max

solo quería tenerla en su regazo, besándole con esos dulces labios. Quería sentir cada centímetro de su suave y cálida piel, pero era la hermana de Drew y no parecía estar interesada en Max en absoluto.

Pero, maldición. La forma en la que hablaba era tan sexy que quería estar encima de ella. Jugar con sus rizos oscuros, con las puntas reposando sobre sus pechos, que eran del tamaño perfecto, para llenar una mano. Tenía el cuerpo de una bailarina y quizá tuviera que ver con el yoga que ella estuviera... tuviera el cuerpo proporcionado, flexible y dibujado con curvas vertiginosas que ponían a Max como una moto.

Necesitaría un permiso especial para las cosas que su mente quería hacerle. Pero Max no era tan tonto como para pensar que era un simple interés sexual por su parte. Había algo más profundo, algo único para alguien como él, tan acostumbrado a quedarse en lo físico.

Algo en Indiana hacía que Max se sintiera atraído por ella y emborronara a todos los demás en la habitación. Exactamente como en el primer momento que la había visto en aquella tienda.

Simplemente por la forma en que se comportaba, y esa aura de inocencia y confianza que desmentía su figura sexy y plenamente mujer, tenían a Max sin apartar la vista. Dios, se sentía como un colegial sensiblero. No podía negar que estaba locamente enamorado.

Max nunca había tenido problema para conseguir chicas, como probaba el que le hubiera tirado los tejos la rubia. Compartía un apartamento con Liam,

su mejor amigo, que estaba tan en forma y tan en el juego como el propio Max. Ambos eran culpables de llevar chicas al apartamento toso el tiempo, lo que quería decir que Max no tenía problemas tampoco para tener sexo. Sin embargo, recientemente, había estado centrado en cosas más importantes, y había pasado un tiempo.

Así fue como Max Stafford pasaba por la vida sin problemas-hasta que conoció a Indiana.

Indiana se alejó caminando de Max con una pequeña sonrisa y fue inmediatamente acorralada por su rueda de prensa y mejor amiga Macy, que le preguntó seriamente. — ¿Quién era ese chico tan guapo? ¿Dónde puedo conseguir uno?

Con un movimiento de cabeza, Indiana se giró y fue hacia la cocina a por más hielo.

Macy la siguió corriendo sobre sus tacones mientras se movían entre la multitud. —Le gustas.

—No de la manera que piensas.

—Exactamente de la manera que pienso. He visto la forma en la que te miraba. Como si fueras la única chica de la habitación.

Indiana se encogió de hombros indolentemente. —Es amigo de Drew, lo que hace que quede fuera de mi alcance. Eso si estuviera interesada. Solo pienso que es agradable.

—¿Agradable? Con ese aspecto como el de Chris Evans, está tan lejos de ser agradable como hasta la estratosfera de los tíos increíblemente buenos. ¡No sé qué te pasa! ¡Chica, solo porque seas virgen no deberías ser insensible a los tíos buenos fornidos.

—Cállate. — Indiana se giró para quedar de frente a su mejor amiga. — Y no soy virgen. Sólo recatada. Suficiente para saber que Max es demasiada exploración para mí.

—¿Por qué? ¿Porque es un deportista?

Indiana desearía que eso fuera todo lo que él era. Pero era más profundo que el propio chico de por sí.

Indiana estaba deseando verle solo como a un amigo. Durante los últimos tres años ella había estado en una misión para una sola mujer: acabar la universidad. Enamorarse nunca había estado en sus planes.

Nunca hubiera soñado que, durante los siguientes meses, ella y Max terminarían estando cada vez más cercanos. Ella jugó a ser su “compinche” unas cuantas veces más. Él podía estar en la biblioteca o en una reunión en el campus y le mandaba un mensaje de texto para que Indiana a librarle de atenciones femeninas no deseadas. En pocos minutos, Indiana aparecería, fingiendo ser su novia de nuevo.

Max e Indiana se reirían más tarde, y ella haría un espectáculo quejándose de cuantas veces tenía que interpretar para él el papel de

“compinche”. Una vez, Max la sorprendió y sugirió que una forma sería que ella simplemente fuera su novia de verdad. Indiana simplemente se rió, sin tomárselo en serio.

Indiana nunca hubiera adivinado que al final... Max robaría su corazón y lo reclamaría como suyo para siempre. El sería el que le mostraría como ser una mujer de verdad.

Indiana había mentido al decirle a Macy que no era virgen. Solo había compartido unos pocos besos y sesiones de tibio besuqueo en el pasado. Un año después de conocerse, Indiana le regaló a Max su inocencia. En ese punto, ella ni siquiera podía saber el significado de las excitante emociones que él despertó en ella esa mágica noche – una que catapultaría su cuerpo en una nueva orientación sensual.

Tres semanas después de su noche juntos, Indiana eligió irse con Macy a hacer un viaje con el que soñaban desde que eran estudiantes de primer curso. Lo habían reservado un año antes y habían estado ahorrando para hacerlo y finalmente había llegado el día e Indiana tenía que irse.

Quién habría imaginado que yendo a encontrarse a sí misma en el exótico entorno de la India, perdería el corazón del único hombre al que había amado de verdad.

Fue dos semanas después de conocerse cuando Indiana vio a Max de nuevo. Ella acababa de terminar una clase y subía las escaleras hasta la primera

planta para llegar a su segunda clase. Había un enorme ventanal ruinoso en el pasillo que miraba hacia el campo donde entrenaba el equipo de fútbol. El equipo estaba invicto y había Ganado partidos por todo el mundo. Indiana localizó a su hermano con peinado de mohicano desecho. Se dirigía hacia donde estaban las botellas de agua. Unos cuantos del equipo iban detrás de él para sentarse. Drew lanzó una botella hacia alguien que estaba de pie, cruzando el campo de futbol por el aire.

Era Max. Cogió la botella hábilmente con la mano libre Uno de sus compañeros de equipo le alcanzó y entonces vio a Indiana de pie en la ventana. Golpeó a Max en el hombro y señaló en dirección a ella.

Max se volvió rápidamente y sonrió directamente a Indiana, saludándola con la mano.

Oh mírale, tan mono e inocente, pensó Indiana. Sabía con seguridad que estaba lejos de ser inocente, pero para qué negarlo, estaba muy mono, especialmente con esa camiseta de fútbol y esos pantalones cortos.

La sonrisa de Indiana fue mayor de lo que ella había planeado y definitivamente no había planeado devolverle el saludo de una forma tan feliz, como una niña con un cuelgue. Sintiéndose tonta, se dio la vuelta rápidamente y se dirigió a clase.

Max siguió a Indiana con los ojos hasta que desapareció en algún lugar más allá de la ventana. Se volvió solo para ver a su colega Héctor sonriendo.

—¿Qué?— Max bebió agua, arqueando una ceja en dirección a Hector.

—Nada. Solo que no sabía que estabas tan loco como para ir detrás de la hermanita de Drew, — dijo Hector son una sonrisita de superioridad.

Las cejas de Max se juntaron y miró rápidamente a Drew, que estaba ocupado hablando con los otros y no le había oído ni había notado el intercambio con Indiana justo antes.

—¿Vas a decírselo?— gruñó Max y vio como la sonrisa de Hector desaparecía.

—¡Ni de broma! No voy a ser el que provoque esa explosión.

El silbido interrumpió su charla, haciendo que todos los jugadores volvieran al entrenamiento.

Después, estaba en el comedor comiendo una hamburguesa y bromeando con amigos del equipo. Las animadoras se pasaron y hablaron con los chicos, una de ellas era la belleza rubia de la fiesta de Drew. Ella le invadió con su ondulado pelo rubio y sus claros y brillantes ojos azules antes de cogerle del brazo.

—¿Cómo estás, Max?

—Bien—, contestó él de malas maneras, apartando su brazo de sus uñas afiladas.

—Vayamos al grano. ¿Qué tal si salimos este martes?— preguntó ella.

—Gaby, creo que sabes mi respuesta a eso.

—¿De verdad? Déjame adivinar. Vas a llamar a esa chica y hacerla fingir

de nuevo que es tu novia, — dijo Gaby con una sonrisa de superioridad. — Puede que haya picado la primera vez, pero tengo mis fuentes y me han dicho que, definitivamente, vosotros dos no estáis saliendo.

—Necesitas actualizar tus fuentes, — le informó Max, dando un último bocado a su hamburguesa y tirándola. —Y diles que estoy trabajando en ello.

Gaby comenzó a farfullar, y él supo que la había sorprendido de nuevo. Incluso se había sorprendido a sí mismo. Pero no le preocupaba quién conociera sus intenciones o que pensarán. El asunto de que fuera la hermana de su compañero de equipo nunca se interpondría en su camino de lo que él quería, y eso era Indiana.

Pero como se suele decir, *ten cuidado con lo que deseas...*

Capítulo Dos

Cuatro Años Después...

Después de unos pocos latidos, él sintió que ella le devolvía el beso.

Él capturó ansiosamente su boca, sus manos apretando su cintura mientras él la aplastaba contra su cuerpo. Aquí era donde ella pertenecía. Con él. A él. Indiana era suya para amarla, para reclamarla. Y él nunca la abandonaría...

Max Stafford se despertó empapado en un sudor frío. Las últimas y escasas hebras de su sueño no se marcharían, igual que los recuerdos de Indiana parecían nunca evaporarse realmente incluso después de cuatro años.

Él había jurado no tener más sentimientos hacia ella, después había soñado con ella cada dos noches durante meses. Nunca se alejaba de sus pensamientos, día tras día. ¿Por qué no podía dejarla marchar?

¿O era que no podía perdonarla por cómo habían acabado las cosas después de todos estos años?

Quizá era a sí mismo a quién no podía perdonar. No debería haber dejado que su ego se interpusiera entre ellos. Habían sido tan inseparables en la Universidad... Ambos eran fanáticos de la salud y de estar en forma y habían tenido grandes sueños de hacer negocios juntos cuando se graduaran. Habían hablado de un retiro de yoga y salud, una línea de ropa deportiva e,

incluso, de escribir juntos uno o dos libros. Quizá deberían haber alcanzado el éxito juntos e incluso estar casados y planeando tener un bebé en estos momentos.

Indiana era la única chica a la que él había amado realmente. Pero Max sabía que no era sano habitar en el pasado.

Además, había sido ella quién le había dejado para visitar la India justo cuando se suponía que iban a irse juntos a Los Ángeles. A sus ojos, el viaje a la India era una oportunidad que se tenía una vez en la vida para viajar durante un mes a conocer a un gurú espiritual con una amiga y tener una aventura. Habían tenido una pelea en el aeropuerto, e Indiana le había dicho que ya no estaba segura de su relación.

Indiana siempre era así, ligera y siempre tomando decisiones vitales sin él para encajar en su “bohémio” y descuidado estilo de vida. Eso le enfurecía, lo que inevitablemente les llevo a entrar en una enorme pelea cuando él la dejó en el aeropuerto aquel fatídico día.

Max nunca había imaginado que sería la última vez que se vieran o que hablaran el uno con el otro.

Culpa. Eso era todo lo que realmente era, decidió Max con firmeza mientras apartaba de su de otra forma desnudo cuerpo las arrugadas sábanas. No había manera de que él pudiera continuar estando enamorado de Indiana Hart. Durante mucho tiempo después de conocerse, él había sabido que sus sentimientos eran unilaterales e Indiana no le veía realmente como a un amante

sino como a un amigo. Una noche cambió todo y finalmente, ella le había entregado su corazón y su cuerpo. O al menos eso había creído, hasta que ella había elegido a su mejor amiga por delante de él para ir a la India.

Max no quería pensar en ello nunca más. O en las enojadas palabras que le había dicho... lo que había hecho que Indiana le dijera que a lo mejor era una buena cosa tener algo de espacio entre ellos, puesto que no estaba segura de si quería seguir estando con él después de su estallido.

A continuación, Max le había dicho que él había decidido que no iba a esperar alrededor de un mes para ver si ella quería estar con él todavía cuando volviera a los Estados Unidos.

Si solo él hubiera podido ver cómo iban a salir las cosas, ¿habría adoptado una postura diferente y hubiera sido más razonable y comprensivo? No se hubieran peleado e Indiana no hubiera cortado finalmente todos los lazos que les unían.

Era inútil estar recordando las cosas una y otra vez. Con veintiocho años, Max Stafford tenía el mundo a sus pies. Dos años antes, había desarrollado una aplicación para estar en forma que se había vuelto global, convirtiéndole en multimillonario. Ahora tenía una marca de fitness, una cadena de gimnasios y una línea de ropa.

Nadie tenía mejor suerte con las mujeres que él. Ahora se regodeaba en su estilo de vida de playboy mujeriego. Incluso había aparecido en algunos de los videoclips de sus ex-novias cantantes famosas y actualmente estaba

saliendo con una de las supermodelos más hermosas, jóvenes y solicitadas. No iba a durar más que unas pocas semanas, como todas sus anteriores relaciones con novias famosas.

Ellas siempre sabían de qué iba el trato, y no había posibilidades de sentimientos más profundos cuando Max jugaba correctamente sus bazas. En cualquier caso, era conocido por mantener buenas amistades con sus ex-novias, e incluso, en ocasiones, ir de viaje o acudir a eventos con algunas de ellas. Solo alguien como Max Stafford podía conseguirlo.

Todavía quedaban lejos de su mente pensamientos como sentar la cabeza, encontrar a la “única” y comenzar una familia. Increíblemente, la vida tenía sus propios planes y Max iba a descubrir que no todo estaba bajo su control. E incluso, con todo el dinero, la fama y las mujeres del mundo, un hombre aún puede sentir que algo le falta.

En lo más profundo, Max tenía algunas piezas de sí mismo que todavía echaba de menos. Nunca hubiera imaginado qué forma iban a adoptar esas piezas y como constituirían la esencia más profunda de lo que es verdaderamente importante para un hombre. Una familia, un futuro. ¿Cuáles eran las posibilidades que podían estar esperando a la vuelta de la esquina?

—Andy, tienes que ir, — dijo Macy, la mejor amiga de Indiana.

—No, no voy. Sé que han pasado cuatro años. Pero no estoy lista todavía, — replicó Indiana.

—Oh, vamos, Indiana. Ambas sabemos que quieres ir. De hecho, *necesitas* ir.

—Oh, ¿y eso por qué?— preguntó Indiana.

—Porque Max merece saber.

La cabeza de Indiana giró rápidamente para mirar a Macy. Indiana sabía que su mejor amiga tenía razón.

—Por si no lo recuerdas, Macy, *intenté* decírselo a Max.

Fue hace tres años... Indiana acababa de volver de la India con las grandes noticias que había estado guardando con tanta emoción y miedo...

No pasó mucho tiempo hasta que se dio cuenta de que estaba embarazada durante su viaje a la India. Recordaba despertarse en un hospital de Delhi y preguntarse qué estaba haciendo allí.

Habían pasado dos meses de senderismo y visitas a palacios, templos, santuarios, canales y senderos de la India. Los primeros diez días de su viaje, los habían pasado en el hogar de un famoso gurú. Había sido memorable experimentar la pureza y la belleza de la vida sencilla de espiritualidad con cientos de otros visitantes que venían desde otros lugares del mundo para vivir en la casa del gurú, o *ashram*, durante tanto tiempo como quisieran.

Esa mañana, Indiana y Macy habían estado vagando por las calles de Bundi y estuvieron visitando los templos hindúes con un guía local. Indiana no podía recordar nada después de eso.

Macy estaba de pie junto a su cama del hospital, parecía frenética y

explicó que Indiana se había desmayado durante su visita al templo de Ranakpur.

—No te muevas demasiado, — dijo Macy con preocupación, inclinándose rápidamente para empujar a Indiana de nuevo contra las almohadas.

Entonces el médico entró, y tenía una sonrisa.

El sujetaba una carpeta de pinza. —Parece que nuestra bella durmiente finalmente se ha despertado.— La enfermera que entró con él empezó a ajustar cosas, pero la atención de Indiana estaba fija en el doctor de aspecto amigable que añadió, —Hemos hecho algunos análisis de sangre, dado que no recordarás haber estado perdiendo la consciencia. Ahora, ¿ha estado sexualmente activa?

Indiana se quedó helada, sus ojos se desviaron hacia Macy que se ofreció a salir de la habitación.

—No, está bien. Quiero que estés aquí, — dijo Indiana, temiendo quedarse sola incluso en la brillante y acogedora habitación del hospital. Se asustó de a dónde estaba tratando de llegar el médico.

Finalmente, ella murmuró, —Um, solo una vez, hace un tiempo.

El doctor sacudió la cabeza y después miró de nuevo a los papeles de su carpeta. —¿Se ha estado sintiendo mal, antes de desmayarse?

Indiana se quedó pensativa unos momentos, después asintió. —Noté que estaba empezando a ponerme enferma.

—¿Náuseas y vómitos?— preguntó el médico.

—Sí. Solo unas pocas veces, y pensé que era cosa de mi cuerpo reaccionando a la comida y el agua de un país extranjero. Oh, y además me he sentido muy, muy cansada todo el tiempo.

El médico movió la cabeza pensativamente. —Aunque la fatiga podría ser un factor, la razón de su actual enfermedad es la vida que está creciendo en su interior mientras hablamos.

Indiana le miró y puso una mano detrás de la oreja en un gesto casi cómico de incredulidad. —¿La qué?

El médico soltó una risita y procedió a precisar calmadamente lo que quería decir con un —Estás embarazada.

En cuanto las palabras fueron pronunciadas, el sonido del plástico golpeando el suelo llenó el aire, procedente de Macy que, de la sorpresa, tiró la taza de agua que le estaba acercando a Indiana.

Indiana se sintió aturdida, pero nada la podía preparar para lo que vendría después. El médico sugirió que se hiciera una ecografía, tras el cual descubrieron que estaba embarazada de tres meses de *mellizos*...

Indiana exhaló un suspiro al agitarse esos recuerdos. Aquellas semanas en la India antes de darse cuenta de que estaba embarazada, Indiana había disfrutado días de misterio y magia. Indiana y Macy se habían asegurado de que su ruta beneficiara a los comerciantes locales, utilizando alojamientos mantenidos en aldeas locales y comprando los productos frescos localmente.

En los alojamientos rurales en los que habían estado en ocasiones, habían comprado en el mercado local de verduras.

Pero había echado de menos a Max cada día.

Se había sentido culpable por la última vez que le había visto y su airada conversación cuando se encontraron en el aeropuerto antes de que se fuera. Desde entonces, había sido imposible llamar o enviar correos electrónicos debido a la mala recepción en los lugares remotos que habían visitado.

Y sin embargo, una vez que Indiana supo de su embarazo había estado ansiosa por compartirlo con Max. Ahora, años después, odiaba pensar en su corazón lleno de esperanza, corriendo a casa desde la India y resuelta a contar a Max la increíble, incluso extraordinaria noticia. Había estado tan enamorada, que se decía a si misma que Max encontraría una forma de hacerlo funcionar. Juntos.

Todo cambió cuando entró en el dormitorio de su apartamento y vio a esa chica desnuda en su cama.

Antes de que esas dolorosas imágenes pudieran cortarla más profundamente, escuchó a Macy continuar, —Ya lo sé, Indiana, pero Robyn y Ryder van a cumplir cuatro años. Pronto serán lo bastante mayores para empezar a hacer preguntas. Ves a Max en la televisión todo el tiempo y también que Ryder es exactamente igual que él.

Indiana no pudo evitar hacer una mueca. —Sí lo sé. Supongo que se lo tengo que decir a Max, ¿no?

—Esa es precisamente la razón por la que te mudaste aquí. Y la razón exacta por la que vas a ir a la misma convención a la que él acudirá el viernes, — dijo Macy con firmeza.

No había lugar para la discusión. Indiana se había enfocado en esa dirección durante meses. Especialmente desde que el año pasado se había topado con Liam que había sido el mejor amigo de Max desde que estaban en educación secundaria.

—¿Indiana? Eres tú, ¿verdad?— preguntó Liam que tenía el pelo oscuro y unos impresionantes ojos azules. Siempre le había parecido a Indiana un muñeco Ken, tan correcto y bien puesto, y siempre había sido simpático con ella. Qué locura que, entre todos los lugares, se hubieran encontrado en la playa.

—¡Liam! No te había visto en siglos,— exclamó Indiana, sorprendida y complacida.

—Es cierto, han pasado tres años. ¿Cómo estás?— le preguntó Liam con una mirada inquisitiva.

—Oh, ah... Bueno, enseño yoga y acabo de terminar mi Master en nutrición.

—Eso es genial. Entonces, ¿qué estás haciendo aquí, de vuelta en la costa este?

—Solo he venido a ver a mi madre. ¿Y a ti te va bien, Liam?— preguntó Indiana con una brillante sonrisa mientras miraba a su alrededor un poco

furtivamente y esperando que su madre no apareciera.

—Debo decir que me va fenomenal. Tengo mi propio consultorio médico. Pero siento más curiosidad sobre...— él se interrumpió cuando nada menos que la madre de Indiana les interrumpió, sujetando de la mano a un niño y una niña, cada uno a un lado.

—Estos dos te han ganado en lo que se refiere a tenacidad,— resopló su madre. —Son todavía más exigentes que ti cuando eras una niña. Querían más de ese helado de caramelo.

La mirada de Indiana fue de ella a los niños y supo lo que estaba pensando él. ¿Quiénes eran esos niños? ¿Indiana era madre?

Indiana presentó a su madre y Liam y le dijo que era un viejo amigo de la universidad. —Yo les llevo, mamá,— dijo Indiana y las manitas regordetas pasaron a sujetar las suyas. —Puedes irte a hacer lo que necesites.

Su madre sonrió a Liam u se fue y sólo entonces Liam planteó la pregunta que flotaba en el aire.

—Supongo que son tuyos. ¿Cuántos años tienen?

A Indiana se le escape un profundo suspiró antes de poder responder. Casi parecía que le arrancaban las palabras cuando dijo, —Sí, son míos. Y acaban de cumplir tres.

—Esperan ¿has dicho *tres*?— Liam no llegó a decir nada y transcurrieron unos momentos que se hicieron muy largos mientras Indiana acariciaba los rizos del niño y la niña que estaban de pie a ambos lados

mirando con curiosidad al hombre alto y ancho de hombros que les miraba.

Incapaz de continuar esperando más tiempo, Indiana se enderezó. — Bueno, me voy. Adiós, Liam.— Ya estaba guiando a los pequeños para irse con ella.

—*Indiana*, — dijo Liam, poniendo una mano en su hombro. Retiró la mano mientras ella se giraba lentamente para mirarle de nuevo.

—Lo sé,— dijo él simplemente, dirigiendo la mirada a los mellizos de pelo rizado, sus ojos brillantes verde-grisáceo y algunas características inconfundibles que no le pasaron desapercibidas a Liam, pero Indiana se dio cuenta.

—Se parecen a él,— añadió Liam suavemente y les sonrió. Después, miró a Indiana, que se había puesto rígida. —Si tú quisieras, no se lo diré.

El profundo suspiro que Indiana había estado conteniendo, salió de ella con un *whoosh*. —Gracias, Liam. No me parecería bien que se enterara así. Puedo parecer una mala persona y no sería justo, ¿sabes?

Él asintió comprensivamente, le dedicó otra sonrisa y después se fue.

Incluso ahora, medio año después, Indiana recordaba la puñalada sorda de dolor que había sentido viendo a Liam desaparecer. La había llevado de vuelta a aquellos tiempos felices con Max durante sus años de universidad, y era como decirles adiós otra vez.

Expulsando ese pensamiento, Indiana se enfrentó a Macy, que esperaba pacientemente su decisión final. —¿Y bien?— la presionó Macy con una mirada

esperanzada.

—¡De acuerdo! Iré a la convención. Al menos para verle. No tengo que revelarle la verdad exactamente, no todavía. ¿Cómo sabré si ha cambiado, que es apropiado o que está realmente convencido de no sé qué mentiras?

—Eso no nos corresponde a ninguna de nosotras decidirlo,— dijo Macy con quejumbrosa facticidad. —Cuanto más tiempo pase, a más culpa y preocupación te enfrentarás. No puedes continuar viviendo así.

—Sé que no es lo correcto. Pero nunca he sido muy resolutiva en lo que se refiere a las cosas que hacer con Max,— dijo Indiana gravemente. —No haberlo intentado con la suficiente fuerza para conseguir lo que quería me hizo creer que había fallado. No lo hice lo mejor que sabía y dejé que Max se fuera. Me dejé hundir.

Macy solo sacudió la cabeza para llevarle la contraria y rodeo con un brazo reconfortante los hombros de Indiana. Indiana estaba agradecida de que Macy no insistiera más en el asunto. So Indiana volvía a salir y fallaba al encontrarse con Max, no había duda de que Macy lo entendería. Pero, ¿mantenerse a distancia de él una vez más era lo que había que hacer? Indiana sabía que tenía que decidirse y pronto.

Capítulo Tres

Max apenas estaba escuchando a su manager mientras le daba la programación de las conferencias del día. Normalmente estaba demasiado ocupado para acudir a estas convenciones, pero por algún motivo, esta vez había sido imposible escabullirse. Después de todo, su compañía era uno de los principales patrocinadores.

Cualquiera de sus directivos podía haber acudido al evento en su lugar, pero Max había elegido ir el mismo en el mismo minuto. Había una exposición, y Max podría mostrar productos innovadores, equipamiento de fitness y ropa de su nueva gama.

Hoy participarían importantes oradores especialistas en fitness y nutrición en las áreas de entrenamiento de fuerza, yoga y jiu-jitsu, entre otros. Los participantes también podrían encontrarse con expertos en fitness como Max Stafford así como con instructores y entrenadores personales.

Su manager continuaba diciéndole a Max qué cosas serían buenas para su imagen y bla, bla, bla... La última cosa que Max necesitaba era cualquier recordatorio sobre sus aventuras amorosas y qué tipo de impresión causaban en sus intereses de negocios. Participar en la convención de salud y bienestar era una forma segura de estar a buenas con el público y Max estaba de acuerdo en desempeñar su papel y no solo repartir cheques.

—Puesto que esto debería ser una gran publicidad para la empresa y para ti, todos esperarán que te comportes de la mejor forma posible, — dijo Jasper, su muy elegante manager que siempre vestía trajes de estilo inglés y chaquetones de marinero. Bueno, era medio inglés, el acento y sus maneras encajaban, puesto que se había criado allí hasta su adolescencia.

—Mira, Jasper. No estoy seguro de en qué clase de problemas podría meterme con una pandilla de entusiastas de la buena salud. La mayoría de los participantes son de mediana edad o con niños pegados a ellos.

—Eso no significa que no vayas a aprovechar la oportunidad si se presenta, — gruñó Jasper. —No eres conocido por pasar de una cara bonita o un cuerpo sexy.

Max gruñó, en una parodia de indignación. —Disculpa, — dijo imitando el discurso habitual de Jasper. —No voy durmiendo por ahí con cualquiera. Venga, Jasper, no importa como de seductoras sean, y créeme, están buenas, pero todas ellas van detrás de una única cosa. Mi dinero. Lo supuse tan pronto como alcancé la gran liga cuando mi aplicación salió. Siempre hay una chica desesperada esperando que la lleve conmigo. Pero soy más listo que eso.

—Sí, estoy seguro de que lo eres, pero esta es tu ciudad natal y fuiste a la Universidad aquí. Podría haber unas pocas conquistas o viejos amores que...

Max perdió totalmente la concentración durante el discurso de Jasper. Todo lo que le venía a la mente era lo que Jasper había dichos sobre “viejos

amores”. En realidad había una chica. Era lista, sexy... perfecta. Tenía una bonita piel bronceada con un brillo de miel. Un cuerpo asombroso, un brillante futuro y era buenísima en la cama.

Incluso aunque solo habían tenido sexo una vez.

Indiana Hart. Después de ella, ninguna mujer tenía comparación. Max siempre se había preguntado qué la hacía tan especial. A él realmente le había gustado y habían sido amigos hasta aquella mágica noche en la que se convirtieron en amantes y empezaron a salir de verdad. Pero él lo había arruinado todo a causa de su orgullo y su incapacidad para moverse en el asunto más sencillo.

Max entendió que Jasper solo quería pisar sobre seguro, puesto que cualquier tipo de noticia sobre dramas o romances se habría propagado en los medios. Por alguna razón, nada sobre la vida amorosa de Max había sido magnificado por la prensa sensacionalista. Sin embargo, estaba trabajando en conseguir su propio programa y, por tanto, quería acumular tanta buena voluntad e interés como pudiera para encontrar ese hueco en las grandes redes. Ya aparecía muchas veces en televisión debido a sus negocios y compromisos sociales.

Horas más tarde, Max desearía haber prestado mayor atención a los detalles de la convención cuando Jasper le había estado contándole las cosas. Si lo hubiera hecho, Max no habría estado tan sorprendido de ver nada más y nada menos que a Indiana Hart en el escenario para dirigirse a los asistentes.

Era el evento más importante sobre salud y bienestar de la ciudad, lo que explicaba por qué estaba aquí, surgida de la nada. Pero no... nada podía explicar realmente como Indiana podía estar aquí, justo delante de él, dando su conferencia sobre gestión de la vida y el estrés a través de la práctica del yoga.

Paciencia. Compasión. Abrazar la paz interior y el amor... meditación y desarrollo de un mayor aprecio por la vida, sus palabras llenaban la habitación y dejaban a los oyentes cautivados. Quedaba claro en su comprometida entrega su equilibrio y pasión en lo que creía y su conocimiento de lo que hablaba.

En un momento, Max lo recordó todo. Sobre el amor de Indiana por el yoga, como le había dicho que la había ayudado a potenciar su propia imagen y confianza. Todo el tiempo que habían estado juntos como amigos y después brevemente como pareja, él la había observado mientras hacía yoga. Su cuerpo hermoso, ágil y bien formado, pasando por numerosas posturas conocidas como *asamos*, le hacían pensar que no había nada que pudiera cortar más la respiración al que lo presenciaba.

En esos tiempos estaba garantizado que Max iba a sudar solo observando a Indiana trabajar y sudar ella misma. Ella la admiraba y la deseaba por igual, y ahora mismo, el mismo sentimiento corría de vuelta, dejando sus emociones al revés.

—Espiritual y energéticamente, el yoga mantiene nuestras vidas fluyendo y asegura que permanezcamos conectados,— dijo Indiana, sus ojos escaneando la sala mientras su siempre presente sonrisa se asomaba a sus

labios. —Como apunte personal, me aportó la curación mental y emocional que necesitaba y me curó físicamente también desde el interior. A través de la práctica del yoga y la meditación, retiramos las capas de tensión y conectamos con nuestra verdadera naturaleza, conocida como arman. Esta verdadera naturaleza es la fuerza más poderosa del universo... y recibe el nombre de amor incondicional.

En ese momento, sus ojos se movieron directamente hacia los de Max. Fue como si ella supiera que él estaba sentado justo allí. Esos inolvidables ojos marrones le atraparon, y él se quedó paralizado durante un segundo. Le hizo pensar en las cosas más disparatadas. ¿Tenía el tatuaje del ying y el yang con forma de corazón en el hombro derecho o en el izquierdo? ¿Estaba soltera o casada? La mayoría de los amigos de Max estaban casados, o tenían hijos o ambas cosas, o eran como Liam, que estaba prometido. Quien, por cierto, había dejado de ser su mejor amigo hacía más de dos años. No podía recordar la razón por la que se distanciaron, aunque mantenían el contacto de vez en cuando.

Definitivamente, la cabeza de Max giraba como un remolino. Las conferencias habían terminado y él continuaba anclado a su asiento como si se hubiera convertido en la bíblica estatua de sal. Indiana, aquí. Joder, ¿por qué se había ido y como podría él no dejarla escapar entre sus dedos de nuevo?

No tenía ni idea de qué iban a hablar o qué iban a hacer cuando estuvieran frente a frente de nuevo. Pero no tenía tiempo para preguntárselo

mucho, porque una vez que él finalmente se dirigió hacia el vestíbulo, ella estaba allí, en la salida, hablando con un grupo de personas. Se alejaron para unirse a otros que se dirigían al área de exposición, después de lo cual tendría lugar el almuerzo y un rato libre para hacer contactos.

Como si lo hubiera calculado, ella se giró y quedó directamente de frente a Max.

Indiana era alta, aproximadamente 1,75 m y se mantenía maravillosamente delgada, una mujer segura de ojos castaño oscuro y pelo oscuro y grueso con un corte de pelo Bob a la altura del hombro y ondulado, un pelo sin artificios. Su camisa de encaje blanco de manga larga era femenina y recatada, la llevaba remetida en unos elegantes pantalones negros y completaba el conjunto con unos elegantes zapatos negros de tacón.

—Max,— tomó aliento ella. Parecía que la había atrapado con l guardia baja y todavía una parte de Max se sentía como si ella no pareciera tan sorprendida - pero, ¿cómo podría no estarlo? Él mismo se sentía desconcertado.

La última vez que habían estado frente a frente había sido en medio del aeropuerto.

—Me alegro de verte, Indiana.

Ella dejó escapar una suave risa. —Supongo que también me alegro de verte.

—¿Cómo es posible?— se preguntó él en voz alta, sin esconder lo confuso de su estado.

—Es como todos esos años atrás. Nuestros caminos parecen hacer círculos todo el camino atrás y alrededor del otro. ¿Lo recuerdas?

—No tengo ningún problema para recordar nada sobre nosotros,— dijo él. —Indiana...

Antes de que pudiera continuar, algunas personas de medios con cámaras y grabadoras se acercaron a él, tratando tener ventaja con Max para algunas notas de prensa y presentaciones publicitarias. Podía ver a Indiana alejarse de espaldas al grupo, aunque había captado su pequeño saludo y su sonrisa. Fue todo lo que Max pudo hacer para mantenerse frío. Les habían interrumpido, pero él se había dado cuenta de que podrían quedar con el otro lo antes que pudiera arreglarlo. Nada les iba a mantener separados esta vez, no si él podía evitarlo.

—Esto todavía parece un sueño,— dijo Max.

A su lado, Indiana se sentó en una banqueta del bar en el exclusive vestíbulo del hotel. Había algunos otros patrocinadores que no les prestaban ninguna atención. Era el lugar perfecto para tener algo de intimidad y estaba en la planta baja. La convención había terminado y Max la había buscado inmediatamente, con una invitación para hablar.

Ella aceptó y le siguió hasta allí, y habían pedido bebidas. Hasta entonces

no habían hablado demasiado e Indiana había dejado que fuera Max el que hablara casi todo el tiempo. De esta manera, ella podía observarle. Ella se sintió sorprendida de que él pareciera tan contento de verla otra vez.

De hecho, no había sido nada excepto encantador con ella. No ayudaba que estuviera tan magnífico como siempre, con esos suaves ojos grises con manchas verdes. Ella nunca olvidó esos ojos. Eran los mismos ojos que tenían sus mellizos. Su cabello ondulado, castaño claro y su increíble cuerpo, lo que se notaba incluso con el traje, y esa mandíbula cincelada digna de un destello eran igual de atractivos. Podía decir que estaba ansioso de ponerse al día y ver qué había estado haciendo durante todos estos años, pero Indiana se abstuvo de ser demasiado habladora y correr el riesgo de permitir que se le escapara algo.

—Yo tampoco puedo casi creerlo,— replicó ella. —Ha pasado tanto tiempo.

—Bueno ¿y de quién ha sido la culpa?— bromeó él, tomando un sorbo de su vaso.

—Oh, vamos, Max. No seas así. Estamos aquí y ahora y no es como si pudiéramos cambiar el pasado.

—Bien, pero tenemos que ponernos al día, ¿no estás de acuerdo?— dijo Max más que preguntó, arqueando una ceja. Ese simple acto hizo que en su estómago revolotearan hamburguesas en una parrilla caliente blanca mientras él la atraía. —Lo cual me conduce a mi siguiente pregunta. ¿Hay algún esposo

o novio que posiblemente pudiera querer pegarme?

—Muy divertido,— murmuró Indiana. —Pero no, ninguno, ni marido ni novio. Además, nunca tendría una relación con alguien que golpeará a los demás. Por otro lado, estoy segura de que a tu novia tampoco le gustaría que acabaras en el hospital.

—No tengo novia. Y no estoy casado, prometido ni tengo ninguna mamá de bebé.

Indiana ocultó una mueca ante la última parte. Si él solo supiera que la parte de la mamá de bebé... Pero entonces, ¿no sería la semilla completa de por qué incluso estoy aquí?

—Veo que no has perdido nada de tu confianza en las mujeres.

—Solo digamos que siempre estoy libre para las mujeres guapas y con confianza que están orgullosas de su expresión sexual.

—En otras palabras, mujeres fáciles,— resopló Indiana.

—Nunca fuiste fácil,— dijo Max. —Puedo atestiguarlo como ambos sabemos. Pero te encuentro igual de deseable, Indiana. En este momento, es todo lo que puedo hacer para aguantar. Podemos perder el tiempo con la conversación e incluso emborracharnos, pero te quiero sobria para lo que me propongo.

—¿Y qué puede ser, Max?

—Si tengo que deletrearlo, entonces realmente hemos dejado que pasara mucho tiempo entre nosotros,— murmuró él. —Te deseo, Indiana. ¿Me

deseas? Porque si no me deseas, entonces caso cerrado. Dime que me deseas.

Durante lo que pareció una eternidad, Indiana se metió en el interior de su cabeza, preguntándose por qué su ser normal, de dama, no se sentía ofendido. Ella lo vio sonreír ante su reacción, mientras le miraba. ¿Realmente había dicho eso? ¿Con todos los años que habían pasado lejos y no había pasado nada equivocado? ¿Cómo se atrevía? Eso era arrogante hasta el extremo. Y de una clase que la encendió.

Simplemente mirándola de una determinada manera, todavía podía hacerla temblar. Incluso su voz retenía esa sensualidad ahumada, tan suave y profunda. Por mucho que ella supiera que debería mantenerle a distancia, parte de ella echaba de menos las cosas pícaras que él le había hecho años antes. Pero, ¿era eso sensato?

Con todo su sentido común, Indiana sabía que no debería sentirse insegura de cómo actuar en ningún caso concreto. Pero en ese momento, una cosa estaba clara...

—Max, te deseo.

Él la sonrió y ella se levantó al mismo tiempo que él. Él la ayudo con el abrigo y colocó los taburetes. Salieron al exterior hacia el súper deportivo negro que conducía Max. Él le abrió la puerta e Indiana se paró de repente sobre sus tacones. Casi les hace perder el equilibrio a los dos cuando se giró para mirarle a la cara.

—He cambiado de opinión. No puedo, lo siento.

Su mente había estado completamente en blanco desde que Max le había dicho que la encontraba tan deseable como siempre.

—¿No deberíamos debatir un poquito antes?— se burló él.

—¿Sobre qué, continuar durmiendo contigo? No parece necesario. No has cambiado ni un poquito, — dijo, moviendo la cabeza enfadada.

Max cerró la puerta del coche con un suspiro. —No estoy seguro de a qué viene esto. Lo haces sonar como sexo, como si fuera todo lo que me preocupa. Si hubiera sido así, no hubiera esperado un año antes de que hubiéramos acabado en la cama juntos.

—¡Qué caballero!— se burló Indiana sin humor. —Tu amor por el desafío fue todo por lo que te mantuviste cerca de mi hasta que conseguiste el premio.

—¿Quieres que diga eso? Entonces sí, deseaba tu cuerpo, pero también deseaba algún tipo de conexión contigo. Me sentía absolutamente atraído por ti como mujer, ¿y supone una sorpresa tan grande que nada de eso haya cambiado?

—Puede que no para ti, pero realmente lo ha sido para mí.

Ante sus cortantes palabras, Max tomó un profundo suspiro y ella pudo ver cómo su pecho se expandía, estirando el tejido de su immaculada camisa blanca. ¿Alguna vez llevaba algo que le hiciera menos atractivo? Había renunciado a la corbata y llevaba desabrochado el botón superior, y a pesar de su negativa, Indiana no podía evitar dirigir miradas furtivas a su garganta. Era

hipnótico verle hacer algo tan sencillo como tragar.

Sus ojos se levantaron hacia él cuando se aclaró la garganta. —
Básicamente eso es todo lo que necesitaba escuchar.

El corazón de Indiana se hundió, pero ella lo escondió detrás de una risa sin alegría.

—Entonces bien. Supongo que eso era lo que querías decir cuando dijiste que te irías en el momento que yo dijera que no. Tienes una vida dura y rápida justo como la que describen los medios.

En el mismo momento en que pronunció esas palabras, Indiana quiso darse con la mano en la boca. Ahora él sabría que ella lo sabía todo sobre él.

Él frunció el ceño. —¿Por eso nunca te preocupaste de ponerte en contacto conmigo incluso si contactar conmigo era tan fácil como hacer una llamada de teléfono?

—No me eches a mí toda la culpa. Ambos conocemos tu estilo de vida: mujeres, dinero, sexo, poder, estar soltero y... ¡mujeres! ¿Por qué querría implicarme con nada de eso?

—¿Se te ha ocurrido alguna vez que solo si te hubiera visto o escuchado tu voz habría significado mucho? Incluso si no querías nada sexual conmigo, ¿qué hizo que dejáramos de ser amigos?

Indiana resopló al oírlo, hasta que se dio cuenta de que Max parecía herido.

—No lo sabía,— dijo ella con más calma. —Nunca se me ocurrió

siquiera que siguieras preocupándote.

—Por supuesto que me preocupo. Simplemente no sabía qué hacer. No después de darme cuenta de que había perdido a la única persona que me había querido por lo que soy y no por lo que tengo. Me aceptaste más allá de mi aspecto, mi dinero y mi encanto y entonces te dejé salir de mi vida. No sabía qué hacer, Indiana,— repitió él, con la voz ronca. —No sabía de qué manera te había herido hasta ahora mismo.

Había empezado a llover suavemente, gotas purificadoras acompañadas por una brisa cálida. Indiana sintió la humedad en sus mejillas, pero sabía que no eran gotas de lluvia sino lágrimas que ni siquiera sabía que había dejado escapar de sus párpados.

—Me tengo que ir,— dijo ella. —Cogeré un taxi.

—Al menos, ¿me dejarás llamarte?

Indiana no estaba segura de si era lástima o un interés real lo que vio en su mirada. ¿Realmente todavía sentía algo por ella o era solo culpabilidad?

—Te llamaré,— le dijo. —No tengo mucha elección.

Indiana sabía que él podía no entender la connotación de sus palabras, incluso aunque la expresión sonriente de él hiciera que su pecho se ensanchara. —Yo tampoco. Porque si no tengo noticias tuyas, entonces tendré que hacer todo lo que esté en mi mano para encontrarte.

Por supuesto que lo haría. Indiana dejó escapar un trémulo suspiro. No podía mantener a Max a oscuras para siempre, pero ella todavía necesitaba

tiempo para estar segura. Silenciosamente, estuvo de pie junto a él mientras él paraba un taxi y después la ayudó a entrar, sus manos protegiéndola de la llovizna. Se desearon buenas noches y ella se alejó en la parte de atrás del taxi, sin mirar atrás. Le resultaba tan duro hacerlo que tenía las manos apretadas en puños sobre sus rodillas mientras ella mantenía la mirada al frente.

Max pegaba puñetazos y patadas al saco del gimnasio de su casa, trabajando para sudar tarde esa noche, aunque no de la manera que él hubiera deseado.

Estaba tentado de llamar a Indiana o al menos de escribirle un mensaje, pero sabía que podría parecer desequilibrado. Pegar puñetazos y patadas tendría que ser un alivio adecuado. Si se castigaba lo bastante, podría mantener su mente vacía de cosas. Como que llevaría Indiana para irse a la cama... o que podría estar pasando en ese mismo momento si ella no hubiera cambiado de opinión y hubiera dicho que no.

Max aporreó el saco todavía más fuerte. Ahí estaba el demonio de su hombro, prácticamente gritándole que todo lo que quería hacer era follársela otra vez. Sacarla de su vida de una vez y para siempre. ¿Porque él no había encontrado nunca un cierre real con la forma en la que se habían separado, quizás? En el otro hombro tenía al ángel, recordándole a Max que Indiana todavía era demasiado buena para él.

Max dejó de dar puñetazos y sujetó el saco un momento, recuperando el

aliento.

Había visto a Indiana.

Después de casi cuatro años, se habían encontrado de nuevo.

Anteriormente, él había hecho todos esos planes sobre cómo reaccionar si alguna vez se volvían a encontrar, pero hoy no había puesto en marcha ninguno de ellos. En lugar de eso, aquí estaba, dirigido por un encaprichamiento que bordeaba la obsesión después de pasar solo unas horas a su alrededor. ¿Cómo podían continuar siendo las cosas tan locamente iguales?

Él no quería aceptar que, como ella había dejado ver, las cosas nunca serían iguales entre ellos. ¿Ella podía apagar lo que habían tenido tan fácilmente incluso después de esos tres años?

Realmente, tres años eran mucho tiempo y habían pasado muchas cosas en la vida de Max, por su parte. Había suficientes incentivos para él para evitar todo lo que fuera sexual. Max acababa de pasar todavía otra ruptura y apenas había conseguido dejarlo fuera de los medios. De ahí que su manager le advirtiera de salir con mujeres. Y además, Indiana no era solo cualquier mujer.

Él realmente quería verla de nuevo. No estaba seguro de si su deseo por ella podría esperar incluso entonces. Sólo tenía que encontrar un enfoque que fuera infalible.

Después, soltó una risita, apoyando la sien contra el saco. ¿Había sido incluso capaz de seducir a una mujer como Indiana? Esto no era como hacía tres años, cuando eran más jóvenes. Y ella no era como las mujeres a las que él

estaba acostumbrado. Max no podía comprarle cosas o impresionarla con su extravagante estilo de vida. Ella no tenía interés en disparar su estatus social sienta la mujer que iba del brazo de —Max Strafford, el joven multimillonario.— Lo peor de todo, es que ella ya tenía las defensas levantadas por la estúpida forma en la que él había actuado todos esos años atrás,

No podía olvidar como se había sentido al verla de nuevo.

Tenía un cuerpo asombroso que irradiaba seducción sin ni siquiera intentarlo. Incluso totalmente vestida, podía ponerle duro como una piedra. Incluso ahora, sus labios regordetes y suaves se burlaban de él con esa mueca natural que casi suplicaba su atención. Habían pasado cuatro años desde que él la había besado, la había tocado...

Sólo le llevó un momento volver directamente a los recuerdos de esa única noche...

Capítulo Cuatro

Guau, este sitio es asombroso, pensó Indiana mientras miraba a su alrededor en el restaurante en el que había entrado con Max.

Él le había dicho que no era una auténtica cita, que solo quería llevarla a comer a un sitio agradable. Pero por el aspecto del restaurante, era el tipo de sitio en el que se encontraban los famosos. La decoración abundaba en piel y oro, y había una suave iluminación en todo el interior color crema.

Indiana sabía que los padres de Max eran adinerados, definitivamente dinero de toda la vida, pero ella estaba sorprendida de que él se pudiera permitir llevarla a un sitio como este.

—Me encanta este restaurante,— le dijo mientras el camarero les conducía hacia su mesa.

—Ni siquiera has probado la comida todavía. Pero estoy segura de que te encantará también,— dijo Max, con una sonrisa cálida, como la mano que tenía puesta en la parte baja de su espalda.

Estaban sentados en un reservado y estaban realmente cómodos. La atmósfera a su alrededor era el punto más alto de elegancia mezclada con una calmada cordialidad. Indiana pronto se olvidó del lujo de su alrededor y se centró en su atractiva pareja.

No, espera, Max no era su pareja. Solo su mejor amigo invitándola a una

buena comida. Indiana sacudió la cabeza, preguntándose porque en las últimas semanas se le había hecho más y más dura la promesa que se había hecho a sí misma de ser solo amiga de Max.

Después de la cena, Max le dio otra sorpresa llevándola a un club. Cuando salieron del coche, él rodeo el brazo de ella con el suyo y caminaron derechos hacia el principio de la cola del club. Él se dirigió al portero asintiendo con la cabeza y el hombre levantó la cuerda y les dejó entrar. Indiana tuvo que admitir que estaba impresionada, considerando que había visto la cantidad de gente que estaba esperando para entrar.

Dentro, el club no defraudaba. No había olor a sudor como en otros clubes en los que ella había estado, que eran pocos afortunadamente. Este parecía más relajado y definitivamente por encima en la escala de lejos. Max guio a Indiana hacia la zona VIP, donde otro portero les condujo a una mesa después de otro asentimiento de cabeza por parte de Max. Parecía como si hubiera planeado la noche realmente hasta el último detalle, porque también tenían el mejor servicio de mesa esperándoles.

Pronto después de su llegada, Max condujo a una reacia Indiana a la pista de baile. Ella adoraba bailar, pero se sentía tímida al hacerlo en público. Pero al menos, Max estaba allí para ser el amigo comprensivo que no le tomaba demasiado el pelo.

Aunque una vez en la pista, la Atmósfera cambió en el momento en el que la música se hizo más lenta. Era una canción popular y Max sonrió con

superioridad, diciendo que había estado toda la noche por este momento.

Indiana preguntó por qué,

—Porque puedo hacer lo que me he estado muriendo por hacer toda la noche,— replicó él, mientras la acercaba más a él. —Rodearte con mis brazos.

Indiana no replicó, en lugar de ello, apoyó la cabeza en su hombro. Ella se balanceaba de un lado a otro con él, acompañándole. Cuando él le tomó la mano para hacerla girar sobre sí misma, Indiana jadeó sorprendida. Ahora tenía la espalda contra su pecho y, esta vez, él la abrazaba desde atrás.

—¿Es raro que me sienta como si quisiera pasar el resto de mi vida así? Contigo entre mis brazos,— suspiró en su oreja, haciendo que su estómago se tensara. Él enterró la cara en la curva de su cuello e inhaló su piel. Indiana dejó escapar un gemido, aunque estaba segura de que la música habría ocultado el sonido.

El empezó a chupar su piel suavemente, antes de lamer su cuello. Después se paró. Oh Dios, ¿Por qué ha parado?

¿Había sido toda la noche una seducción perfectamente orquestada? Porque Max estaba haciendo que si cuerpo sintiera cosas que habría negado que nunca pudiera sentir. Era casi como ser traicionada por sus propias hormonas. La música, la sensación del hombre duro como una roca presionando contra ella, hacían que Indiana quisiera arrimarse a él como si su vida dependiera de ello... decirse que estaba en ese terreno peligroso que había temido la primera vez que se encontró con Max.

Se sentía tan aturullada que rápidamente terminó el baile y se excusó para ir al aseo.

Indiana no había esperado que Max la siguiera y minutos después salió del baño de señoras y casi pasa de largo caminando delante de él. Él se enderezó desde la pared contra la que se había estado apoyando y la sujetó por el brazo de repente.

—Max, ¿En serio? La gente va a pensar que eres mi guardaespaldas,— bromeó ella con un ceño juguetón.

—Es el vestido,— dijo él, con la voz ronca. —Ya que estás conmigo, no me importa que lleves algo así. Pero no lleves este tipo de vestido con otra persona.

—¿Oh? ¿Y por qué no?

—Porque... no sabrían que hacer con él sobre ti.

Indiana puso los ojos en blanco, pero se reía con una risita nerviosa mientras recorría con él el pasillo. A veces, podían comportarse como los mejores colegas, pero siempre estaba allí esa chispa.

La chispa era tan potente que a veces la mantenía despierta por la noche, preguntándose por qué se sentía tan extraña.

Pronto, dejaron el club e Indiana volvió con Max hasta su coche.

—Hey. ¿Algo va mal?— preguntó él.

—Nada. ¿Dónde vamos?— dijo ella, girándose hacia él con una brillante sonrisa para esconder su confusión interna.

—Donde tú quieras ir. O simplemente podemos dar una vuelta en coche,
— sugirió Max.

Indiana se detuvo un momento. —No estoy de humor para estar por ahí.
Vayamos a tu casa.

Sabía que había sorprendido a Max, pero él no discutió. —De acuerdo.

Giró el coche y fueron a su apartamento. Una vez allí, él la ayudó a salir del coche y ella se detuvo y se puso derecha mientras estiraba un poco su vestido hacia abajo.

Max abrió la puerta principal y dejó que Indiana entrara primero. Ella se dio cuenta de la tranquilidad y la penumbra y supuso que Liam, que compartía el apartamento con Max, debía estar fuera. O puede que Liam estuviera en la biblioteca porque era un empollón consumado.

—¿Tienes hambre?— preguntó Max, pero la respuesta de Indiana fue un simple movimiento de cabeza. Ella sentía que debía irse en ese momento. Todo su comportamiento le resultaba desconcertante, porque podía sentir como su lado sensible empezaba a salir.

Y ella no podía permitir que eso ocurriera. Girando sobre sí misma rápidamente, quedó de cara a Max, los labios abiertos para pedirle que la llevara a casa.

Pero entonces vio su cara y la hizo titubear.

—¿Por qué me estás mirando así?— preguntó ella, incapaz de reconocer su propia voz temblorosa.

—No puedo evitarlo. Estás deslumbrante.

—Max...

—Me gusta la forma en que dices mi nombre. Y no estás lo bastante cerca para mi gusto.— Puso sus manos en su cintura y la movió hacia delante. Sus labios y sus cuerpos estaban separados por apenas centímetros. Indiana jadeó cuando notó la erección de Max rozando su estómago.

Indiana quedó atrapada en la forma en que sus labios planeaban cerca de los suyos y la sensación del cuerpo de él contra el de ella, podía sentirse cada fibra y cada músculo de su tonificada figura. En el momento que su espalda se encontró con la pared, ella se dio un susto de repente.

—¿Puedo darte un beso en tus dulces labios?— preguntó Max con una risita ronca.

Indiana asintió para confirmarlo. —No sabes si son dulces, todavía.— Ella no estaba cómoda pensando que él estaba bromeando, pero no podía evitar la manera en que su cuerpo anhelaba el de él como nunca antes había anhelado nada.

La forma en la que él atacó su boca le dijo a Indiana que él estaba tan ansioso por su primer beso como ella.

Mientras el beso se intensificaba, Indiana encontró sus propios brazos rodeando los anchos hombros de él. Cuando él movió sus caderas de determinada manera, llevó su excitación cerca del centro de ella y fue todo lo que pudo hacer para no derretirse en la conciencia erótica. Si pensaba que

sabía que se sentía al desear a alguien, Max le dio una sorpresa.

Indiana fue la que rompió el beso y dejó de estar enrollada alrededor de sus musculosos hombros para dar a sus pulmones el aire que necesitaba. Fue entonces cuando Max tomó una de sus manos y la guio hacia su dura y erecta virilidad. A Indiana le pilló por sorpresa su longitud y grosor por debajo de los vaqueros. Durante mucho tiempo, ella había pensado en él solo como en un amigo, pero ahora mismo, inesperadamente se había vuelto consciente de que Max era un hombre en cada centímetro de su cuerpo, en todos los sentidos de la palabra.

Max empezó a mover la mano de ella hacia arriba y hacia abajo por su miembro, su boca capturó la de ella con más suavidad esta vez. El gruñido que dejó escapar le dijo a Indiana lo mucho que disfrutaba de sus labios en los suyos y de sus manos en él. Pero en el momento en el que quitó la mano de encima de la de ella, retiró la mano de sus partes íntimas. Ella podía notar como estaba cada vez más húmeda y eso la asustaba, sabiendo que podía sentir tanta *necesidad*. El sexo nunca había tenido mucha importancia para ella, pero ahora mismo, Max la estaba haciendo desear cruzar muchas líneas.

—No estoy segura de hasta donde quiero que lleguemos,— jadeó ella contra sus labios.

—Solo un poquito más allá,— dijo Max, dijo dándole besitos ligeros en la boca. —Y prometo que pararé. Pero solo si tú me dices que lo haga.

—¿Por qué no me suena demasiado reconfortante? En cualquier caso,

¿ahora qué?— Indiana esperaba que su voz no sonara tan temblorosa incluso cuando ella actuaba despreocupadamente.

—¿Quieres decir...?— Indiana preguntó, aturdida y confusa.

Él la sonrió con confianza, que no le proporcionó nada de paz mental. Él la besó en la boca una vez más, un beso largo y apasionado, y la dejó jadeando cuando sus labios se separaron.

—Podría decírtelo, pero prefiero mostrártelo. Hacerte saber cómo se siente realmente.

Max la recogió en sus brazos y ella chilló. —Lo disfrutarás más en la cama,— le dijo él.

—Bueno, pero recuerda lo que has prometido. Que si digo que pares...

—No lo harás. Porque te va a encantar.

Indiana resopló, ahora semisentada en las almohadas, donde Max la había depositado. —Todavía pienso que esto no es tan buena idea.

—Amor, aquí solo estamos nosotros. Simplemente échate y disfruta de todo lo que estoy a punto de hacer.

Él la silenció con un beso más en los labios. Después la besó por todo el cuello hacia sus pechos. Él apartó a los lados las copas de su sujetador y para revelar sus puntas rugosas. Con un profundo gruñido, él chupó su pezón. Sin avisar, la espalda de Indiana se arqueó y ella le ofreció más sus pechos, a los cuales Max prestó especial atención. Todo se sentía más caliente y más dulce y ella tenía miedo de olvidar cómo decir —para— y mucho más de saber

cuándo hacerlo.

Solo cuando sus pezones estaban palpitantes él desvió su atención de ellos para deslizar sus labios y lengua por su estómago cóncavo y el interior de sus muslos. Él la hizo cosquillas y jugueteó con ella con ligeros besos desde detrás de las rodillas hasta su centro, y entonces Indiana volvió a la carga.

—Mmm... ¿Max?

Su respuesta fue apenas un murmullo. Quizá una palabra cariñosa, quizá algo más pícaro... De pronto, Max enterró su cara entre sus muslos y cualquier cosa que ella quisiera añadir se perdió. Lo sustituyó por un gemido sorprendido y profundo.

Él enrolló la lengua alrededor de su entrada, produciendo una exquisita fricción en los diminutos nervios de los labios. —Estás toda mojada para mí. Y, maldita sea, sabes fenomenal.— Su voz era casi irreconocible.

Max se tomó su tiempo, centrándose en su hendidura y penetrando suavemente en ella para alcanzar la fuente de su néctar. Después él lamió su clítoris, sólo para sorprenderla un poco. Las caderas de Indiana se sacudieron en un reflejo, su nombre salió desgarrado de su boca. Max lamió arriba y abajo su hendidura, absorbiendo todos sus jugos. Indiana metió la cabeza en la almohada detrás de su cabeza, con sus hormonas comenzando a extenderse.

Él manejó sus sensaciones para crear unos apasionados preámbulos antes de entrar a matar. Empezó a comérsela con apetito, toda su cara casi

dentro de ella.

Él empezó a chupar su clítoris y tuvo a Indiana retorciéndose y gimiendo, incapaz de mantener quieto el cuerpo hasta que Max la sujetó firmemente por las caderas. Él sumergió su lengua dentro de ella una y otra vez, haciéndola gritar con asombrada satisfacción. Ella empezó a suplicar e implorar, pero parecía que solo hacía que Max se volviera más implacable. Él besó, lamió, golpeteó, jugó y mordió en lugares que antes de ello nunca habían sido tocados. Cuanto más gritaba ella por él, más continuaba Max reclamándola con su habilidosa boca.

Era un territorio completamente nuevo para ella, que casi la hacía entrar en trance. Estas atenciones auténticas y maravillosas dedicadas por un hombre a cada parte de su piel eran nuevas e Indiana no había previsto que alguien como Max fuera a ser su primera vez. Aunque, ¿realmente él sería el primero? No sólo el primero en darle placer oral, ¿también querría reclamar su inocencia?

—¡Max!

Él no contestó y probablemente Indiana ni siquiera le habría escuchado. Él jugó con su lengua sobre su clítoris en un patrón constante pensado para volver loca a Indiana. Su mano acariciaba los bordes exteriores de su sexo, sin empujar demasiado profundamente con los dedos mientras la lamia totalmente alrededor. Se la comió como un hombre hambriento y los dedos de ella excavaban en su pelo mientras ella gritaba su nombre. Él frotó su pulgar por

encima de su clítoris en círculos repetitivos, haciendo su calor derramara más humedad para que él se la bebiera a lengüetazos.

Indiana no podía contener sus gemidos entrecortados. Max empezó a frotar más fuerte, el sonido de los jugos de ella mezclado con sus dedos se hacía oír en la habitación.

Ella quería más. Corcoveando con las caderas, Indiana hizo que el dedo de Max se deslizara en su interior. Su respiración se trabó mientras sus ajustadas paredes inmediatamente se aferraron a su dedo. Max notó su lenguaje corporal y se apartó de entre sus muslos mientras todavía bombeaba su dedo lentamente dentro y fuera de ella. Al notar que sus braguitas calientes se retiraban de sus labios, Indiana miró hacia abajo y vio los movimientos del dedo de Max. Ese índice grueso y largo se sentía inmenso empujando en su calor.

Indiana se mordió el labio y dirigió sus ojos hacia Max de nuevo, la mirada de él fue como un láser sobre su cara y su cuerpo. —Max, yo nunca he...— empezó ella, pero no pudo terminar la frase puesto que Max curvó su dedo dentro de ella y empujó ligeramente más dentro. Ella se estremeció, su cabeza se lanzó hacia atrás. Ella podía sentir la barrera que impedía que Max fuera más allá, y ella sabía que él podía sentirla también.

—Sé que es tu primera vez. Siempre lo he sabido,— dijo Max. —Amor, esto es todo lo que siempre he querido sentir. Pero solo quiero sentirlo

contigo.

Los ojos de él se habían vuelto casi negros. —He pensado todo el año en todas las cosas que quería hacerte. Cosas obscenas. Como tú, sentada en mi cara.

—Oh, Dios mío.— Indiana le miraba fijamente a los ojos, sus palabras haciendo que su mente diera vueltas mientras al mismo tiempo él sumergía el dedo en su sexo con ligeras caricias.

—Imagínatelo, amor. Tú a cuatro patas, conmigo gateando por debajo de ti y haciéndote cabalgar mi lengua hasta que te corras. Tu culo sexy ahogando mi cara mientras lamo y chupo tu agujero, todo para ahogarme en tu miel. Eres tan dulce y caliente, y nunca tendré bastante, amor.

—¡Max!— Indiana no estaba segura de lo que le pasaba. Su estómago estaba poniéndose duro como un tambor cuanto más Max tocaba sus paredes. Su oscurecida mirada nunca abandonaba la cara de ella mientras él acercaba su otra mano para rozar de forma experta su clítoris con el pulgar, el dedo dentro de su curvado interior.

Los dedos de Indiana se clavaron fuertemente en los músculos de los brazos de Max, haciendo que su cuerpo se precipitara cada vez más rápido hacia la superficie de un meteorito que no podía ver. —*Diosssssss...*

—Eso es, amor, hazlo. Córrete para mí.

Echando la cabeza hacia atrás, Indiana gritó mientras el orgasmo la hacía estremecerse con espasmos. Sus piernas se estremecían con sus caderas y

la más increíble altura la sobrepasaba en cada neurona. Durante un momento, solo la oscuridad llenó su visión y todo su ser flotaba en ese delicioso vacío.

Más tarde, cuando ella recobró sus sentidos, Indiana vio a Max tumbado junto a ella.

—Ven aquí,— dijo él y la rodeo con sus brazos.

Todavía sentía el cuerpo ligero mientras ella rodaba más cerca de él y sus brazos la envolvían. Indiana podía sentir su embravecida dureza, sin fuerzas y deslumbrada a su lado. Su deseo, empujando contra ella, hacía que su corazón latiera excitado. Ella pensó en el placer de los últimos minutos magnificado hasta el infinito si Max introducía su duro miembro dentro de ella.

—Nunca te iba a decir que pararas. Tenías razón,— dijo ella, escondiendo tímidamente la cara en su hombro.

—Sorpresa,— susurró Max, con una juguetona sonrisa en los labios cuando le levantó de nuevo la cara hacia él. Se miraron a los ojos y allí solo había comodidad y admiración por el otro. Indiana sentía que podían mirarse para siempre y estar felices solo con estar en presencia del otro.

¿Por qué ella siempre había pensado que el sexo era algo sucio, equivocado y carente de significado? Indiana siempre había sentido que estaba asustada por tener sexo, pero ahora se dio cuenta de que simplemente no había esto lista. Hasta ahora.

—¿Cuál es el problema?— preguntó Max cuando sintió que se retorecía

para liberarse, antes de que ella se recostara sobre sus codos y le sonriera con un poquito de suficiencia.

—Bueno.— Indiana puso la mano en su entrepierna. Se sentía dolorosamente duro y su sonrisa se hizo más profunda. —Estoy caliente. ¿Cómo vas a resolverlo?

—Indiana.— Max dijo una palabrota conteniendo el aliento y cerrando los ojos. —Quiero tomarme las cosas con calma. Eres virgen, y estoy casi sobrepasando la razón ahora mismo con la forma en la que quiero hacerte mía.

—¿Entonces, vas a hacerme tuya o no?— gimoteó ella.

—Nunca tienes que suplicar.— Max le dedicó una sonrisa sexy e Indiana se mordió el labio, inclinándose hacia él. Las manos de él se movieron alrededor y se plantaron en su trasero desnudo. Indiana sonrió triunfalmente como respuesta y colocó sus labios en los de él. Indiana ni siquiera dudó y deslizó su lengua en la boca de él.

Parecía que el orgasmo le había abierto los ojos, nunca se había sentido más osada y llena de pasión excitada. Indiana gimió contra los labios de Max, probando su sabor por primera vez mientras sus lenguas bailaban una alrededor de la otra. Max apretó sus grandes manos en su trasero, tirando de ella encima de él de forma que ella pudo sentir su sexo desnudo sobre su miembro cubierto con la ropa. Parecía estar vivo incluso a través del tejido de sus vaqueros.

El calor de Indiana empezó a palpar a causa del contacto. Indiana rotó sus caderas, sintiendo que Max deslizaba sus dedos en el pliegue de su trasero en una caricia íntima que la hizo estremecerse. Separando los labios de los de él, ella jadeó en busca de aire. Después volvió a pegar sus labios al cuello de él, y esta vez fue él quien se estremeció mientras la lengua de ella raspaba su piel. Indiana succionó en el suave punto del hueco de su cuello, adorando la textura y el aroma de su piel y el sabor de él en su lengua.

Ella desabrochó su camisa con dedos que se sentían extrañamente firmes. Lentamente sus labios bajaron de su cuello a su pecho y ella lamió y succionó sus pezones, esperando haber aprendido lo suficiente para volverle tan loco como él había hecho con ella en esta misma situación. Por los estridentes gemidos que él dejó escapar, Indiana se imaginó que estaba haciéndolo bien.

Cuando ella gateó más abajo en él, Max se puso rígido y levantó la cabeza de la almohada. —¿Qué estás...?

Indiana le hizo callar poniendo un dedo en sus labios, antes de utilizar ambas manos para bajar la cremallera de sus vaqueros y liberar su dura virilidad. Su boca se abrió con asombro y lujuria mientras le miraba fijamente. Probando, ella colocó ambas manos, puño sobre puño alrededor de su longitud y vio que aun quedaban centímetros por cubrir. Ella dejó escapar un jadeo, pero no se sintió desalentada por su próxima tarea. Bajó la cabeza, las mandíbulas abriéndose mientras ella...

Los suaves dedos de Max en su pelo empujaron a Indiana hacia arriba. Ella hizo un puchero, confusa y casi enfadada como si le hubieran quitado su caramelo favorito.

—Cariño, no tienes que hacer eso. Esta noche va sobre ti. Además,— dijo Max irónicamente, —He llegado demasiado lejos para terminar la carrera dentro de tu boca. Y tu primera vez, nuestra primera vez juntos, tiene que ser conmigo corriéndome dentro de tu cálida y suave estrechez.

Él sonrió y la tumbó sobre su espalda. Con él encima de ella, inmovilizándola al sujetar sus muñecas por encima de su cabeza con su puño, no había tiempo para volver atrás a sus sentimientos. No había tiempo para obsesionarse con la enormidad que ella había hecho: ofrecerse a sí misma. Nadie más recibiría nunca lo que estaba a punto de dejar que Max tomara.

Solo la soltó después de que se estuviera perfectamente quieta. Después él se quitó los vaqueros y se libero de su camisa, descubriendo el pecho marrón dorado y los abdominales tonificados a la perfección. Indiana se deleito en su cuerpo, maravillada. Habían hablado sobre tatuajes y ambos tenían unos cuantos, pero ella nunca se había imaginado como se iba a sentir contemplando a Max sin camisa y viendo la forma en que se complementaban cuerpo y tinta.

Indiana se incorporó y paseó las puntas de sus dedos por sus abdominales hasta donde su pelo marrón oscuro se atisbaba saliendo de sus cortos bóxers. Ella observó la involuntaria contracción de sus músculos bajo

su toque. Max sujetó su muñeca, hacienda que se detuviera.

—Te quiero,— le dijo.

Capítulo Cinco

El estómago de Indiana era un manojito de nervios, su corazón sobrecargado por la pasión que veía en los ojos de Max y que se reflejaba en su voz. El mismo calor que había en el beso en el que atrapó su boca, marcaba su inesperada confesión en su mente.

Lo último en desaparecer fue su ropa interior, e Indiana estaba demasiado nerviosa para quedarse mirando, su innata timidez se impuso haciendo que escondiera la cabeza en su hombro. Max se rió entre dientes y besó su expuesta garganta. Sus manos la separaron los muslos y él se colocó entre ellos.

Los dedos de Indiana se curvaron cuando ella sintió su dureza contra su punto de fusión. Arañó las suaves sábanas con los dedos en suave éxtasis. Su mirada se dirigió a la cara de él, esa noble mandíbula que parecía lo bastante afilada para cortar un iceberg y esos labios sexos. Max era realmente hermoso, con sus cálidos y ricos ojos que cambiaban del gris al verde. SU corazón era grande y amable y con él todo quedaba al a vista. No podía pensar en un hombre más perfecto con el que compartir este momento.

Su prolongada mirada se posó en su pecho y de nuevo su mano alcanzó y descansó sobre los músculos de su pectoral izquierdo, dibujado con tatuajes de aspecto tribal. Indiana saboreó la sensación de su corazón latiendo

salvajemente por su causa. Parecía un suelo que él la deseara y la amara tanto.

Como una planta de florecimiento tardío, Indiana había sido increíblemente tímida al crecer, asustada incluso de su propia sombra. Otras chicas habían descubierto su cuerpo en desarrollo y la atracción del sexo opuesto, mientras Indiana se solazaba con los libros y después con el yoga. Nunca había tratado de aprender el arte del coqueto incluso cuando sus amigas trataron de mostrárselo. Finalmente, la habían tomado por un caso perdido e incluso habían dejado de intentar emparejarla con chicos en citas a ciegas. Así que Indiana realmente no tenía ninguna pista de qué hace con un hombre y ciertamente, no con un hombre como Max tan completamente diferente como individuo de los otros chicos que ella había conocido en la universidad.

La luz de la luna iluminaba la habitación mientras los ojos semicerrados de Indiana se movían para encontrar los de Max, con su corazón saltando a causa de las caricias de sus grandes y masculinas manos en el interior de sus muslos. El rompió el hechizo de su Mirada y banjo la cabeza para dirigir sus lacios hacia el cuello de ella. El calor de estos tiernos besos sorprendió a Indiana durante un momento. ¿Por qué se sentían como si estuvieran envueltos en llamas?

—¿Max?— susurró ella.

—Si, Indiana.— La voz de Max era un profundo murmullo escapando de sus labios hambrientos, quemando su carne mientras sus cálidas manos se deslizaban por su sensible piel. La luna iluminó de repente a Max e hizo

destacar cada uno de sus rasgos claramente cuando él levantó la cabeza. Él apretó su cuerpo más cerca del de ella e Indiana reposó las manos en sus hombros por seguridad.

Cada bocanada de aire que tomaba la vaciaba, su cuerpo entero quedándose quieto mientras Max acercaba su cara de la de ella, lo suficiente para que poder escuchar esa ronca y rica voz.

—Te necesito.

Indiana silenció su urgente necesidad de gemir. Sonaba y se sentía tan bien. Una vez que verbalizó su sensual deseo, Max se centró en el lóbulo de su oreja. Su aliento caliente hacia que Indiana tuviera escalofríos bajo él. Deslizó su mano por el pecho hasta uno de los erguidos senos. Indiana arqueó la espalda cuando la tocó antes de taparse rápidamente la boca, avergonzada. Era como si se hubiera convertido en una persona totalmente lasciva.

—No te atrevas—, ronroneó Max, con los ojos oscurecidos, evitando que ella sofocara sus sonidos.

Con un único y fluido movimiento de sus caderas, él empujó dentro de ella. Los ojos de Indiana se abrieron de par en par cuando ella sintió instantáneamente la dura presión separando sus pliegues. Le acarició solo con la punta a lo largo de su hendidura, provocándola, haciendo que cada parte de su cuerpo ansiara más.

—Se siente tan bien como sabe. Me siento como si me estuviera enterrando en tarta de terciopelo rojo,— dijo Max ásperamente. De nuevo, él

empujó. *Más profundamente.*

—¡Oh Dios!,— gritó ella y el hormigueo del placentero dolor le hizo extender los dedos.

Su columna se arqueó mientras sentía como Max mordía suavemente su cuello y después dirigía su lengua errante entre sus pechos. Él depositó besos con la boca abierta en la carne de la parte inferior, haciendo que sus pezones se pusieran tensos con anticipación. Empujándose hacia atrás en su cuerpo, él movió las caderas y miró a Indiana con sus extraordinarios ojos. No eran de un gris claro, pero tenían una sombra verde como las sombras de la selva, una en la que pudieras perderte en su misterio. Su inquebrantable mirada fija era simplemente insoportable. Hizo que sus mejillas se ruborizaran e hizo que Indiana se sintiera como si se estuviera quemando en su piel.

Ambos salieron como si lo hicieran de un trance cuando con un último empujón, Max se clavó profundamente en ella, rompiendo el velo. Inmediatamente ella sintió qué grueso era él una vez dentro de ella. Un gemido caliente se deslizó entre los labios que ella se estaba mordiendo, sus manos arañando la espalda de él. Max gruñó, dejando que su boca encontrara el camino hacia su cuello.

—Amor, estás tan condenadamente ceñida.

—Se siente tan bien, Max.

—Muévete conmigo, amor. Quiero que sientas lo profundo que puedo llegar.

Indiana se estremeció e hizo lo que le ofreció, dejando que la parte inferior de su cuerpo girara por debajo de él. Tenía razón. Ella sentía que profundamente llegaba él y era una sensación asombrosa. Sus caderas comenzaron a moverse al unisonó, Max continuando la sensual tortura con sus manos vagando sobre su flexible cuerpo. Hasta altas horas de la madrugada, él estuvo dentro de ella.

Indiana nunca pensó que ella podría estar dentro de alguien y abrirse completamente, lo suficiente para entregar su tesoro más profundo. Ella no quería que esta sensación acabara nunca, no quería dejarlo ir...

—¡Mamá!

—¡Mami, despierta!

Dos voces infantiles sacaron a Indiana de su sueño. Era extraño e incluso de cierto modo vergonzoso despertarse se las caritas angelicales de sus pequeños después del sueño que había tenido. Aunque no era un sueño real... era más como un recuerdo.

—Mami, estabas enredándote con las mantas en sueños y me he asustado, — dijo Robyn mientras su madre la atraía hacia ella y le daba un beso en la coronilla.

—Mami lo siente, amor,— la arrulló Indiana, pasando los dedos por los rizos castaño dorados de la pequeña. Entonces Indiana le hizo señas a su hijo Ryder para que se acercara y él saltó en su comfortable cama de matrimonio.

—No eres demasiado mayor para que mamá te bese, ¿o sí, hombrecito?

Él hizo una mueca encantadora pero él dejó besar su frente e Indiana sonrió porque él la abrazó con mucha fuerza alrededor del cuello. Él era tan afectuoso como Robyn, pero no lo mostraba tan abiertamente como ella.

Los mellizos de Indiana eran su vida. Ella se hubiera vuelto loca si les hubiera pasado algo.

—Vamos a desayunar. ¿Tenéis hambre?— les dijo.

—¿Podemos tomar helado?

—No, Ryder, no puedes comer helado en el desayuno,— dijo Indiana irónicamente. —Pero quiero preparar tortitas, bacón y fruta. Ahora, ¿a quién le gustaría ayudar?

—Yo, yo, yo ayudo,— dijeron sus cantarinas voces.

Indiana no pudo evitar sonreír mientras les decía que se lavaran las manos y se reunieran con ella en la cocina. Ella salió de la cama y se refrescó también antes de ir a la cocina.

Durante un breve instante, su mente volvió a la conferencia de la semana anterior. No había que preguntarse porque había soñado con Max, teniendo en cuenta que le había llamado la noche anterior. Él quería que se encontraran para cenar y ella estuvo de acierto. ¿Sería esta la ocasión para hablarle de los niños?

Los mellizos irrumpieron en la cocina, e Indiana se giró hacia ellos con una sonrisa.

—¿Quién está listo para cocinar?

Capítulo Seis

Indiana pasó por delante de la conserjería hasta el ascensor que le llevaría al lujoso ático en el que vivía Max.

Era mejor encontrarse con él en una cena privada, en lugar de salir a alguna parte, que fue por lo que ella había accedido. Max era demasiado conocido y lo último que quería Indiana era que los paparazzi montaran un escándalo porque habían cenado juntos. No había que decir lo lejos que podían llegar, posiblemente recabando información sobre Indiana y encontrando lo que no debían.

Indiana también sintió simplemente que Max tenía derecho a que tuvieran una charla sin interrupciones o distracciones. Quizá entonces ella pudiera reunir el valor de decirle la verdad.

Ella llamó a la puerta y momentos después se abrió para mostrar a un hombre cegadoramente guapo. Max llevaba una camisa blanca abierta en el cuello, remetida dentro de unos pantalones negros impecablemente cortados. Su masculino cuerpo nunca había estado mejor, con esa tonificada figura de pecho amplio, esbelta cintura y unas caderas que le hacían la boca agua. *Para, Indiana*, se regañó a sí misma.

Max no parecía capaz de quitar sus admirados ojos de encima de ella tampoco cuando sonrió para saludarla. La besó en ambas mejillas y el olor de

su colonia hizo que sus rodillas flaquearan.

Dentro de su moderno apartamento de dos plantas, había Madera ardiendo en la chimenea de mármol blanco. Se habían utilizado toques de mármol dorado en toda el área abierta de la sala de estar para aumentar la luz y el espacio.

En el momento siguiente, los ojos de Indiana se vieron atraídos por las increíbles vistas de Central Park que mostraban las ventanas. Para su sorpresa, la decoración del interior no era tan moderna como se podría esperar de un extravagante soltero multimillonario. Lo más destacable de todos los detalles con clase que los rodeaban era la lámpara de cristal que colgada del techo pintado sobre ellos.

Había elegancia y perfección en cada esquina, llevando a la mente la clase de suntuosidad que incluso los más exigentes de la clase más alta envidiarían. Indiana se dio cuenta de que Max tenía gusto para el arte, y no solo por las pinturas con gusto sino también por las intrigantes estatuas y las ánforas griegas.

Después de mirar un poco a su alrededor, Indiana se unió a Max en la mesa de comedor de cuero color crema, las resplandecientes paredes de color champán ofrecían una atmósfera lujosamente invitadora.

Indiana no se había preparado para esta noche para tener humor para relajarse o bajar la guardia, pero en el momento en el que Max le ofreció un vaso de vino y comenzó a servir la cena, no pudo evitar sentirse atraída.

—La comida está deliciosa,— dijo Indiana media hora después mientras disfrutaba de otro bocado de ravioli. —el ambiente, las velas, las luces suaves y la música... no esperaba que hicieras tanto esfuerzo.— *O que hicieras que esto fuera tan romántico.*

—Nada es suficientemente bueno para ti,— dijo él con una sonrisa encantadora. —Sé cuánto te gusta el chocolate, así que me he asegurado que estuviera presente en cada plato.

Indiana jadeó de asombro. Había notado que había chispas de chocolate en los ravioli.

—No sabía que el chocolate pudiera servirse como plato principal, pero sabe maravillosamente,— le dijo, sonriendo.

—Espera a probar el postre: bolas de trufa de chocolate,— dijo con una sonrisa provocadora. La sonrisa de Indiana desapareció mientras su expresión se volvía seria.

—¿Max?

—¿Hmm?— Él bajo su copa de vino después de tomar el último trago. Ver su garganta moverse hizo que el interior de sus muslos se tensara, e Indiana los juntó para reprimir el hormigueo. No era el momento para dejarse llevar por su lado lascivo, se dijo con firmeza.

—¿Por qué me has invitado a cenar? Salimos en la Universidad y después nos distanciamos y ahora sientes como si las cosas entre nosotros pudieran reavivarse, ¿no es así?—Puesto que tienes problemas para ser tan

directa, entonces mi respuesta es sí. Siento como si el destino hubiera hecho que nos encontráramos de nuevo, ¿Y se supone que debo tratarte como a una extraña?— Él sujetó su mano en un cálido y firme apretón a través de la mesa. —nunca te he olvidado, ni siquiera un día. Cometí algunos errores, pero ¿quién no? Si me perdonas sería un gran comienzo y podríamos estar más próximos desde ese punto, de vuelta al punto en el que estábamos.

Indiana deslizó su mano de debajo de la suya, su expresión volviéndose más fría. —Dices que nunca me olvidaste. Eso es solo porque siempre estás buscando cosas que no puedes tener o que has perdido,— dijo, con la cabeza ladeada mientras le lanzaba una mirada asesina. —Una vez que lo posees, ya no lo aprecias.

Ella vio como su mirada se endurecía en respuesta. —¿Estás diciendo eso solamente para rebajar tu propia culpa?— preguntó Max con clama. — Realmente nunca me amaste, ¿verdad? Fuiste capaz de irte tan fácilmente a ese viaje incluso cuando traté de convencerte de que te quedaras. Siempre me has odiado por intentar retenerte o atarte de alguna manera. Pero no me preocupa nada de eso. Sé que podemos dejarlo atrás.

Indiana se rió burlonamente. —Después de que me pasaras por encima, ¿simplemente esperas que lo deje pasar como si no hubieras puesto todo mi mundo patas arriba?

Antes de que él pudiera responder, ella se levantó de la mesa y se giró para caminar a ritmo constante. —Después de volver de la India y sentir que

me habías desechado, te culpé y te odié. Pero pronto encontré una nueva oportunidad para ser feliz y descubrí que ya no era tu cara la que veía en mi corazón.

Sí, ella había reemplazado ese amor infantil por la dicha de la maternidad y amar a sus hijos, que vinieron a llenar su corazón y su mundo entero.

Respirando profundamente, Indiana se volvió de nuevo para ver que Max también se había levantado y venía a estar de pie tras ella, así que ahora se encontraba cara a cara con él.

Su inesperada proximidad y su estremecedora presencia hicieron que Indiana retrocediera hasta que su espalda golpeó la encimera que había tras ella. Ella se obligó a añadir con firmeza, —En ese momento supe que mi pena por el desamor había terminado. Era libre finalmente.

—No digas más.— Max apoyó suavemente la palma de su mano en sus labios. —He entendido demasiadas cosas demasiado tarde.

Indiana apartó la mano de él para liberar su boca, consiguiendo sonar calmada mientras decía, —No podemos volver a donde estábamos.

—Tienes razón. — Max tenía una oscura mirada que hizo que su corazón trastabillara. —Construiremos un camino totalmente nuevo hacia donde necesitemos estar. Solo no me pidas que permanezcamos quietos, o que olvidemos como nos sentimos al tocarnos.

Indiana le miró fijamente a los ojos y después rápidamente apartó la

mirada. —Max, termina con esto. Si realmente me echabas de menos, deberías haberme buscado. No, menor aún, deberías haber luchado para que permaneciéramos juntos.

—Lo intenté, Indiana.

—No parece que lo intentaras con muchas ganas. Fuiste el primero para mí, Max. No solo te di mi corazón, te lo di todo. Sí, me fui a hacer un viaje que tú no aprobabas realmente. Querías que esperáramos hasta que pudiéramos irnos juntos.

—Ahora que sacas ese tema, sí, Indiana, realmente podías haber esperado. Acababan de darme unas prácticas en una compañía en la que siempre había querido trabajar. Te prometí que podríamos ir a la India tan pronto como terminara el tiempo, pero elegiste a tu mejor amiga por delante de mí.

Indiana resopló enfadada y trató de moverse, pero en un rápido movimiento, él la levantó y la puso encima de la encimera.

—No vamos a hacer esto, Max,— dijo Indiana con cansancio cuando intentó bajar pero él la sujetó por los muslos, situándose entre ellos y sujetándola en el mismo lugar.

—¿Por qué no, Indiana? Dame una Buena razón.

—Porque tienes una nueva vida que es totalmente distinta de la mía. Además, yo ya he pasado página respecto a ti.

—No puedes haber pasado página, Indiana. No permitiré que eso suceda.

—¿Qué quiere decir que no lo permitirás? Max, no te pertenezco,— dijo ella claramente. —No soy propiedad de nadie.

Indiana suspiró y puso las manos en los hombros de él en un intento de apartarle. —Escucha, Max,— dijo ella tan tranquilamente como pudo. —Esto se acabo hace cuatro años. Lo he dejado ir y ahora es tu turno.

—Esto nunca se acabará. Te lo garantizo,— dijo Max, adelantando la mandíbula, su voz estrangulada de pasión. —Serás mía de nuevo, Indiana.

Una neblina de peligro se arremolinó en el aire procedente de ninguna parte e Indiana sintió como su corazón comenzaba a latir. Los dedos de ella hormiguearon en su poderoso pecho y ella se preguntó por qué parecía incapaz de darle un empujón para apartarle.

Todavía, ella hizo a su cerebro trabajar y dijo, —No sé quién te crees que eres, pero nunca voy a ser tuya de nuevo. No de esta manera.—

Indiana se dijo a si misma que realmente quería decir lo que había dicho. Nunca podían estar de nuevo enamorados y compartir un romance. Ella solo estaba aquí para intentar unir a los mellizos con su padre de alguna manera. Eso era todo lo que había. ¿De acuerdo?

Max movió la cabeza, sus ojos cerrándose brevemente mientras él decía con voz gruesa, —No tienes ni idea, ¿verdad?

Indiana se quedó mirándole. —Sobre que...

Él apretó sus labios contra los de ella, dejándola completamente sin palabras. Indiana todavía estaba procesando lo que estaba ocurriendo, hasta

que se encontró de repente respondiendo a su beso.

Sus manos encontraron el camino a su pelo y se enredaron en él, acercándole más a ella.

Esa temprana chispa que siempre había estado cociéndose entre ellos incluso después de cuatro años rompió a hervir con una nueva intensidad. Cuando finalmente rompieron el beso para recuperar el aliento, Indiana sintió su corazón palpitando súper deprisa, como si estuviera listo para escapar a través de sus costillas.

Max sujetó la cara de ella entre manos, mientras los dedos de ella todavía estaban sujetando el pelo de su. Ellos compartieron el mismo aliento mientras se miraban el uno al otro. El oscuro calor de sus ojos empujó a Indiana hacia él, sujetándole el pelo aun con más fuerza y dirigiéndose hacia él para besarle de nuevo. Él gruñó profundamente desde la garganta, con un sonido sexy y salvaje.

La lengua de él se enrolló con la de ella mientras se probaban el uno al otro. Sus manos en la cintura de ella eran firmes y la empujaban eficazmente más cerca de él. El fuego quemaba entre ellos a elevadas temperaturas muy altas, cada parpadeo encendiendo su cuerpo, haciéndolo temblar y estimulándolo desde el olvido en el que había estado.

En el siguiente momento, Max la había levantado de la encimera y la había apoyado contra la pared. Él besó su mandíbula, depositando suaves mordisquitos en todo el camino que bajaba por su cuello hasta su clavícula

mientras, en contraste, sus manos desgarraban su chaqueta y su corsé para apartarlos. Su mano izquierda levantó su muslo y lo enrolló alrededor de su cintura e Indiana jadeó de placer al sentir la excitación de él presionando el calor entre sus piernas.

Indiana todavía le sujetaba del pelo, incluso aunque ella estaba sorprendida por su dura agresión. Max se rió profundamente y, sin prisa, se movió hacia abajo para provocar sus pezones por turnos, haciendo que Indiana se humedeciera más por la necesidad.

En un movimiento sorpresa, Max se puso de rodillas de repente y pasó la nariz por su muslo todo el camino hacia su ápice. Estaba tan caliente que sus caderas se ladearon instintivamente, ofreciéndose.

—Dios, hueles igual de estupendamente,— dijo Max. Él la miró con una mirada cliente. Sin romper esa ardiente mirada, lentamente le bajó las braguitas de encaje por las piernas, su caricia deslizándose sobre su piel y dejándola chisporroteante por el calor.

Él se levantó repentinamente, sujetando su cara entre sus manos y la besó precipitada y desvergonzadamente.

Esta vez, él la empujó por encima de su cuerpo y se envolvió la cintura con sus piernas. Se movieron sin que Indiana se diera cuenta realmente, hasta que se encontraron en el dormitorio principal.

—¿Quieres esto?— sus ojos parecían brillar con la tenue luz de la lámpara de la mesilla. En el estómago de ella había pesadas mariposas e

Indiana asintió subrepticamente. Se sentía como si tuviera veintiún años de nuevo, probando la pasión por primera vez.

Había pasado tanto tiempo... demasiado tiempo.

Max la besó de nuevo, después pasó su mano a lo largo de su cuerpo para acunar su columna y arquearla firmemente hacia él. Moviendo los labios hacia su oreja, él le mordió el lóbulo, lo que hizo que gimiera profundamente.

—¿Estás segura?— preguntó con voz áspera, su aliento cálido y delicioso en su cuello.

—Sí.— Ella casi lo gritó a través de sus apretadas mandíbulas. ¿Es que él quería que gritara antes de enterarse de que lo decía en serio?

Sí, ella había articulado todas esas negativas anteriormente, pero realmente nunca había visto venir esto. Sus ojos verde-grisáceos tenían ahora una sombra profunda y mística que la atravesaban. Ella estaba segura de que sus mejillas y su cuello estaban ardiendo.

Enderezándose para equilibrarse en sus rodillas, Max se desabrochó lentamente la camisa. Nada era más emocionante y excitante que ver a un hombre de buena figura como Max quitarse la camisa, poco a poco revelando sus pectorales perfectos y su tableta de chocolate. Indiana tragó saliva profundamente. Su cuerpo juvenil se había cincelado en una perfección más definida, propia de un dios griego.

Max se subió sobre ella, sujetando su peso por encima para no aplastarla mientras se situaba entre sus piernas. Los ojos de él nunca dejaron los de ella.

Entonces él empezó a besarla lentamente por todas partes. El acunó sus pechos y depositó mordisquitos y besos desde sus pechos hasta sus costillas y todo el camino descendente hacia su ombligo. Indiana se incorporó sobre sus codos, mordiéndose el labio inferior mientras miraba lo que estaba haciendo él. Su boca se movía peligrosamente hacia el centro de su calor.

—*Max.*

—Echaba de menos tocarte,— murmuró él y pasó sus manos hacia abajo por su cuerpo. —He echado de menos besarte.— La besó en el interior de los muslos. —He echado de menos oírte gemir.

Al decirlo, masajeó su hinchado sexo. Indiana hecho la cabeza hacia atrás y gimió.

—Te gusta eso, ¿no?— dijo él, con voz ronca.

Indiana asintió y él acarició sus pliegues más rápido. Indiana gimió más alto y agarró su pelo. Ella sintió su lengua, divirtiéndose y jugando con su sexo con seductora pasión. Los ojos de ella se cerraron fuertemente para perderse más profundamente en el placer. Él no mostraba misericordia.

—Por favor,— fue todo lo que ella pudo decir.

Max continuó su sensual asalto lamiéndola y chupándola, mientras con las dos manos acunaba y amasaba sus pechos, sus dedos índice y pulgar haciendo rodar sus pezones. En el momento que él alcanzó el clítoris con sus dientes, la espalda de Indiana se arqueó levantándose de la cama.

Indiana no podía dejar de jadear, perdiendo el control. Su mitad inferior

estaba apretando, temblando, llegando... a ese casi olvidado saliente. Ella quería suplicarle que parara y al mismo tiempo gritar pidiendo más. Sus pensamientos pronto empezaron a ser incoherentes, Max esclavizando a su cuerpo con la boca.

Con solo sus labios y la lengua, hizo saltar por los aires su última atadura con la realidad. Indiana planeó todo el tiempo que pudo esa vertiginosa cima, antes de hacerse añicos en el orgasmo más estremecedor, gritando el nombre de Max en el proceso.

Indiana nunca pensó que podría sentirse de nuevo de esa manera, su cuerpo, alma y mente en el séptimo cielo. Luchó contra el olvido e intentó aferrarse al presente.

Cuando finalmente fue consciente de lo que había a su alrededor, Indiana abrió lentamente los ojos para encontrarse a Max contemplándola. Ella quedó sorprendida por la maravilla que leía en sus ojos, tan similar a su propia expresión. Estaba tumbado desnudo a su lado y sus ojos viajaron por su cuerpo observándolo con deseo. Ella se maravilló ante la longitud y la fuerza de su erección.

Max se movió de repente, poniéndose una vez más sobre ella mientras se inclinaba sobre sus codos con su cara a pocos centímetros de la suya. El corazón de Indiana latía diez veces más deprisa en respuesta a su proximidad, y se preguntó por qué la sensación era tan buena y tan mala al mismo tiempo. ¿Por qué él tenía tanto poder sobre sus sentidos? Estaba feliz de sentirse tan

viva de nuevo, pero estaba asustada por si eso significaba que nunca podría dejarle marchar realmente.

Ellos nunca podrían volver al inicio. Ella solo tenía que recordar todo el dolor y su corazón se cerraba sobre sí mismo.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres realmente?— preguntó Max, con la voz ronca y el sexo goteante. Indiana sabía que esa era su oportunidad para acabar con esto. ¿Cómo podía tomar de nuevo a Max como amante de nuevo? No debería haber dejado que las cosas llegaran tan lejos.

Ella casi podía ver que él sentía su retirada y sabía que si decía que no, Max se echaría hacia atrás inmediatamente. Él no tomaría nada que ella no le diera por voluntad propia.

En lugar de hacer caso a ningún tipo de razón interna, Indiana siguió a la fiera ansiosa que estaba en lo más profundo. Con un simple asentimiento por parte de ella, Max tuvo la confirmación que necesitaba.

Al instante siguiente, penetró en ella con tal fuerza que Indiana gritó en éxtasis. La colisión de su carne dura dentro de su suave envoltura la sorprendió e hizo que comenzara a ver borroso a consecuencia del placer cuando Max comenzó a moverse dentro y fuera de ella.

Indiana no podía soportar tanto placer tumbada quieta. Movi6 las caderas debajo de él y escuchó a Max sisear una maldición. Sólo para hacerle gritar su nombre cuando él entró en ella más profundamente esta vez.

—¿Estás bien?— preguntó él con preocupación cuando Indiana se puso

rígida. Pero ella simplemente estaba tratando de acostumbrarse a la inmensa sensación de tenerle dentro de ella. Le llevó un poco de tiempo encontrar la postura, pero una vez que lo consiguió, Indiana comenzó a inclinar su pelvis hacia arriba para encontrarse con él nítidamente.

—Estoy...estoy bien. No pares,— gimió ella.

Max maldijo de nuevo y la obedeció, embistiendo más despacio dentro de ella. Todavía se sentía endiabladamente bien, sintiendo como él la colmaba tan plenamente. Indiana tuvo que sofocar un grito mordiéndose el dorso de la mano.

Él la tomó a su propio ritmo e Indiana no pudo hacer nada salvo seguirle y estar de acuerdo... Su deseo por este se desplegaba como una rosa virgen, llevándola a territorio inexplorado. Incluso con todas sus inseguridades, dolor y recuerdos, todo lo que importaba era el ahora mismo. Su pasión y el calor tan fuerte como para fundirlos en uno solo.

Ellos se besaron y se tocaron y se movieron y se sintieron el uno al otro e Indiana se vio desbordada por todo ello. Continuaron y continuaron y con cada embestida ella gritaba de placer. Max se zambulló más duro y más rápido, sus seductores murmullos la deslizaban inconteniblemente hacia abajo por una rampa en espiral a la piscina del nirvana.

Justo en ese momento, cuando el movimiento era más inclinado e intenso, Max le dijo que se corriera para él, y ella lo hizo. Ella alcanzó su segundo orgasmo de la noche gritando su nombre con un fuerte gemido.

Tres embestidas más contra sus profundidades y Max alcanzó el alivio, su respiración escapando a través de sus dientes apretados mientras él se derramaba dentro de ella.

Ni siquiera un pequeño porcentaje de intensidad se apagó, incluso cuando Max cayó sobre ella con la cara contra su cuello. Él la besó una última vez antes de salir de ella y acercarla más a él.

Indiana descansó encima de él, sus ojos aletearon con la última energía que tenía. Antes de sucumbir al comfortable sueño que le proporcionaba el musculoso pecho de Max, Indiana prometió parar de dejarse llevar por el mal camino. Un sexo tan bueno no podría ser equivocado. No iba a caer tan bajo, no todavía. Y estaba bien, solo por esta vez, ser egoísta.

Mañana, pensaría la mejor manera de decirle la verdad a Max de una vez para siempre.

Alcanzar a Indiana en algún momento, más tarde por la noche le pareció a Max tan natural como respirar. Parecía increíble que ella estuviera echada allí con él. Pensar en cuantas noches había soñado esto. Su cuerpo lleno de deseo, sus receptivos besos y caricias. Le volvía loco.

Le dijo a ella que subiera sobre él y ella le complació. Ella se sentó a horcajadas sobre él, se elevó y alcanzó a rodear su rígida longitud, y empezó a bajar sobre ella lentamente.

El momento en el que ella se llenó de él, gimió y empezó a moverse,

bailando con sus caderas sobre él y enviando sus pechos a balancearse delante de su visión borrosa. Su vagina era como el hogar para él, húmedo y apretado. Max dejó que Indiana tomara el control, moviendo solo las manos para modelar sus tetas sexis. Él se incorporó y atrapó un pezón, chupando tan fuerte que la hizo gritar de lujuria.

De repente Max la hizo girar sobre su espalda y empezó a moverse mucho más rápido y más fuerte mientras la besaba el cuello.

—¡Oh!— chilló ella cuando él golpeó su punto G, entonces gimoteó su nombre. Las uñas de ella se clavaron en su espalda cuando ella embistió más profunda y duramente. Sus sonidos de pasión se sincronizaron mientras la habitación parecía inflamarse.

Max salió y la colocó boca abajo. Indiana tenía el perfecto culo y las caderas con forma de corazón. Max cogió sus muslos sexis y empujó hacia arriba, levantando su espalda de manera que su trasero estuviera en el aire. Acarició sus cachetes, se zambulló profundamente en su interior y casi se corrió al instante, pero afortunadamente, aguantó.

—Joder,— murmuraba él con cada empujón. Indiana le sentía en su estómago y ella balanceaba sus caderas a lo largo de su miembro, empujando el culo hacia atrás.

Nunca habían tenido sexo tan sucio. Él lo dirigía duro y sin piedad. Cada grito que escapaba de los labios de ella hacía que Max entrara incluso más profunda y duramente. Podía sentirla temblando, ambos lo estaban, de placer y

lujuria.

Finalmente, pareció que él rompía y azotaba más fuerte su culo. La agarró del pelo, hacienda que su espalda se doblara hacía atrás. La ligeramente incómoda postura hacia que él pudiera entrar más profundamente dentro de ella, sus caricias llegando a su meta cada vez. Él golpeaba tan duro como podía en sus apretadas paredes, haciendo que sus jugos fluyeran. Ella gritó su nombre, el gruñó el de ella.

Max sabía que estaba siendo rudo con ella, sus empujones se volvían más imperdonables. Si no fuera por su respuesta llena de placer, la manera en la que le suplicaba más y gemía —sí, amor, oh, qué bueno—, él podía pensar que la tenía que estar haciendo daño. Pero esta mujer podía tomar cada centímetro de él y en eso él encontraba mucho placer.

—No puedo tener suficiente de ti,— dijo él, casi para sí mismo. Indiana era la única mujer que lo hacía hablar en la cama, incluso ponerse sentimental. Era la única mujer a la que le había dicho que la amaba. Aunque ella no se lo había dicho a él, Max nunca se arrepintió del hecho de haberse abierto con ella y de seguir haciéndolo. Quizá un día podría ganarse completamente su confianza. Quizá no era demasiado tarde.

Max se hundió hasta su base, sintiendo como las paredes de ella se contraían es espasmos avisándole hasta que él se dio cuenta de que ella estaba a punto. El también lo estaba, peligrosamente cerca. Sus embestidas alcanzaron un ritmo agotador, su pelvis rebotando contra el trasero de ella. Empujarla

hasta el límite era todo lo que Max podía hacer para llevar a Indiana a la culminación, sintiendo la irrupción de su orgasmo antes incluso de que ella gritara, todo su cuerpo estremeciéndose.

Un potente gruñido escapó de él al llegar también su alivio. Él la sujetó con fuerza mientras se caía encima de ella, besando toda su espalda. Ella dijo algo que sonó a “maldita sea, Max.” Le hizo sonreír. Todos estos años, el sexo para él había sido casi clínico, desconectado. Pero con Indiana se preocupaba mucho por darle placer, por satisfacerla totalmente.

Max no sabía que significaría esto para ellos. No podía imaginarse que Indiana volviera a salir de su vida. Haría lo que fuera necesario para que ella se quedara.

Capítulo Siete

Indiana fue persuadida de seguir durmiendo por la luz de la mañana que se filtraba suavemente en la habitación. Había dormido mejor de lo que podía recordar y se sentía ligera como una pluma, aunque un poco dolorida. Ese hombre la había hecho trabajar músculos que Indiana había olvidado incluso que tenía.

Una risa incrédula escapó de sus labios mientras se estiraba y se daba la vuelta sobre su espalda. De alguna forma, todo se había vuelto más brillante. ¿Cómo podía haber tenido tanto miedo de que pasara esto durante meses y años? Había permanecido en la oscuridad mientras observaba a Max disfrutar de su estilo de vida multimillonario seguidor de las últimas tendencias. Ahora era el momento de sacar a Max de la oscuridad.

Indiana se incorporó hasta sentarse cuando se dio cuenta de que Max no estaba con ella en la cama. Indiana frunció el ceño y miró alrededor de su dormitorio, estudiándolo cuidadosamente por primera vez. Era tan cálido y acogedor como la personalidad de Max. También estaba inmaculada e Indiana sonrió al pensar que Max era una persona tan limpia como ella. La habitación casi parecía que no se utilizaba o no se vivía en ella si no hubiera sido por esos pequeños objetos de él que salpicaban su entorno.

Indiana deseaba decir que todavía se sentía capaz de mantenerse a

distancia de Max, pero sería tanto más difícil cuanto más tiempo pasaran juntos.

Y si las cosas iban como ella esperaba, de ahora en adelante se verían más el uno al otro. Había algo que ya no podía ser retrasado o evitado durante más tiempo.

Puesto que no podía ver su ropa, Indiana se levantó velozmente de la cama y se dirigió a una de las puertas de la habitación. Estaba bastante segura de que era el armario, un completo vestidor del tamaño de su salón. Indiana no estaba segura de cómo se sentiría Max si le tomaba prestada una camisa, pero no era como si pudiera ir en su busca desnuda. Cogió una camisa azul y blanca abotonada hasta abajo que le llegaba a las rodillas.

Indiana estaba tratando de poder un poco en orden su cabello rizado cuando empezó a oír voces. Una de ellas era la de Max, mientras que la otra sonaba como la de una mujer. Indiana salió del vestidor y se acercó a la puerta del dormitorio. Apretó la oreja contra ella para intentar enterarse de lo que estaba pasando al otro lado.

—Max, te dije que lo sentía,— dijo la mujer que estaba con él, su voz sonaba articulada y elegante incluso suplicando. —Ha sido demasiado repentino. No puedo hacer esto, amor. Necesitaré algo más de tiempo.

¿Amor? ¿Quién era esta mujer? Indiana apretó más la oreja contra la puerta mientras su cabeza zumbaba, llena de preguntas.

—No estoy seguro de lo que estás intentando sugerir, pero mi respuesta

es no,— dijo Max. —No me presiones, Bianca.

No había error posible con el matiz cortante y sin emociones del tono de Max. Indiana casi sentía lástima por la mujer, aunque estaba intentando situarla por el nombre. ¿Bianca qué?

—¿Y entonces qué pasa con el anillo de compromiso? Nunca me pediste que te lo devolviera,— dijo Bianca con voz rígida, incluso cuando el dolor rodeaba sus palabras.

Palabras que hicieron que Indiana se alarmara repentinamente, haciéndola sujetar el picaporte de la puerta, que resonó en el aire y condujo a un silencio absoluto.

—Oh Dios,— se enfadó Bianca después de un momento tenso. —Hay alguien contigo. Está bien, Max. Realmente no me importan tus mujeres. Solo me importa lo bien que estamos juntos. Somos tan parecidos que ese es el problema, pero sé que puedo arreglarlo. Solo dime que podemos...

Indiana no esperó a oír más y se alejó de la puerta. Sentía que se estaba poniendo enferma

Era como si el pasado estuviera ocurriendo otra vez. Max no había cambiado. Nunca lo haría. Indiana había estado tan segura de que lo sabía todo sobre su vida que, ¿cómo podía haber pasado por alto el hecho de que estaba *prometido*?

La mente de Indiana volvió a la primera vez que se vieron. La atracción loca, el calor en sólo una mirada de él. Indiana no había confiado en el

sentimiento, ¿por qué habría de hacerlo? Había sido demasiado delicioso para ser real. Y al igual que la noche anterior había sido demasiado increíble para ser real, Indiana se enfrentó con el hecho de que Max era demasiado diferente de ella.

Cosas como principios, firmeza y simple cortesía humana simplemente no eran parte de su personalidad. Pensar que había empezado a imaginarlos compartiendo un papel en la vida de los mellizos.

La puerta se abrió y Max entró en la habitación. Indiana se giró para enfrentarse a él con expresión controlada y le pidió su ropa.

—Indiana, necesitamos hablar.

—No. necesito mi ropa. Solo déjame que me vista y me vaya al infierno fuera de aquí. Fuera de tu vida.

—Se ha ido, te lo prometo. Sé que puedes haber escuchado algo, pero si me escuchas, lo entenderás todo.

—¿Entender qué? ¿Que eres el mismo Max de hace tres años, que no pudo siquiera esperara a que volviera de mi viaje a la India para liarte con otra persona?

—¿Otra persona? Indiana, tú fuiste la que se marchó, ¿recuerdas?

—Sé que me fui, ¡pero siempre tuve la intención de volver! Pero entonces ni siquiera importaba lo que habíamos compartido, ¿verdad? Ese es el motivo por el que había una chica en tu dormitorio aquella mañana que fui a verte cuando volví.

Max se quedó helado. —¿Qué? ¿Viste a una chica en mi dormitorio?

—Sí. Una rubia muy desnuda entre tus sábanas y no parecía feliz en absoluto de verme e incluso me gritó, preguntándose qué hacía yo en el dormitorio de su novia. Su ropa estaba con la suya por todo el suelo. Seguiste adelante realmente rápido, debo decir. Justo como has pasado de tu compromiso, del que nunca me has hablado. ¿Ni siquiera me merezco saber que estás planeando casarte con alguien?

—En primer lugar, nunca he tenido planes de casarme con nadie.

—Oh, ¿y eso por qué no es una sorpresa?— preguntó Indiana sarcásticamente mientras cruzaba los brazos.

—Volveremos sobre todo eso, pero primero, sobre el día que volviste... Nunca lo supe, Indiana. Pero ahora todo tiene sentido. Ese fue el día que dejaste las llaves en el apartamento, ¿verdad?

Indiana respiró profundamente, tratando de permanecer lo suficientemente calmada para continuar. —Sí. Me fui del dormitorio antes de que tu amante loca me mordiera la cabeza, bajé las escaleras y dejé caer las llaves en la encimera. Sabía que no había nada que nos mantuviera juntos y no iba a estar esperando a tu alrededor para que me dijeras que ya no me querías.

Max echó la cabeza hacia atrás mientras se frotaba la mano fuertemente con los dedos. Entonces dijo unas cuantas palabrotas. —Ni siquiera vi las llaves hasta quizá semanas después. Entonces me imaginé que podías haber entrado cuando estaba fuera y dejarlas allí. Lo tomé como una señal de que

estabas de vuelta y de que me habías dejado.

Él suspiró enfadado pero continuó con mayor compostura, —Así que fui con prisa a buscarte a casa de tus padres, pero no quisiste verme. Cambiaste tus números, me bloqueaste en tus correos electrónicos y te aseguraste de que no pudiera alcanzarte. Todo lo que pude hacer fue llamar a Drew por teléfono pero todo lo que me dijo fue que estabas en el hospital. No supe que pensar, pero nadie me decía nada y solo me pedían que me mantuviera alejado. Unos pocos días, tuve que irme finalmente a Los Ángeles para empezar mis prácticas. Pero continué llamando con la esperanza de poder hablar contigo, pero encontraba un obstáculo tras otro.

—Bueno, ¿y qué esperabas? ¿Que te aceptara de vuelta después de engañarme?— gritó Indiana.

—¡No ocurrió nada con esa chica, Indiana! Sí me la llevé a casa conmigo, pero estaba estúpidamente borracho y ni siquiera la toqué. Me desperté a la mañana siguiente y me la encontré desnuda a mi lado. Ni siquiera esperé a que me explicara nada, solo le dije que se fuera antes de que yo volviera. Me vestí y salí en menos de un minuto.

—Y se supone que tengo que creerte.— Indiana resopló. —Debes pensar que estoy ciega y loca.

—Te dije que te quería.

Indiana perdió un latido cuando Max habló con ese tono ronco, y ella se olvidó de respirar cuando él se quedó allí y la miró.

-Nunca he dicho esas palabras a nadie, Indiana. Nunca había caído tan profundo como para enamorarme de alguien que me mantuvo un año entero a distancia, yo solo estaba feliz de estar cerca de ti—dijo con fuerza.

Indiana perdió un latido cuando Max le habló con ese tono ronco, e incluso se olvidó de respirar mientras él estaba allí de pie mirándola.

—Nunca le he dicho esas palabras a nadie, Indiana. Nunca me enamoré tan profundamente de nadie como de ti, que durante un año entero me mantuviste a distancia y yo me sentía feliz solo estando cerca de ti,— dijo con fuerza.

—Yo no tiraré eso por un polvo barato y me di cuenta en seguida. Estaba enfadado contigo, y salí con los chicos y me llevé a casa a una chica, pero *no pasó nada*,— añadió Max, acercándose a ella para cogerla por los hombros con delicadeza. —Más tarde, descubrí que ella era una ex de un amigo mío y quería vengarse de él durmiendo conmigo. Después, hicieron las paces y se casaron el año pasado. El día de su boda, me agradeció haberla devuelto a sus cabales al no dormir con ella mientras ambos estábamos borrachos. Ojalá me hubiera dicho que apareciste, en cualquier caso. Lamento que tuvieras que pasar por eso.

Indiana soltó otro profundo suspiro. ¿Qué importaba?

Ella había vuelto a entrar en su vida para que él no se perdiera a sus hijos. ¿Pero se merecía incluso estar alrededor con ellos viendo cómo había cambiado?

—No quiero oír nada más,— dijo con tristeza pero firmemente. —No debería haber permitido que ocurriera nada la noche anterior. Fue un error.

—Te daré más tiempo si eso es lo que necesitas,— dijo Max.

Indiana no tenía ganas de continuar discutiendo con él, toda su energía agotada. Se alegró cuando Max no insistió y en lugar de eso trajo su ropa, que, atentamente, había lavado y planchado. Sus caballerosos gestos solo conseguían enfadarla más, sabiendo que Max era tan bueno al intentar allanar su camino hacia su punto débil. Era del tipo que podía servirte el desayuno en la cama, estar a tu disposición y llamarte, pero que te mantendría toda la noche despierta pensando si habría otra persona en cuanto le volvieras la espalda.

Una de las cosas de las que se alegraba era de que su hermano Drew nunca hubiera descubierto que había estado saliendo con Max y, por tanto, ni siquiera sospechaba que pudiera ser el padre de los mellizos. Indiana se sentía culpable por engañar a su hermano. En los últimos dos años, había entrado en el ejército, que siempre había sido su sueño después de la universidad. Había llegado a estar en Operaciones Especiales, y ni siquiera sabía en qué país estaba destinado. Sólo sabía que estaba en una misión secreta y no estaría en casa durante meses. No había visto a los niños desde que eran bebés.

Indiana estaba cansada de todas estas discusiones con Max. Necesitaba un descanso, y tal vez también que le borrarán la memoria. No podía continuar con su mundo girando alrededor de Max y de cómo la hacía sentir. *Lo que está hecho está hecho*, decidió. El pasado, pasado estaba, y no podía volver atrás o

cambiarlo.

Indiana había creído que el peso que había llevado durante tanto tiempo finalmente se había aligerado. Pero viendo como estaban las cosas, solo había hecho que la situación estuviera peor. ¿Por qué se sentía como si estuvieran destrozándole el corazón por segunda vez?

El yoga era un gran negocio en la ciudad de Nueva York, e Indiana se sentía afortunada por haber abierto su estudio hacía tres meses, al mudarse allí. Estaba en negociaciones con un consultor financiero buscando inversores para abrir una sauna y un spa al lado, e incluso, una tienda de alimentos saludables. Se había asegurado de conseguir un lugar con suficiente espacio para sus planes, y se alegraba de tener tanto que esperar con ilusión.

Indiana se centró en proporcionar un estilo dinámico de clases a su estudio, y hasta ahora había estado atrayendo a los mejores clientes. El lanzamiento del estudio, que se llamaba Twin Lotus, no había sido fácil de conseguir, pero como siempre que se enfrentaba a algo, Indiana hizo que el proyecto saliera adelante. Todo lo que necesitaba era tener más financiación para gestionar las ampliaciones que había establecido para convertir el lugar en un centro de fitness de lujo de calidad superior.

La gente que entraba en su estudio era recibida por una escena tranquilizadora e Indiana y los miembros de su personal iban vestidos con pantalones súper cómodos en un entorno bonito y espacioso. Esa mañana, ella

tenía una clase de meditación para un grupo privado de diez personas. Después de eso, había un taller para un equipo de ejecutivos como parte de su programa corporativo de bienestar.

Al terminar, los participantes hicieron uso de las duchas y vestuarios para cambiarse. Indiana también se cambió, poniéndose un conjunto limpio que consistía en una camisa blanca abotonada metida en una falda lápiz de cuero negro para una reunión que tenía en unos minutos.

A mitad de camino, fue recibida por uno de los ejecutivos con los que había hecho las clases de yoga, Jamie Newton. Éste era su segundo taller y, de hecho, él había sido el que había proporcionado el contacto a su compañía para utilizar el estudio de Indiana.

Me gustaría agradecerle una vez más por haber dado una buena noticia a Twin Lotus en su empresa -dijo ella, con una sonrisa cálida-.

—Fue estupendo, así que no hay necesidad de agradecerme, no cuando todos lo disfrutaron tanto—, dijo el Adonis de cabello oscuro que tenía al menos seis pies de alto y un cuerpo más adecuado para un nadador olímpico que alguien que pasó Mucho tiempo detrás del escritorio.

Primero había asistido a su estudio como cliente privado y luego montó el taller en el que participaba su compañía donde era CEO. Tenía la apariencia, el dinero y el encanto para atraer a cualquier mujer exigente, aunque Indiana lo veía sólo como un cliente, a pesar de que era soltero y sólo unos años más viejo.

—Quería agradecerte de nuevo que recomendaras Twin Lotus en tu compañía,— le dijo, con una sonrisa cálida.

—Funciona espléndidamente, así que no hay necesidad de agradecerme, no cuando todo el mundo lo disfruta tanto,— dijo el Adonis de cabello oscuro que medía al menos un metro ochenta y tenía un cuerpo que encajaba más en un nadador olímpico que en alguien que pasaba mucho tiempo detrás de una mesa.

Primero había acudido a su estudio como cliente privado y luego organizó el taller en el que participaba la compañía de la que él era Director General. Tenía el aspecto, el dinero y el encanto para resultar atractivo a cualquier mujer exigente, aunque Indiana sólo le veía como a un cliente, a pesar de que era soltero y solo unos años mayor que ella.

—De hecho, estoy seguro de que podré motivarles para acudir a otro taller el mes que viene,— dijo Jamie. —Si estás interesada, podíamos discutir más tarde como asegurar que Twin Lotus prepare nuestros talleres de ahora en adelante. Estoy planeando que esto sea un asunto regular, puesto que mi compañía está centrándose más en gestión saludable.

—El yoga realmente supone una práctica innovadora para promocionar el bienestar tanto de los empleados como de los directivos,— dijo Indiana, mostrando su acuerdo.

—Es solo uno de mis incentivos de salud, para el cual no me importa gastar bastante dinero. Trabajadores felices, negocios felices como siempre

digo,— bromeó Jamie, mostrando esos dientes blancos como perlas que harían que una mujer normal se desmayara. —Entonces, ¿puedo fijar nuestra negociación para hoy en la cena?

Indiana parpadeó, insegura de cómo responder. Había estado fuera del juego de las citas tanto tiempo que no podía estar segura de si le estaban enviando señales o no. ¿Qué pasaría si tomaba las cosas por donde no eran y acababa metiendo la pata? No se podía arriesgar a ofender a uno de sus mayores clientes, especialmente considerando que el suyo era un negocio nuevo. Pero...

—Desafortunadamente, la señorita Hart no está disponible esta noche,— dijo una voz masculina familiar justo detrás de su hombro.

Indiana miró a su alrededor, confusa al ver a Max caminando hacia ellos con zancadas despreocupadas. *¿Qué demonios?*

La normalmente agradable expresión de Jamie dio paso a un ceño fruncido. —¿Y por qué no?

—Porque va a cenar conmigo,— dijo Max, arrastrando las palabras. — No debe molestarse tratando de reprogramar la cena. Porque los planes de la señorita Hart van a estar reservados durante mucho, mucho tiempo. Lo he comprobado personalmente.

—¿Quién es este, Indiana?— preguntó Jamie, volviéndose hacia ella mientras su ceño se hacía más profundo.

Indiana apenas podía hacer que sus labios trabajaran. —Yo...

—Soy su nuevo socio financiero. Max Stafford. Max se volvió con suavidad hacia Indiana, añadiendo, —No debes haber recibido noticias de tu asistente. Ella lo ha arreglado para que finalmente nos encontremos y hablemos sobre los proyectos de extensión de Twin Lotus.

Capítulo Ocho

Jamie lo pensó dos veces. —¿Eres *Max Stafford*? Ahora esto es una sorpresa increíble. He estado intentando concertar una cita con usted durante meses para firmar un contrato de colaboración respecto a su nueva serie de televisión. Por cierto, soy Jamie Newton.

Ambos hombres se dieron la mano, aunque Max conservó su sonrisa sardónica. —He tenido noticias sobre su interés en involucrar a su compañía de producción. Simplemente nunca esperé que fuéramos a tener un encontronazo sobre quién llevaría a cenar a esta encantadora dama esta noche.

Jamie miró de Indiana a Max y pareció captar los matices de la relación entre ellos. Indiana, que se había quedado sin palabras, se deslizó en una vergüenza mayor mientras Jamie se disculpaba envaradamente, diciendo que no había ninguna causa en absoluto para tener un encontronazo.

—Jamie, esto no es lo que tú...— empezó Indiana pero entonces sintió que Max apoyaba una mano en su hombro y la apretó suavemente, haciéndola callar. Ella le lanzó una Mirada, pero él solo ladeó la cabeza con una sonrisa.

—Mi secretaria le llamará para hablar de los planes para futuros talleres, puesto que me gustaría conservar nuestra, ah..., relación de negocios, señorita Hart,— dijo Jamie con una ligera inclinación de cabeza antes de hacer una salida digna.

Max tenía una mirada de triunfo en su rostro, mientras Indiana recuperaba lentamente sus sentidos. No había visto a Max en una semana y había estado tan segura de que planeaba dejar que las cosas se enfriaran entre ellos como ella. Entonces, ¿por qué estaba aquí causando problemas?

—Puedo ver que estás que echas humo, pero ¿podríamos llevar esto a algún sitio donde no estemos en público? Yo no soy precisamente desconocido y, además, este es tu lugar de trabajo.

—Sí, yo trabajo aquí Max, así que no entiendo por qué has venido aquí y... amenazas a mi cliente cuando todo lo que él quería era solo una cena de negocios— se enojó ella.

Max posó su ardiente mirada en la cara de ella. —Si piensas eso, entonces es que estás siendo demasiado ingenua. Nadie quiere solo una cena de negocios, especialmente no de la forma en la que él te estaba mirando.

—Puesto que dices que quieres también lo mismo, una cena de negocios conmigo, entonces supongo que sabrás mejor sobre qué estoy siendo ingenua ahora, de acuerdo contigo. ¿Qué estás tratando de sacar de aquí, Max? ¿Cómo has sabido de nuestro proyecto de expansión?

Justo en ese momento, antes de que Max pudiera responder, Priscilla, la ayudante de Indiana llegó corriendo.

—Señorita Hart, he estado esperando a que volviera a la oficina. He recibido una llamada de Jasper Niall, y dice que cenar esta noche estaría muy bien para seguir con las conversaciones. Me dijo que mantuviera su agenda

abierta para cualquier momento en el que ellos pusieran sacar tiempo, así que dije que sí.

Priscilla finalmente notó a Max y sus ojos parecieron abrirse de par en par inquiridoramente antes de decirle a su jefa, —Oh, veo que la he cogido con su cita de la tarde. Pero...

Indiana le dio las gracias e hizo un gesto con la mano para alejarla. —Hablares más tarde, Priscilla.

Indiana se giró de nuevo hacia Max, se fijó en su enigmática sonrisa, y finalmente consiguió que su cerebro conectara los puntos. —Déjame adivinar, ¿Jasper Niall es una especie hombre de paja, mientras que realmente eres tú el inversor que planea trabajar conmigo en el proyecto de ampliación del estudio?

—Sabía que me había enamorado de una chica inteligente—, bromeó Max, golpeándose la sien. —Lo has adivinado, Indiana. En realidad, Jasper es mi representante, y se ocupa de los asuntos que decido no manejar en persona. Es decir, hasta que veo adecuado darme a conocer.

Indiana sacudió la cabeza delante de él como si no pudiera creerlo. —Cuando corté los lazos entre nosotros, quería cortarlos. La última cosa que querría es hacer negocios contigo. Encontraré cualquier otro inversor.

Ella se fue ofendida hacia su despacho, dejando claro que su conversación había terminado. Pero Max no lo había entendido, a juzgar por el hecho de que la siguió, pasando por delante de Priscilla, que estaba sentada

detrás de su escritorio con los ojos aún más abiertos. Cerró la puerta del despacho de Indiana detrás de él, no sin dirigir una libertina sonrisa y un guiño a Priscilla, que continuaba mirando fijamente.

Después se giró y fue capaz de agacharse justo a tiempo mientras Indiana le lanzaba un libro directo a la cabeza.

Se estrelló contra la pared más alejada y cayó al suelo con un ruido sordo. Indiana dejó escapar un gruñido de enfado por no haber alcanzado su objetivo.

—¡Guau! ¡Lo entenderé si quieres enseñarme algo de sentido, mujer, pero no pegándome con eso!— le regañó Mas. —¿Qué le ha pasado a la Indiana que era toda Zen, con este carácter explosivo?

—¿Crees que esto es una broma? Mi vida es una broma para ti, ¿no es así?

Él levantó las manos para defenderse. —Eso no es así ni de lejos, y lo sabes.

—¿Lo sé? Estaba tan excitada por el hallazgo milagroso de un inversor potencial de alto perfil. Debería haber sabido que Jasper Niall era solo una sombra. Era solo para esconder que realmente eras tú.

—¿Y cuál es el problema con que sea yo? Soy un financiero legítimo especializado en salud y bienestar interesado en tu empresa. Ya te has hecho un nombre a ti misma como yogui y emprendedora en serie. Tu nuevo estudio ya es popular y atraes a un buen número de clientes con tu estilo de instrucción

directo que huye de la charla insípida. Hice mi propia investigación una vez que supe que estabas buscando un inversor. Y no me arrepiento de querer ser parte de tus brillantes ideas.

El sonrió. —Será como si finalmente pudiéramos actualizar nuestro sueño de hacer negocios juntos. Es casi como el destino, ¿y quiénes somos nosotros para cuestionarlo?

Ninguna parte de su discurso había calmado a Indiana ni siquiera un poquito. —¡Estás actuando como si esto me volviera loca!

—Bienvenida a mi mundo.— Él acortó la distancia entre ellos rápidamente, Indiana se distrajo por las palabras con voz ronca y después por su cuerpo acercándose. Antes de que pudiera alejarse ni un centímetro de él, la empujó hacia él. Cuando sus cuerpos se tocaron, ella se sintió indefensa por el instantáneo roce.

—Estoy hablando en serio, Max,— gruñó medio enfadada y medio excitada.

—Y yo también. No quiero que estemos así otra vez. Estábamos haciéndolo bien antes del incidente con mi ex.

—No debería haberme sentido tan molesta con ella, aunque tú tampoco puedes culparme realmente.

—Pero ahora podemos empezar de nuevo. Ya hemos tenido bastante de cosas retorcidas.

Max sujetó su cara y la besó, suave y amablemente. Indiana podía mentir

y decir que sus labios no se sentían bien. Max profundizó el beso y ella se perdió. Un gemido escapó entre sus labios y ella se mordió el labio inferior. Max gruñó y separó su boca de la de ella para atacar su cuello y sujetar su trasero. Sus poderosos brazos la levantaron de manera que ella pudo envolver sus piernas alrededor de su cintura, con la falda de piel levantada.

La espalda de Indiana se arqueó y el proceso invitó a los ojos y a los labios de Max a sus pechos, que se proyectaban contra su blusa. Con un gruñido, él recorrió el camino hacia su mesa. La tumbó sobre su espalda y se movió sobre ella, sin perder el tiempo mientras desabrochaba su blusa. Su sujetador rosa de encaje quedó a la vista y mirándole a la cara, Indiana pudo ver su deseo abrasador. Vio sus manos alcanzar y moldear los grandes orbes en sus pequeñas copas rosas que apenas podían contener su plenitud.

Max no esperó a que le dieran permiso, empezando a besar de nuevo su cuello y después trazando un húmedo camino por su piel hasta que alcanzó sus pechos. Un movimiento rápido de sus dedos y la liberó de las copas, dejando que su flexible carne saliera por encima del sujetador.

Él siempre le hacía esto, hacerla olvidar todo excepto sus caricias y la forma en que sus labios se sentían al envolver sus pezones. Indiana estaba sudando, el calor de su excitación fundiéndose en gotas en su piel.

Los ojos de ella estaban cerrados mientras ella absorbía todo el placer, olvidándose de sentirse culpable simplemente por dar la bienvenida a este sentimiento. El hecho de que estuviera prohibido, justo en su oficina, con unas

finas paredes para dejar fuera los ruidos que hacía... mientras Max movía rápidamente su pezón con la lengua y la hacía estremecerse, antes de que su mano reptara hacia abajo para moverse por debajo de su falda. *Dios santo*.

Cuando Max deslizó esa mano vagabunda en sus braguitas, Indiana se estremeció y abrió los ojos para mirarle mientras la tocaba. En poco tiempo, él alcanzó su clítoris y comenzó a frotarlo en suaves círculos; su caricia se sentía tan bien. La sensación de los dedos masculinos dándole tanta atención, la delicadeza y la sensualidad la tenían flotando entre nubes.

Indiana cerró los ojos a todo, sintiendo que su lujuria empezaba a cegarla mientras Max presionaba su pulgar un poquito más fuerte en su botón sexual. Ella se mordió el labio y en ese momento, ella empezó a frotar más deprisa. Indiana luchó por abrir los ojos y cuando finalmente lo hizo, vio la fiera pasión en sus ojos mientras la miraba.

No podía aguantar mucho más. Las manos de ella se agarraron a los tensos músculos de su antebrazo y él capturó su boca en un beso para acallar todos sus gemidos mientras ella gritaba más y más alto. Max dejó el dedo clavado en su clítoris mientras él introducía su dedo índice dentro de ella, intensificando la altura a la que estaba llegando. Sus músculos internos se contraían y relajaban en su dedo acariciador mientras él llegaba más profundamente a su punto máximo. Estaba tan cerca...

—¡No! ¡No podemos!— jadeó ella, empujándole con fuerza contra su pecho. Incluso con su orgasmo en la balanza, Indiana sabía que no podía, no

debía entregarse. No así. Si el sexo era todo por lo que tenían que luchar, entonces, ella no sucumbiría con su mente y su espíritu a eso. Solo... que ella nunca había sabido que sería tan difícil.

Max dejó que ella se colocara su ropa y bajara de un salto del escritorio, mientras se peinaba esperando que su pelo no estuviera revuelto.

—¿Momento y lugar equivocados?— preguntó Max arrastrando las palabras, mientras la mano que se pasó por sus propios rizos parecía temblar. Incluso los ángulos de su cara parecía más afilada con el deseo que volvía sus ojos de ese ardiente verde-negro.

—Esa no es la única razón. No puedo continuar volviendo atrás cuando sé que no debería. Necesito mantenerme en mi lugar, y eso es lo que estoy haciendo, Max.— Era divertido como decía —mantenerme en mi lugar— cuando sus muslos y piernas todavía parecían gelatina debido a lo cerca que había estado del orgasmo.

—Nada, y quiero decir nada, me apartará de ti,— gruñó Max. —No me gusta siquiera el pensamiento de compartir lo que es mío. Ver a ese remilgado de Newton intentando concertar esa cita me ha sacado de quicio. El memo ni siquiera sabría qué hacer contigo. Me perteneces a mí, Indiana, y solo a mí.— Él se inclinó y la besó de nuevo, robándole el aliento.

Dios, ella amaba sus labios tanto como él parecía ansiar los suyos. Él la giró para descansar su espalda contra el borde de su mesa mientras él estaba de pie entre sus piernas abiertas.

—Sé que quieres esto,— dijo él con la voz ronca. —Tu cuerpo me lo dice todo.

Indiana se sintió traicionada por el intenso calor del centro de su cuerpo. Ella quería ser fuerte, pero con Max no podía serlo. ¿Qué poder tenía este hombre sobre ella?

Era como una droga para ella. Todavía no conseguía entender como, cuanto más se esforzaba ella por mantenerle a distancia, más se esforzaba él por no dejarla.

—Tu piel es tan suave,— dijo él. —Me hace desear darte un mordisquito. Pero algo me dice que así solo conseguiría querer aún más.

—¡Max!— Ella se arqueó contra él, poniéndole las manos en el pecho para empujarle sin ningún efecto. Ella podía sentir la obvia hinchazón en su ingle y ella tenía un palpito que respondía en su centro, también. Ella parpadeó con fuerza e intentó suprimirlo. —Te lo he dicho, no *podemos*, no aquí. Mis empleados...

Max dejó escapar una ruda risita. —Es culpa tuya por hacerme sentir así. Por hacerme condenadamente imposible mirar a otra mujer. Intoxicándome con tu cuerpo y con cada jodida cosa que tenga que ver contigo.

—No puedo hacer esto. Juré no volver a implicarme contigo de nuevo. Simplemente no puedo.

—Igual que yo no puedo perderte de nuevo. Has entrado de nuevo en mi vida, y ese espacio vacío en mi corazón se ha llenado de nuevo. Todas esas

noches que pensé en ti me recordaron como he prometido hacerlo mejor si tuviera una segunda oportunidad.

—Max, ambos tenemos que culparnos por lo que hicimos mal hace tres años. Era inmadura y realmente no sabía qué hacer con el amor. Todo lo que quería era vivir libre y no sentirme atada. Fue egoísta por mi parte y te herí sin motivo. Ahora no me preocupa si encontraste Consuelo en los brazos de otras mujeres, incluso aunque digas que no lo hiciste.

—Podría decir lo mismo una y otra vez y tú simplemente no me creerías. Incluso cuando te he dicho que esas innumerables mujeres nunca podrían hacerme sentir de la forma en que lo haces solo con una sonrisa.

—Entonces, ¿como ocurrió que tuvieras todo listo para casarte con esa supermodelo, Bianca, e incluso le dieras un anillo?

Indiana todavía se sentía escocida por ese incidente. Más aún después de descubrir quién era Bianca en realidad. Era una de las mejores supermodelos, que había desfilado en las principales pasarelas para los mayores diseñadores. A Indiana no le hacía feliz pensar que tenía que competir con ello.

Max liberó un fuerte suspiro. —Lo admito, parece cuestionable y si, había un acuerdo de partes entre Bianca y yo. Pero no por ninguna razón romántica. Mis padres habían estado persiguiéndome el año pasado para que me casara. Incluso me habían concertado citas con incontables herederas, personalidades de la sociedad e incluso hijas de sus amigos.

Indiana vio como Max se pasaba las manos por el pelo en un gesto de

frustración y continuó, —Salí con Bianca durante unas pocas semanas y posteriormente nos hicimos buenos amigos. Ella accedió a un falso compromiso conmigo para tranquilizar a mis padres, aunque fuera por poco tiempo. Las únicas personas que sabían del compromiso eran ella y mis padres.

Él hizo una pausa y después miró a Indiana para encontrarse toda su atención concentrada en su rostro, haciendo que sus ojos ardieran en un cálido gris. —Hace algunas semanas, justo antes de que nos encontráramos en la conferencia, le dije a Bianca que se había terminado,— le dijo solemnemente. —Ella amenazó con contárselo todo a los medios, diciendo que ella me quería y no había considerado que nuestro compromiso fuera una farsa. Continuó intentando hacer que cambiara de opinión y por eso apareció esa mañana en mi apartamento, para convencerme de oficializar las cosas entre ella y yo. Pero yo no la quiero, Indiana. Ella no puede darme lo que necesito. Solo tú puedes hacerlo. Solo has sido tú.

Indiana se echó hacia atrás. Max era demasiado bueno arrastrándose y diciéndole las palabras adecuadas. Pero no podía dejar que cambiara como se sentía.

—Indiana, no puedes pretender que no queda nada que salvar. Sé que tú todavía...

—¿Por qué no lo entiendes, Max? No puedo exponer a mis hijos a alguien como tú,— soltó abruptamente. —¡No puedo estar con un playboy

multimillonario!— *Solo quiero a aquel chico del que me enamoré.*

—¿Tienes hijos?

Indiana se giró, dándose cuenta de repente de lo que acababa de decir. Max la estaba mirando anodada e Indiana estaba igual de impactada por haberle dicho lo que le había dicho. ¿Podría ahora decirle simplemente toda la verdad?

No. No ahora y puede que...nunca.

—Sí, tengo hijos, pero no tienes que preocuparte por eso.— Ella dejó escapar un profundo suspiro que había estado reteniendo. —Supongo que siempre tendré sentimientos por ti, Max, pero no son lo bastante fuertes. Ahora si me disculpas, voy a salir y decirle a mi secretaria que cancele nuestra cita para cenar y cualquier otro compromiso entre tu empresa y la mía.

Indiana dejó a Max en su despacho, volviéndole la espalda la que ella sabía que era la última vez. Ella nunca debería haberse mudado a New York en la esperanza de estar más cerca de él y poder verle de nuevo. Era el momento que dejara de vivir una fantasía y volviera al seguro refugio al que pertenecía.

Capítulo Nueve

—Necesitamos hablar.— Alicia Hart, la madre de Indiana, se lo dijo al salir por la puerta de atrás, uniéndose a Indiana en el porche.

La tarde era cálida y brillante, los árboles palpitando con pájaros y canciones. La apacible escena del clima de Cleveland solo se rompía por la dulce risa y la charla de los mellizos jugando con sus juguetes a solo unos metros de distancia.

Indiana sabía que venía a continuación. Ya llevaba de vuelta en casa un mes, pero todavía se sentía entumecida. *Deprimida*. Cuando los niños nunca lo mostraba, pero su madre sabía la verdad.

—Así que, ¿simplemente vas a cortar y salir corriendo?— preguntó Alicia con obvia incredulidad cuando Indiana no hizo comentarios. — Recorríste toso el camino a New York para labrarte un nuevo futuro. Estaba tan feliz de oír cosas sobre tu nuevo estudio de yoga y todos tus grandes planes. Tu clientela estaba creciendo e incluso habías encontrado un inversor, aunque resultara ser Max, pero —¿qué tiene de malo?— Y yo estoy bien teniendo a los niños durante semanas si es necesario. Tu padre y yo nos retiramos y nos mudamos de nuevo aquí, a nuestras raíces, para tener tiempo para nuestros nietos. Y ahora, ¿estás lista para tirarlo todo por la borda?

—Sé lo que parece. Como si lo estuviera dejando por segunda vez,

como hice cuando me quedé embarazada,— dijo Indiana pesadamente. — Incluso cuando volví me dije a mi misma que Max no se establece con chicas como yo, que también le cargan con dos bebés... Siempre he sentido que debería haber luchado más para retenerle.

—Entonces, ¿por qué es tan fácil dejarle marchar ahora? Os habéis encontrado, reavivado las cosas según me has contado. Sería de locos volverle la espalda a todo eso antes de haberlo intentado.

Indiana movió la cabeza, confusa, sus ojos atraídos por sus mellizos, ocupados en mitad del jardín y rodeados por juguetes. Eran los mejores amigos, podían estar durante horas con el otro, jugando a sus juegos o pensando nuevas formas de volver locas a su madre o a su abuela con sus travesuras. Por ahora, no estaban muy desconcertados y simplemente charlaban mientras miraban una mariposa moviendo sus alas en un arbusto de flores.

—Lo diré, incluso aunque no quieras oírlo, pero no es justo denegar a Max el derecho de ser padre,— dijo su madre. —¿No es como si fuera una persona mala o agresiva, ¿o lo es?

—Recuerda, mamá, que realmente él nunca ha querido niños. Solo estaba centrado en su carrera después de la Universidad.

—Bueno, ¿y qué esperabas, a su edad y con la oportunidad de su vida esperándole en Los Ángeles? Dale una oportunidad más, cielo. Una real. ¿Qué pasa si te sorprende?

Indiana se mordió el labio con fuerza. —Quizá pensaré un poco más sobre ello. Todavía tengo que terminar todo lo referente al cierre del estudio y a volverme a mudar a casa.

—Puedo ponerlos las cosas más fáciles para los dos y sencillamente invitarla a que venga de New York para cenar o el fin de semana.— dijo Alicia en un tono muy práctico.

—Mamá, no puedes hacer eso

—Oh, ¿de verdad? La última vez que lo comprobé, yo era tu madre. ¿Por qué no puedo entrometerme un poco si creo que es necesario?

—¡Porque tengo veinticinco años, mamá! No puedes continuar tratándome como a una niña.

—Y sin embargo, eres mi niña,— dijo su madre con una mueca irónica de sus labios.

Indiana suspiró profundamente, pero luego sonrió amablemente mientras Robyn y Ryder se levantaban y saltaban hacia ella todo el camino, apresurándola para que fuera a jugar con ellos.

Indiana evitó las preocupadas miradas de su madre y alegremente cogió a los dos niños en brazos, oyéndolos chillar felices. Hizo ruidos de avión mientras los llevaba alrededor del jardín antes de dejarlos en el más cercano de los bancos de madera para que rieran felices, mientras Indiana desechaba sus oscuros pensamientos. ¿Cuándo crecerían perdonarían a Indiana por mantenerlos alejados de su padre? ¿O la culparían por las elecciones que había

hecho?

¿Y qué pasaba si no había nada que fuera la elección —correcta— y, como le había aconsejado su madre, Indiana necesitaba simplemente aprovechar esa oportunidad?

Tenía que asegurarse de que había madurado y se hacía hecho lo suficientemente fuerte para enfrentarse a cualquier causa y efecto que fuera consecuencia de sus decisiones. El punto que brillaba en todos estos años de soledad y remordimientos solitarios habían sido sus niños, pero ¿y si ella pudiera ofrecerles una verdadera familia basada en el amor, la felicidad y el compañerismo?

Todo lo que Indiana podía decirse a sí misma era que tenía que olvidarse de cualquier esperanza persistente de tener un final romántico con Max y centrarse solo en que él y los niños pudieran tener el tan atrasado contacto. Se lo debía a los tres.

Ahora solo tenía que armarse de valor de para hacer ese cambio de sentido una vez más y enfrentarse de nuevo a todos sus miedos y sueños.

Alicia Hart había estado teniendo una sensación divertida todo el día que no podía expresar de forma concreta. Tenía como un hormigueo en la punta de la oreja izquierda que siempre parecía ser señal de algo, pero ella desechó esas supersticiones. Estaba bastante más allá de esas pequeñas vocecitas en su cabeza que le decían cosas...

Pero cuando sonó el timbre y ella abrió la puerta y se encontró a Max allí de pie, todo encajó perfectamente.

—Me imagine que te mostrarías tarde o temprano,— dijo Alicia, sin inflexiones. Entonces su sonrisa se hizo más cálida y sin una palabra, dio un paso atrás para permitirle entrar.

Hablaron durante una hora, charlando sobre la vida en general, hasta que Max trajo a colación el hecho de que Indiana tenía niños.

—Indiana tiene mellizos, niño y niña. No se me permite decirte mucho más,— dijo Alicia, con una cierta tristeza. —Indiana básicamente ha vivido aquí durante los tres años anteriores, trabajando para reunir el dinero suficiente para mudarse a Nueva York y perseguir sus sueños. Los bebés nunca la han frenado puesto que tiene todo el apoyo de la familia. No ha tenido que hacerlo sola, Max.

Alicia se preguntó si sus palabras harían que Max sospechara algo, o quizá había sido su intuición la que le había conducido hasta allí en primer lugar.

Decidida a solucionarlo, Alicia añadió, —Es jueves, lo que quiere decir que Indiana debe haber llevado a los mellizos al parque que hay bajando la calle.

—Gracias, Sra. Hart.

Él la miró con esos ojos a los que ella se había acostumbrado tanto de verlos en sus perfectos nietos. Alicia pudo ver profundidad, emoción y

decisión en esos ojos verde grisáceos y solo esperaba que, en ellos, su hija pudiera encontrar alguna manera de creer de nuevo en el amor.

Una mirada, y todas las sospechas de Max quedaron confirmadas.

Incluso a distancia, podía verse a si mismo en los mellizos que jugaban con Indiana, especialmente en el niño. Era la viva imagen de Max.

Una oleada de furia se apoderó del pecho de Max, pero se dio cuenta de que no estaba dirigido a Indiana, no realmente. Sí, se había perdido la oportunidad de verlos crecer, pero al mismo tiempo comprendía por qué las cosas habían ocurrido como lo habían hecho.

También sabía que amaba demasiado a Indiana como para no perdonárselo todo. Estaba tan loco por ella como siempre.

Max se movió a través del césped con las piernas prácticamente convertidas en gelatina. Indiana y los mellizos estaban en sus esteras, y ella les estaba enseñando a hacer algunas posturas sencillas. Los pequeños estaban entusiasmados de seguirla, y era obvio que tenían mucha práctica compartiendo yoga al aire libre con mamá.

Para Max, todos lo demás a su alrededor simplemente pasó al fondo del escenario. No podía apartar los ojos de su hermosa familia, a la que deseaba con todo su corazón poder ganarse. No hacía mucho tiempo, él había esperado encontrar una forma de recuperar a Indiana, sólo para descubrir ahora que tenía dos hermosos ángeles a los que tratar de convencer que los merecía,

también.

Indiana notó que estaba allí y en lugar de parecer asustada o lista para huir de nuevo, sonrió. Enderezándose desde su postura, caminó hacia él de forma flexible mientras los mellizos se sentaban y miraban pacientemente, sus rostros idénticos brillantes por la curiosidad.

—Me acabo de dar cuenta de una cosa,— fue como empezó, casi vagamente, mientras sus ojos se cerraban recordando. —Ese día que llamé a Drew y me dijo que estabas en el hospital... ¿fue más o menos el momento en el que tuviste a los bebés?

Indiana pareció sorprendida, pero asintió. —Debió ser. Porque tuve que pasar unas pocas semanas en el hospital antes de que los bebés nacieron debido a que era un embarazo de alto riesgo. Pero fue perfectamente al final y los dos bebés nacieron mediante parto natural.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?— preguntó con la voz gruesa, sin acusación ni resentimiento en su tono. —Me habría encantado ser padre.

Afloraron lágrimas a sus ojos y después se deslizaron por sus mejillas como pétalos de diamante. —Tenía miedo. Fue irracional por mi parte, pero estaba tan segura que los habrías rechazado, y a mí. Creía, con el corazón, que nunca seríamos lo suficientemente buenos para ti. No es una excusa, es que...

Sin decir más, Max la sujetó fuerte entre sus brazos. No necesitas explicar nada más. Se acabó, Indiana, todo el sufrimiento. Nunca más te voy a dejar.

—¡Oh Max!

—Voy a ser un padre dedicado para nuestros hijos. En el instante en que los vi, de repente me di cuenta de por qué en los últimos meses. He pensado más y más y esperado que nos dijeran más. Y, en resumen, esperado por ellos también.

—Puedo imaginarlo. Sigo sintiendo el anhelo y el remordimiento. Simplemente tuve que mudarme a Nueva York y de alguna manera dejar que las cosas sucedieran —, dijo Indiana con un suspiro.

—Ahora tenemos el resto de nuestras vidas para enfriarlo,— dijo Max suavemente y le besó la punta de la nariz.

Ese simple acto hizo que Indiana se riera como una adolescente y rompió el abrazo a regañadientes. Después, se secó los ojos y le dirigió una gran y auténtica sonrisa antes de tomar la enorme mano de Max en la suya y darse la vuelta para presentarle a Robyn y Ryder.

—¡Si!— Indiana gritó triunfante, animando a Ryder mientras él pasaba al defensa, se movió a su alrededor y hacía que el otro niño perdiera el equilibrio. Una vez que Ryder llegó cerca de la portería, no perdió el tiempo en buscar el disparo.

Batió totalmente al portero, al que regateó para marcar el gol de la victoria.

Indiana saltó una ces que el bañan de fútbol golpeó la parte de atrás de la

red. Levantó los brazos muy alto, orgullosa de Ryder. El partido había acabado y su equipo había Ganado. Ryder y sus compañeros del equipo de cinco años hicieron su baile de la Victoria.

Indiana oyó detrás de ella una risa ronca que retumbó en su interior.

—Es como yo después de marcar,— dijo Drew, hacienda que Indiana se girara con un jadeo.

Ella se echó en los brazos de su hermano, notando que no llevaba el uniforme de faena, lo que significaba que había estado en casa. Drew abrazó a su hermana con fuerza y después se echo hacia atrás mostrando una deslumbrante sonrisa de dientes blancos en su rostro bronceado y barbudo.

—¡Tío Drew!— dijo Robyn, abrazándose a sus piernas. Había crecido durante los dos últimos años. Ahora tenía cinco años y era muy mandona. También era bastante marimacho por su hermano Ryder.

—Hola a ti también, RoRo,— la provocó, utilizando el apodo que le había puesto él y riéndose con gusto mientras la levantaba muy alto por el aire, haciéndola chillar al hacerle cosquillas.

Justo entonces, Ryder corrió para abrazar también a su tío, en las nubes como siempre que su único y adorado tío regresaba de los Marines,

Siempre que podía se quedaba con ellos y había volado a Nueva York solo unas horas antes. —Vamos, niños, para que podamos ir a comer con la tía Macy,— dijo Drew y los mellizos siguieron alegremente a su madre y a su tío al coche.

—Debería haberme imaginado que Macy ya sabía que habías vuelto.—
El tono de Indiana era juguetón. Ella presentía que Macy era una de las razones de que Drew fuera a Nueva York tanto como lo hacía. Indiana no quería presionar ni a su hermano ni a su mejor amiga para que le dieran detalles, pero ella suponía que algo estaba pasando entre ellos.

Una vez que llegaron a casa de Macy, los mellizos volaron fuera del coche y subieron corriendo las escaleras. La puerta principal se abrió para dar paso a Macy. Dejó a los niños pasar por su lado y saludó con la mano a Indiana y Drew, con su vientre de embarazada expuesto para que todo el mundo lo viera. Indiana no había tratado de fisgonear mucho sobre eso tampoco, mientras a lo largo de los meses había visto a Macy desarrollar un bulto. Macy había admitido que estaba embarazada, pero no quién era el padre. Pero Indiana solo tuvo que mirar a Drew a la cara, ver su orgullo, y supo que sus sospechas eran ciertas.

Drew siempre había sido muy reservado y no era del tipo que se volvía loco por las mujeres, así que Indiana pudo entender que él elegiría su propio momento para hacerlo oficial. Pero no había duda de que Drew y Macy estaban locos el uno por el otro.

—Es increíble lo grande que se está poniendo su barriga,— le susurró Drew a Indiana, que le sonrió.

—Eso lo he oído,— gruñó Macy mientras Indiana y Drew caminaban hacia la puerta. —Has estado fuera cuatro meses, ¿recuerdas?

—Estoy muy contento de volver a casa,— suspiró Drew mientras cruzaban el umbral. La simple afirmación sonó muy significativa para los oídos de Indiana y viendo como se sonreían Drew y Macy, a Indiana le dio una punzada.

Hizo que Indiana echara más de menos a Max por el hecho de que estaba en Japón en una convención de jugadores. Su imperio multimillonario se había expandido más a lo largo de los últimos dos años y meses atrás había diseñado un innovador juego de deportes para la consola que estaba llegando a lo más alto en todas las listas. Indiana no podía envidiar el hecho de que Max trabajaba duro para estar seguro de que a su familia no le faltaba nada.

Incluso estando días y a veces semanas fuera de casa, Indiana le quería y confiaba en él, y eso era todo lo que importaba.

Todos se sentaron alrededor de la mesa y comenzaron a comer. Macy había cocinado para un ejército y Drew no tenía escrúpulos en llenarse el plato como si no existiera un mañana con pan de maíz, puré de patatas, verduras, chuletas de cerdo en salsa y pastel de manzana.

—¿Qué?— le preguntó inocentemente a Indiana mientras le miraba llenarse el plato.

No pudo evitar reírse y mover la cabeza hacia él. —No, nada.

Vio como Macy se inclinaba y limpiaba el puré de patatas del labio superior de Drew en un gesto natural y cariñoso que hizo que Indiana hiciera un sonido de arrullo.

—Sois totalmente adorables,— bromeó Indiana, sonriendo.

—Gracias, mamá,— dijo Drew irónicamente y volvió a mancharse la cara. Con todos esos grandes músculos, Indiana no tenía dudas de que tendría un gran apetito que satisfacer.

—¿Cuándo vais a tener más niños Max y tú?— preguntó Max sin venir a cuento e Indiana casi se atragantó con su agua.

Los mellizos se preocuparon al instante por mama, pero ella les tranquilizó una vez que recuperó el aliento, mientras se daba golpecitos en el pecho. Drew añadió algunos kilos a su espalda para que recuperara el aliento hasta que ella le detuvo, con la mano en el aire.

—Macy habla en serio. Lo sabes, ¿verdad?— preguntó Drew.

—Sé que habla en serio. Simplemente no creí que lo dijeras en la cena, delante de los mellizos.— Indiana fulminó a su mejor amiga con la mirada.

—Siempre dices que quieres una casa repleta de niños. Y tienes que admitir que Max y tú tenéis un montón de espacio que llenar en esa enorme mansión,— bromeó Macy con una sonrisa, refiriéndose a la mansión de nueve dormitorios de ladrillo rojo a la que se había mudado con Max después de la boda.

—Trabajaremos en ello,— dijo Indiana secamente y empezó a comer de nuevo.

—Nosotros también,— dijo Drew, sorprendiendo tanto a Indiana como a Macy cuando tomó la mano de Macy por encima de la mesa durante un breve

instante. —Es nuestro primer hijo, pero una vez que nos hayamos casado y el bebé haya nacido, mi plan es que tengamos otro lo antes posible.

—¿Ca...casado? ¿Nos vamos a casar?— jadeó Macy, mientras los niños gritaban, cantando que su tío y su tía iban a tener bebés y se iban a casar.

Indiana los hizo callar pero estaba casi tan sonriente como Macy, cuya mirada estaba atrapada por la de Drew por encima de la mesa. Indiana sabía que debía hacer que los niños terminaran de comer rápidamente y después irse los tres a casa y dejar a los tortolitos juntos.

Indiana estaba en la cocina ayudando a recoger los cacharros cuando entró Macy. —Max volverá a casa pronto, ¿no?—, preguntó.

—En un par de días,— dijo Indiana, secándose las manos.

—Bien, porque también necesitáis un poco de tiempo para papa y mama. Y no me mires así, como si no pudiera saber lo que necesitas. Puedo decir que le echas de menos en todo momento. En las últimas semanas, habéis estado muy tensos.

Finalmente, Indiana suspiró y se giró para mirar a la cara a su mejor amiga. —Cada pocos días tiene que viajar a una ciudad diferente por negocios. Yo también tengo un horario muy apretado, pero al menos mi trabajo no me lleva fuera de casa, dejando a mi familia por su cuenta.

—Sabes que si Max pudiera evitarlo, lo haría.— Macy rodeo la cintura de su amiga con el brazo para reconfortarla. —Max os adora totalmente a ti y a los niños. Sé exactamente como te sientes desde que tengo que aguantar que

Drew esté fuera durante largos periodos de tiempo cuando está de misión. Depende de mí tener siempre presente que debería apreciar cada preciosos momento que pasamos juntos y no desperdiciarlos estando enfadada porque tendrá que irse otra vez tarde o temprano.

Indiana estuvo meditando, preguntándose si había estado mostrando algún tipo de enfado muy profundo. Había estado tan segura de que había estado apoyando el frenético estilo de vida de Max, pero si tenía que admitir que se había distanciado poco a poco de Max. Respecto al sexo, también.

¿Era su pequeña forma de protestar porque parecía que le gustaban sus negocios más que cuidar de ella y los niños?

—Cuando Max llegué a casa el domingo, me aseguraré de que lo arreglemos todo,— dijo Indiana firmemente, ganándose una profunda sonrisa de parte de Macy.

Indiana no quería que su matrimonio con Max quedara aparte. Había sido muy natural con los niños desde el primer día que los conoció. Dos meses después, tuvieron una boda que eclipse a todas las demás en cuanto a extravagancia y romanticismo. ¿Dónde habían ido todas esas benévolas emociones?

¿Cuándo había sido la última vez que le había dicho a Max realmente que le quería? Indiana nunca había sido buena con las palabras cuando se trataba de verbalizar el afecto. Odiaba seguir siendo tan rígida después de dos años de matrimonio con el más increíble padre y marido.

Iba a seguir el consejo de Macy y olvidar su enfado más profundo y apreciar los preciosos momentos que tenía con Max cuando estaba en casa.

Confiar en Macy para obtener una respuesta a lo que preocupaba a Indiana incluso cuando Indiana no sabía que se estaba volviendo loca. Eso era lo mejor de tener una mejor amiga de la que no se había separado desde el primer día de instituto y que ahora sería parte de su familia una vez que se casara con Drew.

También, Indiana iba a cumplir su promesa sobre hacer lo posible para que su pequeña familia de cuatro creciera.

Indiana pensó en la familia de Max y en cómo se sentirían sus padres al tener más nietos. Aunque Indiana no pudiera alcanzar las cantidades que Max tenía en su cuenta cuando se encontraron de nuevo hacía dos años, sus padres nunca la habían tratado más o la habían mirado de forma diferente. Una vez que Max los presentó a ella y a los niños, por suerte sus padres habían dejado de lado sus planes de emparejarle con todas esas otras mujeres.

Capítulo Diez

Dos noches después. Indiana estaba en pie en el umbral de la mansión, su pelo castaño rizado la rodeaba, vestida con un vestido blanco de tirantes que marcaba todas sus curvas en los lugares adecuados. Había combinado su conjunto con unos zapatos negros de tacón muy alto, que resultaban muy *sexis*. Esperaba que no fuera demasiado para dar la bienvenida a su marido al volver de su viaje, ¿verdad?

Los ojos de él se pusieron tormentosos una vez que se posaron sobre ella mientras iba subiendo hacia la puerta principal. Gracias a Dios los niños estaban seguros, durmiendo en sus camas. Olvidando el hecho de que la estaba mirando, Indiana estaba absorta en si misma mientras le miraba. Le encantaba como se echaba hacia atrás el pelo descuidadamente u la forma en que su traje abrazaba sus músculos. Oh, y esos jugosos labios que se curvaban en esa conocida sonrisa. ¡Dios mío! Iba a derretirse allí mismo, en el umbral, estaba tan bueno. No había perdido ni una pizca de magnetismo, incluso después de dos años de matrimonio.

—Hola. ¿Cómo te llamas?— preguntó con voz gruesa.

Indiana sintió un profundo escalofrío e instantáneamente se metió en el personaje. *Mmmmmh, modo juego —desconocidos sexism— activado.*

—Soy...Anna. ¿Y tú?

—Llámame simplemente Señor. Anna... que nombre tan bonito.

Ella sonrió sensualmente, enrollando los dedos alrededor del nudo de su corbata y acercándose despacio a su cuerpo. —Eso está bien. Tenemos algo en común. A ti e gusta mi nombre y a mí me gustas tú.

—Entonces, Anna, ¿tienes planes para nosotros esta noche?

—Una agradable cena a la luz de las velas, y tarta de postre.

—Ah. Puedo imaginarme enterrando la cara en ella ahora mismo,— dijo él, sus ojos dando la impresión de que le había dado un significado más oscuro a sus palabras.

Dios, debía de ser ilegal tener el aspecto que tenía y sonar como lo debía. ¿Cuándo había tenido tanta suerte? Max podía haberse casado con una de esas mujeres con aspecto de modelos y difíciles de mantener, que sus padres habían tratado de endosarle en el pasado. Y él la había elegido a ella.

—Mm mm, todo a su tiempo. Señor.

Indiana había preparado una espléndida comida de estilo italiano, el comedor estaba decorado con gusto para adaptarse al sensual tema de la noche. Iluminación suave, incienso y seductor damasco cubriendo la mesa.

—Qué misterioso,— murmuró Max con una sonrisa complacida cuando finalmente se sentaron a comer. —Delicado y hermoso. Como tú.

Indiana enrojeció cuando Max tomó su mano y la besó con una caballerosa sensualidad. —Eres demasiado amable,— ronroneó y le observó llenar sus copas de cristal con el champán helado.

—O simplemente atrapado bajo tu hechizo. Por suerte.

Indiana simplemente sonrió hermosamente, levantando un tenedor de *linguine arrosto* a sus labios. Al inclinar su mano, dejó caer un poco de la cremosa salsa en su busto, desnudo por su atrevido escote.

—Oops,— dijo ella parpadeando con ojos inocentes mientras el líquido se deslizaba lentamente hacia abajo en el interior de su escote. —Creo que voy a necesitar algo de ayuda, Señor.

—No está bien jugar con la comida. No querrás que te castigue, ¿o sí?— gruñó Max.

—¿Castigarme? ¿Cómo?— preguntó ella, con los ojos muy abiertos.

Él se inclinó más cerca de su cara de forma que pudo susurrar en su oreja izquierda, —Sí, Anna. Castigada. Como poniéndote en mis rodillas y dándote azotes en tu asombroso culo.

Sus cortas respiraciones chocando con su cuello, su mano acariciando su rodilla, pronto le hicieron difícil pensar o incluso respirar. Él lamió las gotas de salsa que ella había derramado entre sus redondeados pechos, su lengua provocando maliciosamente la carne antes de que sus dientes mordieran su marcado pezón, evidente a través del fino vestido. Indiana se estremeció y se sujetó a la parte de sus brazos.

—Max, ¿qué estás haciendo?— gimió ella, saliéndose del personaje sin pensar.

—Intento seducir a mi mujer,— gruñó él.

Indiana se rió suavemente y le besó en los labios antes de dejar que sus besos recorrieran su cuello hacia abajo.

—Te he echado de menos,— dijo ella, dejando que sus dedos levantaran la parte de abajo de su camisa. Las manos de él, a cambio, comenzaron a bailar por su piel, abrasándola por donde le tocaban. Ella le quitó la camisa para dejar a la vista su torso.

—Yo también te echaba de menos y he cogido el primer avión de vuelta a casa. No podía estar lejos de esta belleza,— dijo él, agarrando el trasero de su mujer. Indiana dio un respingo y le dio un golpecito suave en el pecho.

—Vamos, vayamos al dormitorio antes de que los niños se despiertan y vengan aquí,— dijo ella, riendo. Solo para que el sonido se arrastrara hasta convertirse en un jadeo cuando Max la levantó en sus brazos. Él la llevó fácilmente a su dormitorio, y después la dejó deslizarse lentamente por su cuerpo para que quedara de pie.

—¿Por qué siempre tienes que ser tan hermosa?— dijo él, los ojos deslizándose por su rostro como una caricia.

—¿Por qué siempre tienes que ser tan sexy?— replicó ella, enlazando los brazos alrededor de su cuello.

Él se dobló para capturar sus labios y él se encontró con él a mitad de camino. Sus brazos, rodeando su cintura, manteniéndola quieta. Minutos después, finalmente el beso se rompió y ellos se miraron el uno al otro sonriendo.

—Te quiero, Max.

—Te quiero, Indiana.

Sin más palabras, Indiana tomó su mano y condujo a Max a la cama. De repente, ella le empujó hacia atrás y le vio caer en el montón de almohadas. Ella sonrió con suficiencia y se desnudó para quedarse con la ropa interior mientras Max la miraba desde su posición en la cama.

—Quédate justo ahí,— le advirtió ella, puesto que parecía que él estaba listo para moverse y arrastrarla a la cama junto a él.

—Creo que estás intentando que vuelva a estar hambriento,— murmuró él. —Quizá tendré que tomarte a ti para cenar.

—Dos años de matrimonio y tu impulso sexual no ha cambiado.— Ella movió la cabeza ante él feliz, después se puso seria. —Felizmente casados con mellizos y nada que pueda echarlo a perder, ¿no es la mejor sensación que has tenido nunca?

—Sí,— dijo Max, también con el humor frívolo ausente de su voz. —Sé por lo que has estado pasando, teniendo que ver cómo me iba en todos esos viajes de negocios y demás. Me duele el estómago cada vez que a ti o a los niños os preocupa que esté demasiado ocupado para preocuparme o que no venga a casa. Porque nada de eso va a pasar. Siempre volveré a casa.

—Hay una manera sencilla de resolverlo, ya sabes,— sugirió Indiana con una sonrisa mientras caminaba de rodillas desde el borde de la cama a donde él estaba apoyado contra el cabecero. —Cuando te vayas a trabajar,

vuelve a casa antes de la medianoche. Quizá tomarte un poco de tiempo libre en la empresa. Sé que sientes como si tuvieras mucho que demostrar, proporcionándonos una buena vida. Pero Max, es importante estar en la vida de nuestros hijos.—

Max acunó su cara y suspiró, mirándole profundamente a los ojos. —Lo sé, amor, y por eso he estado haciendo planes durante los últimos dos meses para acabar con muchos de mis compromisos. Para un lado, finalmente conseguí vender la nueva empresa. Ahora, puedo centrarme en mis asuntos personales e incluso trabajar desde casa.

Max e Indiana habían empezado negocios juntos y abrieron un retiro de salud, bienestar y yoga en una hermosa finca de varios acres en la ubicación más serena de la ciudad. Indiana se había hecho responsable de explotarlo. Sin embargo, había bajado el ritmo para centrarse en solo coger clientes privados mientras un equipo de dirección manejaba el retiro.

Ahora Indiana daba clases de yoga para sus clientes particulares en su estudio profesional en casa u ocasionalmente en casa de los clientes. Consiguió elegir sus horas y seguía disfrutando de enseñar y practicar yoga.

Sin embargo, justo ahora, Indiana estaba sorprendida porque Max había vendido su empresa en sus inicios. Ella le miró con la boca abierta y le vio sonreír.

—No te preocupes, conseguí un beneficio más que sustancioso,— bromeó y luego llamó suavemente, —Quiero demostrar que no me casé

contigo solo para asumir la responsabilidad de los niños. Me casé contigo porque te amaba y sabía que tú me amabas a mí. Nunca quisiera que pensaras que he cambiado.

—Sé que no lo has hecho—, dijo Indiana, sintiéndolo realmente. Ella apartó la culpa que sentía por cómo había estado de enfadada con él dentro de ella hasta que Macy se lo había hecho notar dos noches antes.

—Está decidido, entonces. Voy a estar por aquí con más frecuencia y voy a pasar más tiempo contigo y con los niños—, prometió.

—Espero que sí,— dijo ella entrecerrando los ojos.

Max sonrió, con esa chispa familiar brillando en sus ojos. De repente tiró de ella hacia su cuerpo hasta que quedó apretada contra él. Luego, estrelló la boca contra la de ella.

Sus labios parecían fundirse en una sola boca. Max, sus besos y su pasión, dejaron a Indiana sin respiración y pidiendo más. En un momento, se volvió codiciosa. Su incesante deseo de besar y mordisquear sus labios fue más fuerte que ella y sus labios no abandonaron la sexy boca de él hasta que ambos necesitaron respirar.

Indiana se apartó y jadeó, y Max aprovechó la oportunidad para enterrar la cara en su cuello, acariciándola con la boca hasta que ella gimió su nombre. Pronto, él empezó a mover sus manos por las piernas de ella para quitarle las braguitas cuando ella le paró, empujándole de nuevo contra las almohadas.

—Creo que estaba en una misión antes de ser apartada,— dijo ella.

Sus manos se encontraron en su pelo, agarrando suavemente con los puños lo ondulados mechones castaños. Su corazón latía con fuerza mientras seguía con su audaz seducción. Su boca bailaba por encima de su piel, girando por su pecho hasta sus pezones. Después de conseguir que varios gruñidos escaparan de sus labios, Indiana continuó su camino bajando hacia los abdominales. Oyó como la respiración de él se aceleraba mientras trataba de levantarse de las almohadas. Ella simplemente le empujó de nuevo hacia atrás y después comenzó a desabrochar sus vaqueros.

—Oh, vamos en plan comando, ¿no es así?— arrulló ella. —Mi chico está duro y nervioso y necesita algo de alivio.

—Joder, sí.— Max cerró los ojos con un suave sonido de siseo mientras ella le envolvía con sus dedos pequeños y cálidos.

Indiana sintió como ella misma se estaba mojando mientras iba ganando más confianza. Ella no siempre tomaba el mando de esa manera, pero se dio cuenta de que disfrutaba teniendo a Max a su merced. Y oh, él estaba tan dispuesto a dejarse que ella hiciera lo que quisiera con él...

Ella comenzó. Como a él le gustaba, con un lento masaje con un movimiento de ascenso y descenso. Su provocadora caricia corrió a lo largo de su longitud y después, apretó la punta repetidamente. —Tan grande—, jadeó ella, recorriéndole con los ojos mientras oía su profundo gruñido y los músculos de su cuello se tensaban.

Indiana bajó a la cintura y dio a sus abdominales como de tabla de lavar

un beso más antes de cambiar su boca hacia su virilidad. Ella chupó la cabeza despacio antes de lamer todo el camino a lo largo hacia sus pelotas.

En el momento en el que el juraba desde lo más profundo de su garganta, Indiana levantó la boca y se sentó sobre sus talones para mirarle mientras apretaba su dureza en sus puños.

Ella adoraba verle a punto por ella. Con la necesidad de empujarle aún más lejos, retiró las manos y volvió a poner la boca en él de nuevo, sus caderas empujando para darle más. Ella saboreó el dominio en sus movimientos mientras ella tomaba cada centímetro que podía tomar en su boca. Ella simplemente amaba el sabor y como lo sentía mientras ella chupaba más fuerte, acariciando con sus dientes suavemente en la cabeza.

Suficiente nunca era suficiente para ellos. Y como era de embriagador el sexo entre ellos cada vez. Como satisfactorio era que ella siempre pudiera ponerle tan fuerte y duro para ella mientras ella goteaba entre sus muslos como un riachuelo para él como siempre

Indiana quería tomarle tan profundamente en su garganta como pudiera, moviendo la cabeza arriba y abajo mientras cerraba sus ansiosos labios desde la cima hasta la base y pudiendo solo alcanzar la mitad del camino. Había demasiado camino en él, y ella se arriesgaba a ahogarse si iba más allá de sus límites. Además, ella adoraba la sensación de mordaza que sentía cuando Max golpeaba el fondo de su garganta una y otra vez, hasta que eyaculó con un gruñido.

—Demasiado pronto. Demasiado cerca,— dijo con un chirrido, cogiendo la parte de atrás del cuello de ella y atrayéndola hacia él para besarla en los labios sensualmente. —Eso ha estado bien, amor. Todo sobre ti se siente jodidamente bueno.

—Mmmm,— ronroneó ella con placer contra sus labios. —Sigue, amor. ¿Cómo qué?

Max sonrió, apartándola ligeramente para mirarla.

—Cada vez que veo este cuerpo, incluso aunque la lujuria pueda dominarme. Hay una inconmensurable admiración, también. Estoy cautivado por ti. Por la forma en que tus mejillas firmes y cálidas descansan en tu cara.— Sus manos trazaron círculos en sus mejillas, antes de deslizar sus manos hacia abajo por su cuello. —Por la línea perfectamente contorneada de tu cuello. Tus pechos, tan llenos y suaves.— Él apretó suavemente sus montículos en sus manos, moldeándolos a la vez.

La respiración de Indiana se hizo tan pesada que estaba segura de que Max podía oírla.

—Siempre ha ido más allá de la lujuria, más allá del simple deseo,— dijo él, —Siempre ha sido más que suficiente para complacerme. Más que suficiente para amar sobre ti.

—Oh, Max.— se formaron lágrimas en los ojos de Indiana, dejándolos brillantes.

—Bueno, tú preguntaste,— bromeó él. Tenía una de sus largas manos

extendida sobre el pequeño estómago de ella. —Sueño con cuantos de nuestros niños estarán protegidos aquí. Solía pensar que no me importaría no tener hijos. Ahora lo que quiero es tantos como pueda tener contigo.

Indiana no podía controlarlas más; las lágrimas cayeron. Max cerró el espacio entre ellos y besó las gotitas. Moviendo su mano más abajo, la miró a los ojos mientras acariciaba su delicado centro. —Y esta obra de arte,— dijo él con voz ronca, acariciando su derretido y tembloroso sexo. —Uno entre un millón. A veces puedo perder la cabeza pensando en cómo te siento. *Apretado*. No hay mayor sentimiento en el mundo que saber que es todo mío.

Su cuerpo estaba ahora arqueado hacia él después de esa caricia carnal en su hendidura. Él no quería obsesionarse en ese punto pero se movió más lejos de sus caderas y de su culo. —Sus curvas son mi debilidad,— confesó Max. —Y estas piernas tan en forma y torneadas.

El aire estaba calentándose y ninguno podían ignorarlo, sus cuerpos se deslizaban resbaladizos y cálidos por el sudor. —Es como me he sentido desde la primera vez que te vi, y eso nunca ha cambiado,— dijo Max con un murmullo. —Incluso aunque en las últimas semanas podía sentir que te estabas apartando de...

Antes de que pudiera continuar, Indiana se lanzó hacia él y dándole besos ligeros como mariposas por la cara, dijo, —Te quiero. Tus pensamientos, cada parte de ti. No lo dudes nunca. A veces me porto de forma ruda y malhumorada, pero nunca dejo de echar de menos tus sonrisas de medio lado.

Como la que tienes ahora mismo.

Max sonrió y ella se acurrucó a su lado. —Es como si casi siempre doliera quererte tanto como lo hago, pero siempre me quedo con una buena sensación en mi interior. Entonces es cuando me doy cuenta de que no lamento esto, nada de esto.

Con eso, perdieron la necesidad de más promesas o declaraciones.

Max les giró sobre sus costados y se curvó como una cuchara contra su culo, deslizándose dentro de su vagina empapada con una caricia larga y seguro. Indiana curvó su brazo sobre su hombro para alcanzar el cuello de él, sintiendo como sus cuerpos se movían como bobinas bailarinas. De lado a lado, adelante y atrás, una y otra vez. Max la rodeó con un brazo para provocar sus pechos con los dedos y el placer se convirtió en una agonía para Indiana. Esas profundas embestidas, esos ásperos pellizcos en sus pezones, se convirtieron en una tortura a la que dio la bienvenida.

Los gemidos de Indiana se hicieron aun más altos mientras Max bombeaba sus caderas más rápido y más duro. Él besó su garganta y después volvió la cara hacia él y compartieron un beso con la boca abierta, medio derretido. Empezaron a respirar al mismo tiempo, con tantas endorfinas circulando a través de ellos al unísono.

Era delicioso cómo el sexo podía llegar tan intenso entre ellos, sólo necesitaban comunicarse con sonidos y caricias. Indiana sabía el momento en que Max quería que cambiaran a una nueva posición, y ella se estiró

ansiosamente con un suave gemido de prontitud.

Fluidamente, él se movió hacia arriba y los atrajo a cuatro patas, sin romper nunca el contacto mientras se colocaba justo detrás de ella. El rostro de Indiana estaba enterrado en la almohada, los codos hundiéndose en el colchón mientras su marido se hundía en ella hasta dentro. Cada músculo de su pelvis se sacudía con vibraciones mientras se hundía a través de su canal. Estaba muy mojada y abierta y él se sentía dolorosamente duro mientras se abría paso lo más profundo que jamás había pensado que pudiera. ¿Podría ser porque había pasado unas semanas desde que habían hecho el amor por última vez, o siempre había sido tan devastador para el cerebro?

Su pasión por el otro aumentó, las manos de Max empezaron a vagar. Él apretó su culo lujuriosamente, pero tiró amablemente de su pelo con su mano libre. Él la arqueó hasta que su espalda formó un arco y llevó su cara a girarse hacia él. Dolía estar girada en este ángulo, pero como siempre sentía que todo era más placentero por cada gramo de incomodidad. Indiana inclinó su cabeza hacia atrás contra su hombre mientras el beso se rompía y ella le lamía el cuello.

Ella corcoveó contra él, su cuerpo se agitaba y se estremecía mientras sus profundas embestidas la llevaban derecho allí. Sus jugos manaban con cada caricia de sus paredes alrededor de su palpitante verga. Ambos estaban jadeando bruscamente y se sentía como si estuviera apretando en torno a una bola del tamaño de un puño. Era el momento.

—*Oh. Oh sí,*— fueron las únicas palabras que dejó escapar antes de que Max enviara las siguientes caricias profundas. Ella no podía abarcar más y perdió el control. Dejó escapar un grito, que fue rápidamente sofocado por Max, al poner su mano sobre su boca. La sensación de estar medio asfixiada por esa mano enorme se sentía como si el aire estuviera comprimido fuera de su cerebro, aumentando su orgasmo.

Oleadas de éxtasis pasaron a través de ella directas hacia Max, que gruñó calurosamente en su oído mientras él también consumaba. Su cálido líquido entró profundamente dentro de ella y su vagina se contrajo cada vez más apretadamente, exprimiendo cada última gota de su semilla de él. Finalmente cayeron, agotados y sin aliento, el uno en brazos del otro.

—Ahora, creo que es la mejor forma de resolver una discusión,— hizo notar Max con una atractiva media sonrisa después de que pasaran largos minutos para recobrase.

—No, que hablemos es la mejor forma de resolver una discusión. El sexo es el resultado de haberla resuelto.—

La respuesta de Indiana a la cuestión le hizo replicar —*aaahhh*—. Se volvió sobre su costado y retiró sus rizos de su cara, los intensos ojos de él centelleando en los fieros ojos marrones de ella. —Podríamos también llegar a una resolución otra vez para que pueda obtener el mismo resultado,— propuso Max.

Indiana no pudo evitar poner los ojos en blanco, aunque fue incapaz de

esconder su risa. —Incluso aunque me enfadé contigo a veces,— sonrió mientras se acurrucaba en sus brazos. —Tú todavía eres el amor de mi vida, y siempre lo serás.

—Todo merece la pena con tal de oírte decir eso,— dijo Max mientras besaba la parte superior de su cabeza antes de acercarle a él incluso más cerca de ella. —Mañana me tomaré el día libre para pasar algo de tiempo contigo y con los niños. Voy a hacerlos el desayuno, y después iremos a montar en bici por el parque. Después iremos a comer helado y cogeremos una película. No puedo esperar para pasar el día con mi familia.

Poniendo su mano por debajo de su barbilla, la levantó y encontró su mirada medio escondida. —¿Te apetece?— preguntó Max.

—Me encanta.

—Ahora mismo, sin embargo, me gustaría pasar algo más de tiempo con mi esposa,— gruñó él. Empezó a moverse sobre la echada Indiana, apretando sus labios desde su boca hasta su cuello y por hacia abajo por la columna. *Dios mío*, pensó con un escalofrío. Su somnolencia se disipó fácilmente bajo las caricias y los besos de su insaciable marido. A este ritmo, la predicción de Macy de que aumentarían la familia de cuatro llegaría pronto.

Y cuánta razón tenía Indiana. Un mes después, ella aterrizó en la camilla del médico para recibir grandes noticias.

—Bueno, Sra. Strafford, parece que tiene un bebé ahí dentro,— le dijo la doctora después de que Indiana se vistiera.

—¿Hace cuánto tiempo?— preguntó Max, excitado.

—Más o menos un mes,— dijo la doctora mientras sonreía.

Max e Indiana compartieron una mirada y rompieron a reír, recordando su maratón de sexo de hacía un mes cuando Max volvió de Japón.

Aunque sin embargo, les esperaba una sorpresa. Indiana estaba embarazada de nueve semanas cuando se dieron cuenta de que no llevaba un bebé sino *dos*. Estaba inundada de felicidad, como Max, Robyn y Ryder. ¡Mamá iba a tener gemelos otra vez!

Era un sentimiento asombroso, pero se sentía un poco asustada al mismo tiempo.

Max, sus padres, los de ella, Macy y todos los demás fueron muy tranquilizadores, diciéndole que se mantuviera positiva. Cada uno de ellos rezaron con ella para que pudiera llevar a sus bebés a término sin complicaciones y que disfrutara de su embarazo. Indiana sonreía con lágrimas de felicidad cada vez que pensaba en los dos pequeños corazones dentro de ella, la ecografía había mostrado que iba a tener gemelos idénticos.

Ella recordaba cómo estaba de asustada a los veintiuno cuando se había dado cuenta de que estaba embarazada y de gemelos también. Pero cuando

cogió a sus bebés por primera vez, todo su miedo simplemente se evaporó. Y ella nunca olvidaría lo que había aprendido: *todo irá bien, solo lleva tiempo*.

Mientras tuviera apoyo y fé, Indiana sabía que todo iba a ir bien.

Max no podía haber estado más orgulloso o más agradecido. No solo había tenido la suerte de encontrar a sus mellizos Robyn y Ryder, también iba a ver como se daba la bienvenida al mundo a su segunda pareja de gemelos.

Era todo lo que habían esperado...

—Indiana, necesitamos que te prepares para empujar,— dijo el doctor, acercándose a la cama de Indiana.

—Estoy justo aquí, amor. No me voy a ir a ninguna parte, te lo prometo,— dijo Max con voz ronca, inclinándose y besando la parte superior de la cabeza de Indiana.

—Uno...dos...tres... ¡Empuja, Indiana, empuja!— la apresuraron las enfermeras y los médicos. La sala de partos parecía abarrotada, con la matrona, un obstetra y dos pediatras presentes, uno por cada bebé.

—¡Casi está, cariño!— gritó Max con excitación.

—De acuerdo, Indiana, este va a ser el gran empujón. Necesito que uses toda tu fuerza.

—¡Oh Dios mío!— gruño de dolor Indiana.

—¡Puedo ver la cabeza!— exclamó Max mientras Indiana le apretaba la mano. Ella cerró los ojos con fuerza y empujó con todos lo que tenía.

Finalmente, el primer bebé salió gritando.

Los siguientes minutos se convirtieron en un borrón. Los médicos se apresuraron a comprobar la posición del segundo bebé a través del vientre de Indiana. Indiana escuchó la voz aliviada de Max contándole algo sobre que el médico decía que el bebé venía en buena posición.

Las contracciones no se detuvieron, así que Indiana sabía que tenía que seguir adelante. Era tan diferente de la primera vez, cuando tuvo a Robyn y Ryder. De alguna manera, ella encontró ese último poquito de fuerza. Y afortunadamente, el segundo bebé salió poco después del primero...

Epílogo

Tres meses después...

Max se puso encima de Indiana, besándola en los labios apasionadamente.

—¿Los niños están dormidos? ¿Y Robyn?— preguntó ella contra sus labios.

Max hizo un ruido de asentimiento, deslizando su lengua en la boca de ella. Él rompió el caliente beso durante un segundo para quitarle el camisón a Indiana.

—¿Cuándo vas a darme el resto de mis hijos?— preguntó, besándole el cuello.

Indiana se rió. —Si te refieres a intentar tener gemelas esta vez, te recuerdo que no depende de mí.— Al final de la frase, dejó escapar un gemido atrevido.

No habían tenido sexo desde que habían nacido los gemelos, los bebés idénticos Matt y Mason, y habían llegado a casa. Indiana estaba esperando ansiosa esta noche.

—Las probabilidades ya están a nuestro favor,— dijo Max. —Dos parejas de gemelos una después de la otra, ¿por qué no una tercera pareja?

Sus provocadoras palabras la hicieron reír incluso más alto. —Si, de

acuerdo. Podrías tener que reclutar a otra mujer para eso,— sugirió secamente.

Max se rió antes de conectar sus labios una vez más. De repente, el llanto de un bebé sonó a través del monitor de los bebés.

Ambos se quedaron congelados y después gruñeron al mismo tiempo.

—Y ahí va nuestra noche de sexo, por el desagüe,— suspiró Indiana, dejando caer sus brazos de alrededor de Max.

—Realmente, esto es más duro de lo que pensaba,— bromeó Max mientras se retiraba de encima de ella.

—Y ahí estás tú, pidiéndome otro par,— le provocó Indiana de vuelta, viendo como Max dejaba la habitación.

Para ser sinceros, a Indiana le gustaba la idea de estar embarazada de nuevo. Si resultaran ser gemelos, bien, pero solo uno estaría bien también. Quizá otra hija.

Indiana permaneció echada allí durante unos minutos más, disfrutando el descanso antes de unirse a Max en la habitación de los niños.

No podía decir lo que vendría después en el futuro, pero Indiana estaba segura de que ella y Max celebrarían cada regalo, cada momento. Pensó en todo lo que había tenido que soportar hasta el momento e Indiana no podía sentirse más feliz.

Así era como debería haber sido. Había llegado algunos años tarde, tras todo el dolor y la separación, y sin embargo... Haberse casado con el amor de su vida, y estar ambos felizmente cuidando de los niños que hicieron juntos

con amor, era todo lo que importaba.

Sabía que Max era tan feliz como ella, puesto que al final se habían reunido de nuevo. No todo el mundo podía tener un —felices para siempre—, y ambos estaban agradecidos. Todos sus problemas ahora quedaban para el olvido, y podían mirar hacia un futuro más brillante juntos.

FIN

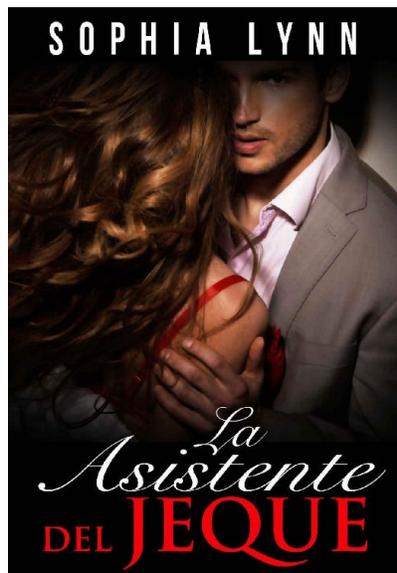
[¡HAZ CLIC AQUÍ](#)

para suscribirte a mi boletín de noticias y conseguir actualizaciones EXCLUSIVAS sobre ofertas, avances y novedades!

OTRA HISTORIA QUE PODRÍAS DISFRUTAR

La Asistente del Jeque

Por Sophia Lynn



¡Pre-estreno gratuito a continuación!

[¡HAZ CLIC AQUÍ](#)

para suscribirte a mi boletín de noticias y conseguir actualizaciones EXCLUSIVAS sobre ofertas,

avances y novedades!

La Asistente del Jeque

Por Sophia Lynn

Todos los derechos reservados. Copyright 2015-2016 Sophia Lynn

[¡HAZ CLIC AQUÍ](#)

**para suscribirte a mi boletín de noticias y conseguir
actualizaciones EXCLUSIVAS sobre ofertas,
avances y novedades!**

Capítulo Uno

Estelle despertó con un sobresalto. Un momento antes, dormía sonoramente y, justo después, estaba alerta como si le hubiera sonado la alarma. Por un breve y confuso instante, no tenía la menor idea de dónde se encontraba, pero de pronto su memoria se puso en marcha y sonrió. Echó un vistazo alrededor de la cabina a los otros pasajeros que dormían y escuchó el tranquilo rugido de los motores.

El vuelo trasatlántico de Nueva York a Dubai duraba casi catorce horas. Estaba viajando al otro punto del planeta y no podía dejar de revolverse de felicidad.

No puedo creer que me esté ocurriendo esto a mí. No me creo que por fin esté despegando de verdad.

Instintivamente, sacó su teléfono del bolso para echarle un vistazo e hizo una mueca condescendiente a todos los mensajes. El que estuviera despegando no significaba que no hubiera gente muy inquieta y preocupada, a mucha distancia allá abajo.

El primer mensaje era de su madre, que esperaba que todo le fuera bien durante el vuelo, que hubiera metido todo en las maletas, y que estuviera acertando en su decisión.

Espero que te lo pases bien por ahí, cariño, pero recuerda que si ocurre

*lo que sea, o incluso si nos echas de menos, ¡no pasa nada por volver a casa!
Sabes que tu padre y yo nos preocupamos por ti y que, si pasara cualquier cosa,
te estaríamos esperando con los brazos abiertos.*

A Estelle le parecía oír la inquietud y el amor en el mensaje de su madre, pero también notaba su preocupación y confusión. Sus padres se habían pasado la vida trabajando duro y, al trasladarse a un barrio residencial, vieron su vida realizada, todo lo que podían desear. No lo entendieron cuando voló a Nueva York en cuanto estuvo lista para la universidad, pero lo entendieron aún menos cuando se lanzó a la oferta de Kalil Enterprises.

Se quedaron sonriendo cuando se lo dijo y, por supuesto, estaban impresionados cuando escucharon los requerimientos de PanVision, pero al final no lo acabaron de entender.

Roxy, por otro lado, lo entendió perfectamente. Estelle tenía dos hermanos mayores, a los que quería tiernamente, pero era su hermana pequeña Roxy la que sentía más cercana. Se llevaban sólo un año de edad, pero la mayoría de la gente pensaba que eran gemelas. Ambas hermanas eran bajitas, voluptuosas y tenían rasgos vagamente élficos y pícaros, que les hacían parecer más jóvenes de lo que realmente eran. Ambas tenían pelo moreno con tendencia a encrespase y rizarse, y tenían ojos verdes. Ambas tenían pecas alrededor de la nariz, lo que compartían con su madre.

No siempre había sido fácil crecer en un área residencial con un padre blanco y una madre de raza negra, pero siempre habían cuidado la una de la

otra.

Roxy le había mandado el siguiente mensaje y Estelle sonrió al leerlo. Estelle era bastante comedida en sus expresiones, pero Roxy podía ser tan malhablada como un marinero. El mensaje que le había mandado estaba plagado de palabras malsonantes, pero completamente inequívoco en su apoyo y amor.

A por ellos, tía, y si alguien te llena de mierda, pégame un toque y me monto en el avión.

Estelle suspiró. Hasta su hermana pequeña se preocupaba porque no fuera capaz de manejarse en otro continente.

Para ser honesta consigo misma, veía por qué estaban preocupados. El traslado de su tranquilo barrio a Nueva York había supuesto un cambio grande y luego había estado en el remolino de la universidad. Aunque se había hecho una cultura sobre viajes a través de internet, nunca antes había dejado su país. Y ahora iba camino de Dubai.

No es como si fuera a trabajar para desconocidos.

Los dos últimos años, había estado trabajando para Miller y McKinley, una asesoría legal de Nueva York que llevaba los asuntos de muchos clientes de Oriente Medio para los Estados Unidos. Le habían contratado nada más salir de la universidad y estaba entusiasmada en utilizar sus conocimientos de árabe para algo útil.

Durante los últimos ocho meses, había trabajado casi en exclusiva con

Kalil Enterprises, uno de los mayores innovadores tecnológicos de Dubai. Había empezado simplemente llevando las comunicaciones entre Miller y McKinley, y los representantes de Kalil y, unos meses después, había pasado a manejarlo en exclusiva.

Cuando Roxy había quedado impresionada por su trabajo, se había ruborizado por los halagos de su hermana, pero seguía con los pies en el suelo.

—Francamente, soy como una secretaria a lo grande. Se te pueden escapar muchas cosas cuando manejas inversiones y fusiones trasatlánticas, y simplemente me aseguro de que las cosas cuadren.

—¿Incluso si alguien mueve donde no es debido una cadena entera de correos electrónicos?

—*Especialmente* si una cadena entera de correos se pierde —dijo con una mueca.

El incidente, de vez en cuando, aún le causaba pesadillas. Justo antes de cerrar un acuerdo, un correo particularmente importante, por algún motivo, no llegó al ejecutivo de Kalil que coordinaba el proyecto. Estaba todo bien atado, listo para firmar y sellar, pero Estelle había conseguido parar todo de golpe, simplemente mandando el correo a Amir Kalil, marcándolo como urgente.

Era sólo trabajo como de costumbre, pero la primera vez que oyó sobre ello fue cuando Henry Miller se plantó en su oficina preguntando qué diablos

había hecho. Gritaba tanto y era tan agresivo que se planteaba si tenía que salir de la habitación, pero luego cuanto decía empezó a cuadrar.

De alguna manera, simplemente mandando ese mensaje, había salvado una cadena entera de fabricación de componentes electrónicos de Kalil. Cuando Miller se lo dijo, se sintió un poco liberada. Sabía que la cuenta de Kalil valía literalmente miles de millones, pero no se percataba de que tuviera nada que ver con todo aquello.

—Bueno, no pienso que haya hecho algo tan importante —dijo.

Miller le sonrió.

—Bueno, prepárate para seguir haciendo lo que sea que haces. Amir Kalil quiere asegurarse de que a partir de ahora trabajas exclusivamente con sus cuentas.

El puesto había llegado con una buena subida, un despacho particular en lugar de una mesa en medio de una amplia oficina y un contrato regular con cierto Amir Kalil.

Además de premiarla con la cuenta, le había remitido una manta de un tejido de una delicadeza y suavidad increíbles, compuesta de distintos tonos de verde, su color preferido. La mantenía calentita durante el crudo invierno de Nueva York.

Por el tono formal de sus mensajes y el tierno regalo, imaginó que Amir quizás era un caballero de cierta edad, quizás con la edad de su padre. Ciertamente, algunos de sus mensajes contaban con cierto aire protector, como

cuando le aconsejó tener cuidado al volver a casa o le pedía cuidar su salud.

Amir le caía bastante bien y tenía fuertes sospechas de que había sido él quien insistió en traerla a Kalil Enterprises.

Hacía sólo cuatro semanas, Estelle había recibido la oferta que cambiaría su vida. Era un salario, alojamiento y gastos, viaje incluido, por trabajar con Kalil Enterprises. El único contratiempo es que trabajaría en Dubai. Tuvo un súbito ataque de pánico con la idea de dejar atrás, literalmente, todo lo que conocía, pero en menos de una hora había llamado a Miller y McKinley para informarles de que había aceptado.

—Normalmente no te dejaríamos ir tan fácilmente, pero el Sr. Kalil fue muy persuasivo —dijo Miller, mirándola atentamente—. Está muy contento con el trabajo que has hecho para ellos y creo que han estado un tiempo esperando la oportunidad para invitarte a bordo.

Había algo levemente sospechoso en el modo en que lo dijo Miller, pero enseguida lo barrió de su mente. Siempre había sabido que no iba a estar siempre en Miller y McKinley, y estaba en lo cierto.

El último mes había sido un torbellino de actividad y entusiasmo, mientras no paraba. Se había encontrado con que alguien había retomado su apartamento, había traspasado sus tareas a sus compañeros, había tenido unas cuantas conversaciones difíciles con su familia y había acudido a algunas fiestas en su honor en Nueva York.

—Esto va a parecer muy tonto si voy hasta Dubai para darme cuenta de

que no es para mí. Piensa qué ridículo supondría si fuera hasta allá simplemente para volverme.

Había comentado eso al final de una de esas fiestas. Quizás se había tomado un vasito de vino de más y estaba simplemente esperando, mientras su mejor amiga Amy recogía todo.

—¿Estás preocupada por eso? —le preguntó Amy, sorprendida.

Cuando Estelle asintió, Amy le sonrió.

—Bueno, creo que te equivocas —le dijo suavemente—. Creo que tienes un espíritu que está hecho para la aventura, y para ti esto no es nada más que el inicio.

Impulsivamente, Estelle se había aproximado a Amy, para atraerla hacia sí en un cálido abrazo. Amy había sido su amiga durante la universidad y habían llegado a Nueva York al mismo tiempo. Mientras Estelle se había orientado a asuntos legales, Amy se había aprovechado de la escena editorial de Nueva York, enredándose con manuscritos y artículos, hasta que se ganó un cierto prestigio como mujer con buen ojo para la palabra escrita.

Mientras que Estelle era una estrella brillante, Amy era un reconfortante crepúsculo. Era mucho más tranquila que Estelle y, a veces, su ligera torpeza y sus gafas le causaban cierta timidez.

—¿Qué voy a hacer sin ti? —musitaba Estelle, enterrando su cara en el hombro de Amy.

—No lo sé, ¿salir solita de tus líos? —observó Amy secamente.

Como si sus pensamientos la hubiesen convocado, el teléfono de Estelle trinoó y apareció un mensaje de Amy.

Arráncales la cabeza. Tú puedes.

Estelle notó que no podía evitar las lágrimas. La mujer de al lado se revolvió y Estelle se las enjugó apresuradamente.

Sólo le quedaban unas pocas horas para aterrizar en Dubai. Su entusiasmo pugnaba con su agotamiento y nerviosismo.

Esto va a ser increíble.

Amir había llegado pronto al aeropuerto. Rashid, su conductor, había fruncido el ceño cuando Amir dijo que iba a conducir él mismo, pero ni siquiera Rashid podía negar que Amir se presentó antes de lo que él podría haber hecho.

Aparcó su reluciente Mercedes en el pequeño estacionamiento reservado para él y su familia, y se dirigió al terminal. Mientras observaba la amplia variedad de pasajeros que circulaban por el aeropuerto, tenía tiempo para preguntarse una y otra vez por Estelle Waters.

Le había llamado la atención por vez primera durante el asunto de Ellsford. Todavía notaba un ligero dolor de cabeza cada vez que pensaba en ese día. Harold Ellsford había estado jugando exactamente tan limpio como lo requería la ocasión y, como habían trabajado tantas veces juntos, Amir pensaba atraerlo a su mundo. Entonces, ese correo acabó en su bandeja de entrada y

todo saltó por los aires, como si fuera por golpe de maza.

No pasaba nada; la gente había tratado de aprovecharse de la familia Kalil con anterioridad, y lo intentarían después. Por supuesto, la misma gente no lo intentaba dos veces. Había clemencia para los enemigos de uno, pero luego ya se trataba de estupidez. Se había asegurado completamente de que Ellsford no volviera a operar en su área del mundo.

Lo único positivo que sacar de aquel lío tan horrible era haber conocido a la señorita Waters. Había leído su nota casi dolorosamente cortés y aun así urgente, y, una vez que trató con Ellsford, volvió a ella. Por alguna razón, algo en aquella nota le hizo gracia. Podía imaginarse a la persona que la escribió como una de aquellas luchadoras de pelo gris de la vieja América, sacada de las películas que había visto de muy joven. Se imaginaba sus ojos agudos captando la discrepancia y mandándosela con la completa confianza y comprensión de lo que había que hacer.

Cuando ella le mandó una tarjeta física de agradecimiento por la pashmina que le había mandado, le hizo gracia su caligrafía redonda, uniforme y ligeramente puntuada por la cortesía desusada de su respuesta. No mucho después, decidió que, si iba a trabajar con Miller y Mc Kinley, sólo trabajaría con la señorita Waters.

La decisión había sido buena y, cuando decidió buscar un asistente personal y administrador general con experiencia en Estados Unidos para Kalil Enterprises, ella era el primer nombre que eligió.

Bahir, su hermano menor, había alzado una ceja con la elección.

—¿Estás eligiendo de fiel mano derecha a una mujer que puede estar haciendo unos calcetines de punto para sus nietos?

Amir fulminó con la mirada a su hermano. Bahir tenía buen corazón, pero tenerlo en la oficina era una faena. Era el típico playboy de Dubai; Amir simplemente lo parecía.

—Creo que es una viuda —dijo—. Habla de su familia, pero nunca habla de su marido. Prefiero tenerla antes que a una chica que lo deje en cuanto se case.

—Quién sabe, quizás te sorprenda, hermano —dijo Bahir—. Quizás los dos os enamoreis.

Había venido a recibir a la señorita Waters en un pestañeo. De ordinario, habría sido Rashid quien la recogiera y la llevara a su alojamiento asignado, pero en los últimos meses había crecido su interés en su colaboradora a distancia. Era competente pero muy tierna y, después de todo, era mejor ponerle cara a un nombre.

Amir tenía que admitir ese día no parecía en absoluto un hombre de negocios. Llevaba pantalones de moda y una camisa de lino abierta enseñando la clavícula. Era alto como los hombres de su familia y, como ellos era delgado y ágil. A su padre, cuando estaba en alguno de sus momentos más expansivos, le gustaba charlar de su familia de jinetes, que podían cabalgar durante una semana simplemente saltando de uno a otro de sus caballos.

Los altavoces anunciaron la llegada del vuelo de la señorita Waters y él se dirigió a la puerta por la que saldría. Era un día de diario, así que el aeropuerto estaba animado, pero no hasta estar abarrotado, y él empezó a buscar a Estelle Waters.

Observó cuidadosamente entre la multitud buscando una americana de mediana edad. Supuso que la imagen que se había formado de una secretaria de los años 50 sería errónea, porque la única americana de mediana edad se reunió enseguida con su alborozada familia.

La multitud se aclaró y una joven de pelo negro extraordinariamente rizado se hizo paso a través de ella. Caminaba con cierto balanceo en su paso, con la cabeza estirada revisando el gentío buscando a alguien. Llevaba un vestido de color verde claro sobre medias oscuras y zapatos bajos, y, al cruzar brevemente su mirada con ella, notó una profunda sacudida a través del cuerpo.

Una lástima que no tengo que encontrarme con esta. Pero supongo que si fuera así, no me gustaría que echara un vistazo a mis cuentas.

La chica no debía de haber acabado la universidad. Quizás estaba en Dubai por estudios, o quizás era una de las que estaban en las excavaciones del desierto. Admiró por un instante su tipo voluptuoso y sus andares sueltos y desenfadados, antes de volver sus ojos nuevamente a la multitud.

El avión de la señorita Waters había desembarcado veinte minutos antes. Frunció el ceño. No tenía ningún mensaje que pudiera indicar que hubiese

renunciado al viaje en el último momento.

Encontró su nombre en sus contactos y tecleó un mensaje rápido en el móvil. *Estoy aquí para recogerla. ¿Ya ha salido del avión?*

Su respuesta fue gratamente rápida. *Sí, estoy aquí. El viaje fue delicioso. ¿Dónde se encuentra?*

Amir echó un vistazo a su alrededor. *Estoy bajo el árbol de interior grande con las flores rojas. Nada más salir de la puerta.*

¡Vengo enseguida! Estoy deseando que nos encontremos.

Amir sonrió por el entusiasmo de su mensaje. Para una mujer como la señorita Waters, seguro que se trataría de la aventura de su vida.

Levantó la vista a tiempo de ver la misma mujer de los rizos sueltos y el vestido verde cruzando el gentío hacia él. Según se iba acercando, podía ir notando que su piel era de un marrón suave de infinita delicadeza, salpicado de pecas morenas absolutamente adorables alrededor de la nariz. Parecía estar buscando a alguien y una sospecha empezó a cruzar la mente de Amir.

¿La señorita Waters?

Tan pronto como él mandó el mensaje, ella se volvió a su teléfono y empezó a teclear.

Amir suspiró, mirándola con incredulidad. ¿Esta chica era la mujer que había traído nada menos que desde América para ser su mano derecha? Tenía pinta de andar por ahí bromeando con sus amigos de la universidad. Tenía pinta de... rechazó esa última reflexión porque era francamente irrespetuosa

hacia ella, y porque ya tenía bastante que lidiar.

Amir se guardó el teléfono y se acercó a zancadas.

—¿Señorita Waters?

La mujer levantó la vista, sorprendida. Para su propia sorpresa, en lugar de considerarlo con miedo o cautela, le ofreció una amplia sonrisa que parecía universalmente calurosa.

—*Al Salaam alaykum*. Soy Estelle Waters —dijo en un árabe sorprendentemente bueno—. No esperaba que viniera usted mismo a recogerme.

—*Wa alaykum e-salaam* —respondió antes de pasar al inglés—. Le pido disculpas, pero ¿es usted realmente Estelle Waters?

Ella asintió y sonrió aún más intensamente.

—Soy yo. Estoy encantada de llegar a conocerlo, Sr. Kalil. Estoy realmente contenta de poder agradecerle personalmente el haberme concedido esta oportunidad.

Las palabras eran exactamente las que él podía esperar de la mujer con la que había mantenido correspondencia durante tanto tiempo, pero la persona que las emitía... bueno, llevaría un tiempo acostumbrarse a esto.

—¿Tiene maletas por recoger?— preguntó.

Si estaba un tanto sorprendida por su rudeza, no lo mostró. Sacudió la cabeza, señalando el maletín con ruedas que arrastraba.

—Usted me ha concedido un salario tan magnífico, así que decidí

esperar hasta llegar aquí para decidir si traigo mis cosas o no —dijo con una pequeña risa—. ¿O quizás es torpe sacar el tema del dinero tan pronto? Lo único que sé es que su oferta fue más que generosa, y que quería únicamente darle las gracias.

Su brillante sinceridad era contagiosa, y se encontró sonriéndole antes de poder evitarlo.

—Me alegro de que la encontrara de su gusto.

Era un poco difícil tomarla en serio y entendía hasta qué punto era injusto. Era la misma mujer que había estado trabajando para él durante los últimos meses. Nada debería de haber cambiado.

Miró a su alrededor con curiosidad según dejaban el aeropuerto, y revisó el coche de él con una mirada apropiadamente impresionada. Estaba contento de encontrarse con ella, pero no podía evitar la sensación de haber encontrado un ligue, más que una asistente valiosa.

—¿Cuánto tiempo estuvo trabajando para Miller y McKinley? — preguntó según avanzaba entre el tráfico.

—Dos años —dijo rápidamente—, aunque los encontré a través de un programa de colaboración para alumnos. Me contrataron nada más licenciarme y he estado trabajando con ellos desde entonces.

—¿Y quiénes eran sus superiores en la compañía?

—Principalmente trabajaba bajo las órdenes del señor Miller, pero en cuanto me ocupé de su cuenta, señor Kalil, yo estaba bajo mi propia

responsabilidad.

—¿Entonces, usted...?

Asintió.

—Sí, dejaban la mayor parte de los asuntos a mi entera discreción.

Amir estaba perfectamente al tanto de cuanto valían sus negocios con Miller y Mc Kinley. El que lo hubiesen dejado en manos de una chica de escasa preparación resultaba absolutamente extraordinario.

Ella debió de haber notado algo en su cara, porque inclinó la cabeza, mientras su sonrisa se desvanecía un tanto.

—Vale. Me doy cuenta de que tiene algún problema.

Estaba en un semáforo, y la miró rápidamente. Estaba sorprendido de cómo una cara que parecía diseñada para la felicidad pudiera parecer tan decidida en un solo instante.

—¿Yo tengo algún problema?

—Sí que lo tiene —dijo Estelle firmemente—. Obviamente, se había hecho una imagen de quién y qué soy, y ahora no le cuadra conmigo, ¿no es así?

No sabía qué responder, pero tenía toda la razón. Asintió con aire precavido.

—Lo siento si no le cuadra con la imagen que tenía de mí, pero le prometo que soy la misma persona. Soy la que encontró el correo electrónico que bloqueó el acuerdo de Ellsford, soy la que le ayudó a superar la crisis de

Chicago y soy la que, durante más de medio año de estabilidad, le ha estado manteniendo al día de los intereses de Kalil Enterprises en Estados Unidos.

Ahora que hablaba, él notaba el acero que siempre había notado en sus escritos. Podía notar esos ojos verdes penetrantes que lo fijaban y podía oír la resolución en su voz.

—Sí, es usted —respondió tranquilamente.

—Nada de esto ha cambiado y, si realmente cree que es así, debería decírmelo al instante. Me ofenderé y enfadaré, pero, si no puede trabajar conmigo, es algo que tengo que saber.

—¿Y qué haría si fuera el caso? —. Ya conocía su respuesta, pero su aprecio por Estelle Waters crecía a pasos agigantados. Quería conocerla algo más y esto era parte de ello.

—En tal caso, pediría los tres meses de liquidación por despido que forman parte del contrato y buscaría empleo en Dubai.

El pestañeó.

—¿No volvería a casa con su familia?

Ella le lanzó una mirada cautelosa

—Mi familia me quiere un montón, pero nada les agradecería más que verme volver a los Estados Unidos.

— ¿Estarían tan deseosos de verla fracasar? —preguntó oscuramente molesto por ella.

Ella se rió un tanto.

—En absoluto. Me quieren ver a salvo. No ven por qué quiero conocer el mundo y experimentarlo. Me aman, pero les confundo bastante. Tenemos una buena relación, que no siempre es fácil.

Él se dio cuenta de estar sonriendo mientras respondía.

—Creo que ahí soy capaz de entenderla. —Tomó una determinación y asintió intensamente—. Estamos hablando de su vuelta a los Estados Unidos. Yo la he invitado aquí como mi asistente y eso significa que soy responsable de incorporarla a Kalil Enterprises. Tengo plena confianza de que se encontrará como en casa por el tiempo que usted desee.

La cara de ella se iluminó como si el sol acabara de surgir, y detrás, él podía notar también los valores de lealtad y pasión, que a ella le serían necesarios para ejercer como su asistente.

—No se arrepentirá, señor Kalil —prometió—. Sé que soy joven, pero también sé lo que hago. Haré todo lo posible para que esta transición sea lo más suave posible.

Él se rió.

—Perfecto, entonces. Veremos si congeniamos y a partir de eso, descubriremos cómo cuadra usted dentro de Kalil Enterprises. Aunque tengo una pregunta para usted...

Ella parecía alerta, como si fuera a lanzarse a una batalla en su propia defensa.

—¿Y de qué se trata, señor Kalil?

—Desearía enormemente que nos tuteáramos y nos llamáramos por nuestros nombres.

Ella pestañeó.

— O sea que quiere que le llame Amir y prefiere llamarme Estelle.

Él asintió.

— Me gustaría que me llamaras Amir, y que nos tuteáramos —dijo esperando su reacción.

Esta vez su sonrisa tardó más pero no era menos auténtica.

—¿Como amigos? —dijo—. Por supuesto que me gustaría ser amiga tuya, Amir.

Él sonrió, sacudiendo la cabeza.

—Exactamente como en las películas.

— ¿Perdón?

Se rió, tratando humildemente de explicarse.

—Dubai tiene una larga tradición de películas y cine, pero no se puede negar que el cine americano se ve en todo el mundo. He disfrutado de un montón de películas americanas de todo tipo y siempre me ha maravillado algo de su sencillez y naturalidad. Me preguntaba, como americana, cómo podía reaccionar.

—Soy una americana de la cabeza a los pies —dijo Estelle jovialmente—. Pero quizás uno de mis rasgos distintivos, quizás el más americano, ahora que lo pienso, es que soy enormemente flexible. Aguanto lo que sea y me lo

quedo para mí.

Él se rió de su entusiasmo, moviendo la cabeza.

—No pensaba que te encontraría tan motivada nada más salir del avión. Daba por supuesto que querrías unos días de descanso para dormir y situarte antes de ponerte en marcha con los negocios.

Meneó la cabeza, y ahora había un brillo en sus ojos.

—No, he dormido en el avión, y mi alojamiento puede esperar. ¿Puedo pasar a ver Kalil Enterprises ahora? ¿Sería apropiado?

Amir le echó un vistazo algo sorprendido.

—Sí, yo de hecho iba para allá, una vez que te hubiese llevado.

—Perfecto —dijo ella, con una amplia sonrisa—. Estoy deseando empezar.

Capítulo Dos

Estelle se estiró, tocándose en la espalda, lo cual inquietó un tanto a Amir.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó por segunda vez en dos horas.

—Fresca como una rosa —prometió, pero luego, cuando tropezó ligeramente al despegar su silla del escritorio para levantarse, él le pilló y comenzó a sacudir ligeramente la cabeza.

—Tengo que advertirte, Estelle, que es una mala idea acabar un excelente primer día de trabajo recostándote en tu empleador vencida por el sueño.

Abrió la boca para protestar, pero se dio cuenta de lo que iba a decir, y meneó la cabeza.

—Supongo que es verdad, ¿no? —dijo con desaliento—. Seguramente tienes razón. Yo creo que ya basta por hoy.

—Yo aún diría más, soy yo quien dice que basta por hoy— señaló él—. Después de todo, soy yo quien te lleva a tu nuevo apartamento.

Estelle abrió los ojos y balbuceó culpablemente.

—¡Oh, no! Olvidé completamente que te estaba entreteniéndome y que me llevarías. No me di cuenta en absoluto. Lo siento.

Amir tenía una sonrisa agradable y le impresionaba una y otra vez lo

atractivo que era su nuevo jefe. Estaba muy lejos de ser el circunspecto anciano que esperaba encontrar, pero finalmente se estaba acostumbrando a esta versión. De vez en cuando, miraba hacia arriba y se encontraba impresionada de la altura de Amir, su figura esbelta, su cuerpo musculoso y su aspecto.

—No creo que suponga ningún problema, pero quizás me permitas pedir algo de comer cuando llegemos a tu alojamiento. Comí algo antes de pasar a recogerte, pero ahora tengo bastante hambre.

Tenía un aire burlón, pero aun así Estelle se sintió un tanto avergonzada. Como para corroborarlo, su estómago rugió sonoramente. Había comido por última vez en el avión, un frugal plato vegetariano de lentejas en una insulsa salsa amarilla.

—Lo que quieras —aseguró.

Durante el viaje de vuelta a su apartamento, Estelle se fue sumergiendo en un silencio contemplativo. Las luces de Dubai brillaban contra el cielo que anochecía. Era una de las ciudades más avanzadas y ricas del mundo y apenas podía creer que se encontrara formando parte de aquello. Se estaba abriendo paso en la vida, pero era difícil olvidar que se encontraba literalmente en la otra punta del planeta, respecto a todo lo que conocía y le importaba.

Como si notara su estado de ánimo, Amir conducía en silencio. Sólo cuando se pararon en un semáforo en rojo y cruzaron el paso de cebras los cuatro miembros de una familia, padre, madre, niño pequeño y bebé en brazos,

él habló.

—No pasa nada por echar de menos tu casa —dijo suavemente—. Estás muy lejos de todo lo que conoces

—Ni te atrevas a decirme que me vuelva a casa —dijo orgullosamente—. Y menos aún, cuando has sido tú el que me ha traído aquí, y cuando voy a hacer un trabajo estupendo.

Amir se rió muy discretamente, pero de un modo que la emocionaba de la cabeza a los pies.

—Ni se me ocurriría —dijo—. Simplemente me imaginaba lo que es sentirse solo y únicamente te quería decir que no pasa nada con la soledad. No tienes por qué ocultarlo ni avergonzarte de ello.

Sus palabras eran tan tiernas, que las lágrimas centelleaban en sus ojos. Eso era lo máximo. Había venido a la otra parte del mundo por un trabajo muy exigente, y ahora iba a llorar. Parpadeó fuertemente para tratar de contener las lágrimas.

—Hablas de ello con familiaridad. ¿Has estado alguna vez fuera de casa?

Amir sonrió con un punto de amargura.

—Estudié en Oxford un tiempo, pero apenas tuve tiempo de sentir añoranza por mi tierra antes de volver aquí.

Estelle se mordió el labio. Pero había algo en la forma en la que dijo aquello que le hizo sentirse suficientemente a gusto para seguir. Con otra persona, se habría contenido con tacto, asumiendo que no querían compartirlo

con ella. Pero con Amir, las cosas sucedían de otra manera.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó amablemente.

Él alzó los hombros, más cansado que enfadado o frustrado.

—Ahora que vas a trabajar para Kalil Enterprises, es mejor que conozcas el panorama. Mi familia es bastante tradicional, Estelle. Se han modernizado con cierta facilidad y son el tipo de gente que quiere lo mejor para todo el mundo, pero sobre ciertas cosas son bastante rígidos. Cuando estaba en la universidad, empezando mi primer año, mi hermano mayor Rashid rompió con todo y se escapó a Sudamérica. Toda la familia estaba revolucionada y me hicieron volver porque mis padres estaban en pánico absoluto.

—¿Y él estaba bien?

Amir rió contenidamente, con un poso de pena.

—La verdad es que se lo pasa bastante bien allí. Ahora es el líder de una colonia de artistas y sus cuadros cuestan miles de dólares. Mis padres, me parece, están orgullosos, aunque sigan enfadados, pero desde que Rashid hizo aquello, se han vuelto aún más... contrarios a romper la tradición.

—Y como tú eres su hijo, quieren asegurarse de que tú mantengas esas tradiciones —adivinó.

—Exacto.

Estelle reflexionaba mientras el coche proseguía lentamente por las calles repletas. Se lo podía imaginar. Su propia familia no era para nada

tradicional, pero aun así notaba las cadenas de las convenciones y los prejuicios. Sabía, porque lo había investigado un tanto, que la familia Kalil era antigua y técnicamente formaba parte de la realeza, o podría serlo si el mundo fuera un sitio apenas algo distinto. Amir era, en muchos sentidos, un príncipe.

Ella estaba pasmada cuando se detuvieron frente a un alto edificio resplandeciente frente a la oscuridad. Amir se estacionó en la rotonda de entrada, donde entregó a un botones las llaves de su coche y le ordenó que se llevara sus maletas.

Estelle a duras penas consiguió retenerse para decir que lo llevaría ella misma, pero no podía dejar de admirar el hall de mármol y el portero impecablemente vestido, así como las personas elegantes que entraban y salían.

—Pero, Amir—dijo suavemente—, ¿seguro que esto es para mí?

—¿Por qué no? —preguntó informalmente—. Kalil Enterprises tiene un bloque de pisos en este edificio. Mi familia también dispone del ático para nuestro uso exclusivo. Era la manera más rápida de que te instalaras rápidamente. Forma parte de nuestras condiciones contractuales de alojamiento, pero si no lo encuentras de tu gusto, estoy seguro de que podemos encontrar un acuerdo para otro lugar comparable.

Estelle se rió nerviosamente. Quizás estaba demasiado cansada, porque había algo levemente histérico en el sonido de su emoción. Cuando Amir levantó una ceja, ella cabeceaba.

—Es que creo que mi antiguo apartamento podría ser del tamaño de un

armario para escobas de este sitio —dijo.

Amir asintió sensatamente.

—Este edificio no tiene armarios para escobas muy grandes —dijo gravemente y había algo en ello que le hizo no poder dejar de reírse.

Si la conserje estaba sorprendida por el hombre elegante y su compañera de la risa floja, no lo mostró en absoluto. Ella y Amir intercambiaron unas breves palabras y Amir se volvió a Estelle con sus tarjetas de acceso .

—Aquí tienes. Estás en el piso diecisiete.

El ascensor era de cristal encapsulado en mármol y era completamente silencioso en su viaje hasta la planta.

Amir se retiró cuando Estelle abrió la puerta de su nuevo apartamento y resopló. Era de un dormitorio, pero era gigantesco y amueblado con tal gusto que pedía a gritos usarlo. Había un pequeño balcón que parecía destinado a plantas, un pequeño pero impresionante centro de entretenimiento y un dormitorio que parecía dominado completamente por una cama de tamaño gigante.

—No me lo puedo creer —dijo, lanzándose al sofá—. Esto es increíble.

—Queríamos estar seguros de que te empeñarás en quedarte —dijo Amir con una sonrisa—. Kamil Enterprises ciertamente cree en tratar convenientemente a sus empleados.

—Una cosa es tratar bien a la gente y otra es matarlos de amabilidad—

dijo Estelle—. ¿Querías pedir algo?

Según lo estaba diciendo, llamaron discretamente a la puerta.

Amir le invitó a sentarse con un gesto y fue a abrir, trayendo una caja plana con el florido nombre *Rossovivo*. El olor familiar de la pizza recién preparada le hacía la boca agua y, cuando la puso en una mesa baja en frente del sofá, le entraron ganas de llorar.

—¿Has pedido pizza para los dos?— dijo con una débil voz.

—Sí. —Amir la miraba con curiosidad—. Espero que no te haya molestado.

Sacudió la cabeza. Si hablara, había una posibilidad bastante embarazosa de que se pusiera a llorar. En cambio, esperó a que se hubiese sentado en el sofá junto a ella y le echó los brazos encima.

—Gracias— le susurró en el pecho—. Es perfecto.

Al principio pareció algo alarmado por su gesto impulsivo, pero enseguida la rodeó con sus brazos en un tierno abrazo.

—Venga —dijo tras un momento—. No querrás que se enfríe la pizza.

La pizza no era exactamente la que tomaba en Nueva York, pero en cualquier caso estaba deliciosa. La masa era fina y crujiente y los sabores de la mozzarella, la nata, la albahaca y el pistacho explotaron en su boca. Comieron un rato en un silencio de camaradería. Cuando hubo superado la capa más acuciante de su hambre, Estelle pensó en lo bien que sentaba simplemente compartir la comida con otra persona. Le hizo sentir como menos apremiante

la soledad y la nostalgia.

—Muchas gracias —dijo echándose atrás con su tercera porción de pizza—. Era justo lo que necesitaba.

Amir acabó su porción y se recostó junto a ella.

—Quiero que te sientas como en casa. Quiero que sientas que tienes todo lo necesario para encontrarte cómoda.

—Ahora me veo más asentada —dijo notando que su voz se iba haciendo más lenta y confundida.

—Bien.

Ella, como poco, tendría que levantarse y decir adiós si tenía pensado comportarse como una marmota somnolienta. En cambio, se sentía tan a gusto y comfortable junto a Amir, que simplemente cerró suavemente los ojos. Podía sentir sus propios dedos retorciendo el suave material de la camisa de él. Podía oír su voz profunda y sonora diciéndole algo, pero no le importaba lo que era.

A salvo y saciada, se sumergió en un profundo y sonoro sueño.

Amir bajó la mirada hacia su asistente con una sonrisa de simpatía. Había pensado que parecía una estudiante universitaria nada más verla. Ahora que estaba acurrucada junto a él, con una mancha de salsa de tomate en su barbilla, parecía aún más joven.

—Bueno, sin duda vamos a ver de lo que eres capaz —dijo con un suspiro.

Él era consciente de que había cierta cortesía en su voz cuando se dirigía a ella. Ella tenía algo que inevitablemente le llevaba a protegerla, a asegurarse de que nada la hiriera o dañara. Cuando estaba sentada en su coche, mirando una ciudad que tenía que ser más que irresistible, permitiéndose solamente sentir una sensación de maravilla y de placer, se había hecho la idea de lo valiente que era.

Había algo en ella que tocó algo en su interior que cuya existencia anterior dudaba.

Era mucho para pensar y, después de todo, había sido un día muy largo.

Amir dio unos golpecitos al hombro de Estelle, para ver si se despertaba, pero ella lo abrazó con afecto redoblado, murmurando una suave protesta. Suspiró. Por lo visto, no habría más remedio.

Sin esfuerzo, la cogió del sofá, acomodándola confortablemente en sus brazos antes de empezar a andar. Sólo suspiró un poco, apoyando su cabeza en el hombro de Amir. Él se encontró murmurándole suavemente que se durmiera.

Le quitó los zapatos y los calcetines, dejando todo lo demás. La deslizó entre las sábanas y, por un momento, la miró mientras dormía. Tenía que admitir que sus sentimientos eran más que protectores, lo cual podría convertirse en un problema para ellos, especialmente si algunas de las cosas que trataban sus padres se hicieran realidad.

Aun así, a pesar de lo que sabía que era cierto, no pudo evitar inclinarse

para darle un beso en la frente. A la luz del salón, podía ver la ligera curva de su boca transformándose en una dulce sonrisa.

—Buenas noches, pececillo— susurró, mientras cerraba la puerta al irse.

Estelle se despertó en pánico total. Al principio, lo que le causaba confusión era que la luz venía de otro lado de la habitación, pero luego se dio cuenta de que de ningún modo estaba en su habitación de siempre. Luego recordó que el lugar que había considerado como suyo había sido retomado por una joven con un hurón y peinado en cresta y, en cambio, empezó a sentirse entusiasmada.

Emergió de la cama de un salto, desembarazándose de los restos de ansiedad de la pasada noche como si fuera agua. Estaba segura de que en algún momento volvería, pero ahora mismo tenía cosas que hacer.

Estelle se dio cuenta de que aún lleva su ropa del viaje, y se estremeció al recordar que Amir la llevó a la cama. Debería de sentirse avergonzada por caerse dormida encima de su jefe, como si fuera una almohada para su recreo, pero, en cambio, el pequeño incidente le dejó con una sensación de calidez y cuidado. Le recordaba cuando estaba en casa y cómo sus amigos habían cuidado los unos de los otros, pasara lo que pasara.

Se levantó y revisó el reloj. Todavía eran las seis, y Kalil Enterprises empezaba a funcionar hacia las nueve. Tenía un montón de tiempo para mandar mensajes a los suyos, estirarse un poco y ducharse.

Estelle nunca había sido la chica más fuerte ni la más rápida del mundo, pero sí que era flexible. Le encantaba bailar, hacer yoga y, ahora, en su cómoda ropa de trabajo, se tomó el cuidado de estirar su cuerpo para soltar los nudos y calambres de un largo viaje trasatlántico. Al final, había logrado sudar bastante para que la ducha fuera una deseable diversión.

La ducha, como todo lo demás en su apartamento, era el último grito, y estaba decorada con gusto primoroso. Era un enorme cubo de cristal, con un surtidor de ducha que era fácilmente del tamaño de una bandeja de servir. Jugando con los controles, disfrutó de una ducha diseñada para imitar la caída de la lluvia, de modo que al salir estaba segura de estar resplandeciente de energía.

Aún estaba echando un vistazo a sus opciones de vestuario para el día, cuando oyó una llamada en la puerta que la sorprendió. Estelle se cubrió y se apretujó en su vieja bata para ir a abrir la puerta. No lo pensó dos veces antes de abrir la puerta sin la cadena puesta y se encontró mirando a un sorprendido Amir.

—¡Buenos días! —soltó ella—. ¿Cómo estás?

Amir parpadeó, y luego le sonrió.

—Bastante bien —dijo—. Espero que el alojamiento resulte de tu gusto.

—Es genial —dijo con entusiasmo, olvidando momentáneamente que sólo llevaba encima una bata. Con el amplio gesto, soltó una de las solapas pero luego se dio cuenta de que llevaba bata al notar que se abría.

—¡Uf! ¡Vaya! Pasa, siéntate, en cuanto me vista podemos hablar de lo que sea.

Se dio la vuelta, pero no sin antes notar los ojos de Amir recorriendo momentáneamente sus formas. La idea de que la repasara de esa manera le hizo estremecerse, pero luego se dijo que de ninguna manera era eso lo que ocurría. Los hombres que parecen salidos de la primera página de una revista de moda no miran a las mujeres del montón en sus batas podridas.

—Te diría que siento molestarte tan pronto por la mañana, pero desgraciadamente es algo a lo que te tendrás que acostumbrar —dijo, levantando la voz para que se le oyera desde el salón—. Estamos pendientes del trabajo a cualquier hora, y a veces las horas a las que trabajamos son un poco raras.

—Bueno, estoy preparada para eso —respondió.

Estelle se alegró de tener escogida su vestimenta para los primeros días. Había investigado seriamente sobre las costumbres del mundo de los negocios de Dubai, y cómo se amoldaban las mujeres a él. Estaba aliviada por el hecho de que Kalil Enterprises era más liberal que la mayoría; no tenía que llevar una abaya para trabajar, salvo quizás en ocasiones especiales y en general podía vestir de modo conservador pero práctico.

A pesar de ello, seguía siendo ella misma y el vestido que sacó era de maravillosa seda verde. Era un lujo al que no pudo resistirse antes de salir de Nueva York. Era completamente apropiado, pero de un color verde intenso de

un tono muy similar al de sus ojos.

—¿Qué pasa? ¿Estoy infringiendo algún tipo de tabú en el vestir?

—No, es que sencillamente estás encantadora.

Estelle lo miró y rompió a reír en una carcajada. Meneando la cabeza, vino a sentarse cerca de él.

—Vaya, debía de parecer un verdadero espanto cuando bajé del avión —dijo—. Si estás tan atónito con lo que puede hacer una pizza y una noche de sueño, es que debía de tener una pinta como para asustar a los niños.

Amir negó con la cabeza, y ahora había una sonrisa culpable en su cara. Aunque esto le aceleró el corazón, ella trató de obviarlo rápidamente, porque, después de todo, probablemente sonreía así a todo el mundo.

—Pienso que estabas impresionante saliendo del avión, es sólo que ahora pareces más... más tranquila, ¿quizás? De todas formas, creo que eres algo ingenua. Ninguna mujer con tu aspecto puede dejar de ser consciente de él.

—¿En serio? Creo que te estás burlando de mí —dijo abriendo la bolsa de comida que él había traído. Esto le dio algo que hacer, para no tener que fijarse en lo que él le decía.

—¿Que yo me burlo de ti?

—Sí. Creo que te estás burlando, porque trabajaba en Nueva York y he visto las mujeres de aquí, de Dubai. Soy lo justo de guapa, pero no soy ninguna modelo. Soy bajita, tengo pecas, me muevo demasiado rápido, y tengo

estas enormes bolsas moradas bajo los párpados cuando trabajo demasiado o no descanso, lo cual vas a encontrar bastante a menudo. Honestamente, Amir, creo que mis mejores virtudes son que siempre voy a trabajar duro para mis jefes, y que cuando cojo presa, no la suelto.

Desplegó los hermosos pastelitos, desembarazándolos de su papel, mirando a Amir con una sonrisa. Él, en cambio, no le sonreía. Más bien, la miraba detenidamente, auscultándola de forma misteriosa. Examinó cada detalle de ella, como si juzgara su valor de la cabeza a los pies.

Estelle luchaba contra el ansia de avergonzarse, pero mantuvo firme su mirada. Que mire lo que quiera. No estaba avergonzada de no ser hermosa. En este momento tenso, mientras se miraban, notó que sus ojos, aunque eran oscuros, no eran del negro que había dado por supuesto. Más bien, eran de un hermoso rico marrón intenso, rodeados por ámbar, de una manera que nunca antes había visto.

Él es el guapo, pensó, sintiendo un subidón de deseo dentro de ella.

—Tú realmente te crees eso —dijo él suavemente, y con la sonoridad de su voz, algo dentro de ella tembló.

—¿Tú no? —se encontró contestando. En otro momento, con otro hombre, habría hecho alguna broma, y lo habría dejado pasar. En cambio, se vio respondiendo la cuestión en un susurro, como si fuera importante, como si todo pivotara sobre su respuesta.

Él no contestó, ni para negarlo ni para afirmarlo. En cambio, sus ojos se

encadenaron a ella, se inclinó cerca de ella, tan cerca que podía notar el calor de su cuerpo, podía oler el vigoroso aroma de su colonia con un poso de humo, y podía ver el ámbar de sus ojos aún mejor.

—Yo...

Balbuocé sus palabras hasta quedar en silencio cuando su ruda y enorme mano vino a mecer su cara. Sin pensarlo, le rozó con su nariz. Más tarde, oiría cómo había trabajado con caballos, cómo había pasado largos periodos de su juventud montando. Entonces, todo lo que notaba era que sus manos eran mucho más gruesas de lo que se podría esperar de un trabajador de oficina, y lo bien que esto sentaba.

Con una autoridad que se percibía como un peso físico, Amir retiró su cabeza con las yemas de sus dedos para poder ver su cara.

—No tienes la menor idea de lo guapa que eres.

A Estelle le habían besado, por supuesto. Había tenido un novio en el instituto y otro en Nueva York, antes de que se volviera formal y se cansara de alguien que sólo estaba interesada en ella por su, digamos, pinta original.

Nunca antes la habían besado de esta manera, nunca un hombre que supiera hacerlo.

Él se tomó su tiempo. Su boca reposó suavemente en la de Estelle, frotando sus labios una y otra vez. Ella notaba lo suave que era su piel, y estaba encantada de lo dulce y cálido que sentía su aliento contra sí.

Había algo sorprendentemente sensual en cómo su pulgar penetraba en

la redondez de su mejilla una y otra vez. No quería dejarlo ni a él, ni el calor de su cuerpo, ni su delicado modo de acariciarla. Quería que no acabara nunca. Haría esto siempre con este hombre, si él quisiera hacerlo. Únicamente esto...

Entonces sintió el suave toque de su lengua contra su labio inferior y se retiró con un espasmo, como si hubiese saltado un enchufe. Ambos se sentaron erguidos con aire rígido, mirándose impresionados y desfalleciendo.

—Dios mío, nunca debería de haber hecho eso —soltó—. Lo siento, no...

—Tú no has hecho nada malo —dijo Amir, cortando sus protestas con una tranquila autoridad—. Ha sido culpa mía. Yo he sido el que ha creído que mis avances eran bienvenidos. Ahora que veo que no, no lo volveré a repetir.

Asintió de manera involuntaria, todavía estremecida hasta la médula. Él parecía completamente relajado, como si ella no hubiese acabado de tener con él uno de los momentos más sensuales y vibrantes de toda su vida. Daba igual lo que ella sintiera, porque no podrían repetirlo. Él era su empleador y además, era su único amigo en un país nuevo. No podía arruinarlo.

—De acuerdo —dijo, con más valor del que sentía—. ¿Siempre que sigamos siendo amigos...?

Su cara había estado tranquila alejada de cualquier nerviosismo, pero ahora sonrió un tanto sorprendido.

—Si así lo quieres, nada me podría agradar más, Estelle.

Comieron los pasteles con cierto alivio, y en menos de veinte minutos

estaban de vuelta en el coche de Amir, de vuelta a Kalil Enterprises.

Es lo mejor que podía pasar. No tengo la menor oportunidad con este hombre, así que, con mucho, lo mejor es cortar de raíz ahora mismo.

Mientras conducían, Amir podía sentir una desazón en su interior que podía nombrar perfectamente. Una o dos veces se fijó en Estelle, que estaba ocupada echando un vistazo a la apasionante vida diurna de Dubai. No podía retirar los ojos de sus lujuriantes y deliciosas curvas, su hermosa piel marrón y los rizos que caían de manera tan graciosa sobre sus hombros.

Tan hermosa

Era más que belleza, de todos modos. Había una gracia descuidada, una libertad de movimientos que él siempre había deseado secretamente. Era lo que le había llevado a expandir Kalil Enterprises a los Estados Unidos hace un puñado de años. Quizás en el fondo de todo ello estuviera la búsqueda de una mujer como Estelle.

En cualquier caso, ahora eran amigos y él resolvió mantenerlo así.

Ella se rió un tanto con algo que sucedía fuera y las manos de él apretaron el volante. Podría no ser fácil, pero decidió respetar los deseos de Estelle. Tenía que hacerlo.

Capítulo Tres

Si su primer día en Kalil Enterprises fue ajetreado, el segundo fue algo así como frenético. Las oficinas parecían el enjambre de una colmena, pero a pesar de la apariencia de caos, había un profundo e inflexible orden que lo regía todo. Podía doblar una esquina y oír árabe, inglés, francés, chino, afrikáner o japonés, en las conversaciones en derredor. La gente le echaba un vistazo rápido, pero estaban principalmente interesados en hablar con Amir, que llevaba todo con un temple y competencia que impresionaron bastante a Estelle.

Para su sorpresa, Amir estuvo con ella todo el día. Ella pensaba que alguien tan importante tendería más bien a dejarla con otra persona, pero, en cambio, era él el encargado de traerla a bordo y el encargado de integrarla en el sistema. Se dio la vuelta y alguien le pasaba una bolsa de sandwiches que ella insistió en que tomaran a mediodía.

—Me siento como tu sombra —dijo, tomando un mordisco del sándwich de cordero y aceitunas. Era complejo y completamente delicioso. Le hizo echar en falta a su madre, que tenía un paladar auténticamente internacional.

Amir se encogió de hombros, con una débil sonrisa en la cara.

—No te equivocarías. Estás aprendiendo un poco de todo conmigo ahora mismo y cuanto más aprendas, mejor te desenvolverás cuando llegue

algo nuevo o inesperado.

Tras la comida, tocaba volver al trabajo. Las cifras que oía apenas le sonaban reales. Se trataba de cifras que podrían perfectamente arruinar a un millonario. Estelle conseguía seguirle, y en un par de ocasiones, sugirió un par de mejoras, que Amir consideró estrechando los ojos, antes de asentir.

—Esto es justo lo que necesitamos aquí. Como poco, nuevos ojos.

Hacia el final del día, Estelle estaba cansada pero triunfante. Había venido muy lejos, pero ahora sentía que había aterrizado de pie. Estaba haciendo todo lo posible para mantenerse a flote, pero veía un momento en el que podría llegar a nadar. Le iban a ir bien las cosas por aquí. Lo notaba.

Continuó detrás de Amir hasta que las oficinas se vaciaron, y entonces, de golpe, miró como sorprendido de que el tráfico se estuviera calmando.

—¿Estás listo para acabar? —preguntó amablemente—. Sé que seguramente es de mala educación preguntar al jefe si se puede uno escapar pronto el segundo día, pero...

—Pero si ya no es pronto —dijo Amir con un asentimiento disgustado—. Me deberías de haber dicho algo.

Estelle se encogió de hombros, recogiendo sus cosas.

—Hemos adelantado bastante.

Se dirigían al garaje, cuando una hermosa mujer madura, en un espectacular abaya azul les llamó. Desprendía un aire de autoridad natural y sonreía a Estelle amablemente antes de girarse hacia Amir.

—Aquí estás, luz de mi vida —dijo con voz melodiosa llena de placer—. Me preguntaba cuándo conseguiría atraparte.

La sonrisa de Amid era un tanto esquiva, pensó Estelle. Sin duda estaba llena de afecto, pero contenía asimismo cierta tensión. Había algo en esta situación que parecía irritarlo.

—Bueno, me has atrapado, pero no puedes retenerme, madre. Estoy yendo a cenar. Esta es mi nueva asistente, Estelle Waters.

La madre de Amir viró su penetrante mirada hacia Estelle y entonces pudo notar el parecido entre los dos. Tenían los mismos ojos, la misma frente inteligente. La dama sonrió.

—Ah, la talentosa señorita Waters, estoy encantada de que haya aceptado la invitación de mi hijo para venir a trabajar a Dubai. No tiene nada más que cosas buenas que contar de usted. Soy Zaida Kalil.

Estelle se sintió encendida por su alabanza.

—Estoy encantada de estar aquí, señora. Muchísimas gracias por sus palabras tan amables.

La otra mujer miró a su hijo con dureza.

—Supongo que vas a una cena de negocios, con lo cual no te puedo interrumpir. De todas maneras, asegúrate de que nos veamos el lunes. Estoy seguro de que te acordarás.

—Perfectamente. Con toda certeza.

Se abrazaron, con amor sincero, a pesar del leve crujido de tensión entre

ellos. Estelle se mantenía tan alerta como una cierva que hubiera visto un lobo, hasta que Amir retomó el paso.

Sólo entonces, cuando estaban a salvo en el coche, le fijó con curiosidad.

—Entonces, ¿cenamos juntos?

Al instante, él le lanzó una sonrisa con el aire de un adolescente que se justificara.

—¿Puedo decir que pensaba invitarte a cenar de todas maneras? Lo siento si te sientes un poco usada. Simplemente, no tenía ganas de cenar en familia esta noche.

Ella se rió un tanto.

—Yo también adoro mi familia y yo misma pienso que a veces se pasan. Por mí, estupendo el cenar juntos.

Él la llevó a un pequeño restaurante turco que, según prometió, tenía el mejor cordero de la ciudad y esperaron la comida mientras observaban la multitud por la ventana.

—Esto tiene que ser muy raro para ti —dijo Amir de pronto. Has venido muy lejos de tu casa.

—Esto es lo más lejos que he estado de mi casa —concordó—. Ha sido un poco raro. A veces, apenas parece real. Supongo que es un primer paso bastante bruto, cuando casi no había dejado mi estado antes de esto.

Amir pestañeó.

—¿O sea que este es tu primer viaje de verdad?

Ella le sonrió con pena.

—Habría venido antes si no hubiese tenido problemas con mi pasaporte.

No, siempre he querido viajar. Siempre me han gustado los blogs de viajes y he soñado con tierras remotas y distantes. Supongo que si iba a viajar, quería empezar con algo que realmente quisiera hacer.

—Otras personas viajan durante unos días o se van de vacaciones—dijo Amir con admiración—. Tú decidiste que ibas a cruzar los mares. Dime, pececillo, ¿qué vas a hacer ahora que estás aquí?

Ante eso, la risa de Estelle era un tanto desvalida.

—Trabajar para ti, por supuesto. Mejorar en lo que hago. Ver Dubai y todo lo que tiene que ofrecer.

De pronto, Amir pareció decidido.

—Este fin de semana. Este fin de semana, tú y yo vamos a ver Dubai y vamos a tomar un cursillo intensivo sobre lo que hace a esta ciudad el mejor destino que podías haber elegido cuando decidiste dejar tu casa.

Estelle se rió con su entusiasmo, pero notaba que ella misma también se empapaba con él. Sabía que iba a estar agotada, pero había una parte de ella que se moría por saber más y que necesitaba estar en su piel y en su nuevo ambiente.

—Tengo que pasarme el fin de semana comprando ropa. —Intentaba ganar tiempo—.

Tengo muy pocas cosas, y si la semana que viene es como esta pasada...

Amir movió la mano descuidadamente.

—Podemos hacer que alguien se encargue de ello. Mi familia tiene un excelente sastre que te iba a mandar de todas maneras. Pero, por favor, déjame enseñarte mi ciudad.

—Usted, caballero, está tratando de evitar su madre, y creo que por el momento no tengo ningún inconveniente en ayudarle. Vale, estoy a tú disposición este fin de semana. Enséñame tu ciudad.

La sonrisa de Amir era como el sol de la mañana.

—No lo lamentarás —juró—. Simplemente te pido que estés lista a las diez. Después, déjalo todo en mis manos.

Ella sonrió y consiguió retenerse de decir que ella sería feliz si le dejara todo en sus manos a partir de ese mismo instante. Podía notar su corazón latiendo más rápido cuando él hablaba, cuando la miraba o cuando le prometió que no se arrepentiría de pasar dos días con él. ¿Cómo diablos podría?

Estelle, en el fondo, era una mujer práctica. Sabía que las princesas de los cuentos de hadas simplemente no vienen a fustigar a las mujeres como ella para que se larguen. Por cada momento que ella pasara adorando la manera en la que la trataba, vendría una docena sin él, un millar en los que estuviera con la mujer con la que acabaría. En algún momento, dentro de poco, iba a tener que pagar la cuenta.

Ya lo sabía, pero le daba igual.

En el ático, muchos pisos por encima del comparativamente humilde alojamiento de Estelle, Amir se recostaba en un sofá de piel, con un whisky en la mano. Podía notar la quemazón áspera del licor en su garganta y sacudió la cabeza.

En su móvil, había media docena de mensajes de sus padres. Algunos, estaba seguro, tenían imágenes de mujeres que sabía que serían hermosas, educadas y encantadoras.

¿Qué iba a hacer?

Rechazó la pregunta firmemente, porque al menos durante las cuarenta y ocho horas siguientes, sabía exactamente lo que haría.

Sacó su tablet, y se puso a realizar búsquedas.

Capítulo Cuatro

Estelle dio un grito ahogado mientras Amir aceleraba el motor de su Land Rover y lanzaba el coche por encima de la arista de la duna de arena. Ella estaba segura de que las cuatro ruedas del coche habían despegado del suelo antes de volver a caer en otra duna.

—¡Dios mío! ¡Estás loco! —gritó y quizás él le contestó alguna otra cosa antes de acelerar el Land Rover hacia otra duna.

Él había llegado a primera hora de la mañana y, cuando se aseguró de que estaba correctamente nutrida y vestida, le arrastró escaleras abajo, donde encontró el pesado Land Rover esperando. No tenía nada que ver con el coche de lujo que había conducido hasta ahora y ella ladeaba la cabeza según se subía a él.

—¿Nos dirigimos al interior? —preguntó.

—Ya verás —fue su única respuesta.

Había estado observando cautivada cómo la hermosa ciudad moderna de Dubai daba paso, antes de lo que podía creer, al desierto. Al principio, los edificios se iban haciendo más raros y luego, durante un tiempo, aparecían algunos frágiles matorrales. Pocos momentos después, el horizonte se abría y en frente de ellos se encontraron kilómetros y kilómetros de desierto abierto.

Se había sentado, simplemente anonadada, mientras Amir se abría paso

por el desierto sin seguir camino alguno, mirando a través de las suaves subidas de las dunas y hacia el azul alto del cielo. Cuando miró hacia atrás, los resplandecientes rascacielos de Dubai ya se empequeñecían en la distancia, con el aspecto de juguetes o ruinas contra la inmensidad del desierto.

—Esto es increíble. —Tomaba aire y Amir reía.

—Hace tiempo, mis antepasados llamaban a esto el otro océano —dijo mientras conducía—. Llamaban a los camellos los barcos del desierto, y navegaban, luchaban y viajaban sin miedo.

—No puedo imaginar como podían hacer eso —confesaba Estelle, auscultando por fuera de la ventana—. Está tan aislado; es tan salvaje y desolado.

—¿Tienes miedo?

Le lanzó una sonrisa.

—No —dijo con confianza—. Estoy contigo. ¿Cómo podría tenerlo?

Amir se rió un poco de su bravata y sacudió la cabeza.

Estelle cayó en un extraño sueño de duermevela, mientras se alejaban de la ciudad. Había cierta atemporalidad en el desierto. Era igual que había sido siempre. Lo único que cambiaba era la gente que trataba de vivir sus frenéticas vidas cruzándolo, habitándolo o evitándolo. Los que luchaban contra el desierto morían, pero los que se adaptaban a él, quienes aprendían a navegarlo en camellos y caballos, prosperaban y se convertían en príncipes.

—Pareces pensativa —dijo Amir, fijándola.

—Sí, un poco —dijo, acomodándose en su respaldo—. Este desierto forma parte de ti, ¿no?

Pareció hacerle gracia.

—Sí. Solía luchar más contra él cuando era joven. Ahora, acepto que el desierto está grabado en mi corazón. Anhele otras cosas, quizás de vez en cuando, pero esta es mi casa.

Una cierta oscuridad tiñó su ánimo en ese momento. Estelle se mordió el labio, porque aquello tenía el sonido de algo antiguo, algo que había estado con Amir durante tanto tiempo y que sencillamente había pasado a formar parte de él, como el cielo del desierto.

No sabía qué decir. Quizás no había nada que decir, así que simplemente lo buscó, tocando su mano con la de ella.

Él miró su mano y una compleja serie de emociones chisporroteó en su cara. Finalmente, para su sorpresa, se fijó en una expresión de pura picardía.

—Agradezco su buen corazón y su compasión —dijo—, pero le sugiero vivamente que se agarre de manera apropiada.

—¿Qué?

La palabra apenas había salido de su boca, cuando Amir pisó el acelerador, mandando el Land Rover hacia delante y aparentemente de frente a una duna de arena. Estelle, impresionada, sujetó fuertemente las asas de ambos lados de su asiento y soltó chillidos de miedo mientras el sólido vehículo chocaba contra la arena, mandándola en todas direcciones.

—Se llama *dune bashing* —dijo Amir—. ¿Qué te parece?

Si alguien le hubiese preguntado sobre esto, antes de que él la hubiera arrastrado, ella habría mostrado dudas o incluso preocupación. Sin embargo, ahora que lo había hecho, se descubrió riendo nerviosamente como una loca, con el corazón batiendo fuertemente y con los ojos brillantes.

—Otra vez, por favor, otra vez —dijo.

Con una sonrisa en la cara, Amir, la complació.

Era como cualquier montaña rusa en la que había estado, te montabas y obtenías un maravilloso paisaje. Amir conducía el coche con una consumada habilidad y eficacia, vadeando hábilmente los huecos donde el Land Rover pudiera quedarse atrapado y subiendo las dunas que parecían altas colinas.

—Te estás portando muy bien —dijo él mientras llegaban a otra—.

Algunas personas se asustan o se sienten mal.

—¡Esto es increíble!— gritó—. ¡Lo adoro!

¡Te adoro!

Tenía las palabras ahí, en la punta de la lengua, pero Estelle consiguió retenerlas impresionada. Internamente, trató de recomponerse. Amir era un hombre tratando de hacerle pasar un buen rato. Nada más. Tenía que recordar esto o se hundiría.

Si Amir notó la fuerte impresión que causó en ella ese instante, no dijo nada. Un rato después, llevó el Land Rover a una velocidad normal, pero Estelle notó que todavía iba en sentido contrario a Dubai. El sol había

sobrepasado el cenit, estaba empezando a descender hacia el suelo, y Estelle se maravillaba con los colores del desierto. Mientras miraba hacia el horizonte que transcurría ante su vista, con Dubai ya perdida de vista del todo, podía ver otros Land Rovers, algunos mucho mayores que el suyo, rodando por la arena.

—¿Y ahora, dónde vamos?

—Es una sorpresa, pero creo que te va a gustar —prometió.

El sol se ocultó aún más abajo, y su estómago estaba empezando a rugir cuando vieron unas luces allá adelante. Por un momento, su mente le dijo que debía de ser una ciudad perdida surgiendo de las dunas, viniendo a saludar a los viajeros del desierto.

—Dubai es una ciudad de innovación —dijo Amir— y mi familia siempre ha seguido las modas. Este es un complejo hotelero en el desierto, uno de tantos, y éste es uno en el que mi familia tiene participaciones. Esta noche es una noche de fiesta.

Aparcaron el Land Rover en una franja de aparcamiento asfaltado y se dirigieron al complejo que parecía una joya surgida de un golpe de varita de algún mago. La mente de Estelle difícilmente podía entender cómo podía surgir un sitio semejante en medio del desierto.

Este complejo era como cualquier otro que se encuentra en la costa. Los muros de piedra blanca se alzaban hacia el cielo que se difuminaba y, en una explanada visiblemente verde, la gente preparaba fogatas mientras preparaban grandes almohadones.

En vez de situarse en una de las zonas para sentarse, Amir la llevó a un pabellón retirado del ajetreo. Olía a maderas perfumadas y, esparcidos alrededor de un pozo donde se encontraba el hogar, había enormes pilas de almohadones y pesadas telas.

—Esto es maravilloso —dijo suavemente, mirándolo todo.

—Privilegio de ser hijo de la familia Kalil —dijo Amir, y volvía nuevamente ese mismo sentimiento de orgullo y amargura.

—Tú eres un hombre que lo ha pasado mal para encontrar su sitio —dijo suavemente.

La miró antes de coger su mano y llevarla a sentarse en una pila de almohadones. Ella notó de nuevo lo sólido y cálido que era. Se trataba de un hombre hermoso. Siempre lo sería, no importa cómo envejeciera o lo que sucediera. La finura de su temperamento duraría allá donde la belleza física no lo haría.

—¿Qué sabes tú de esas cosas? —preguntó él sin malicia.

Estelle le sonrió un tanto.

—Soy una americana, medio negra, medio blanca —dijo—. Cuando era muy joven, nos mudamos de la ciudad a una zona residencial, donde nadie se parecía ni a mí ni a mis hermanos. Algunas cosas que nos decía la gente no siempre eran agradables, y aprendimos que si queríamos que nos fuera bien, teníamos que ser mejores que los demás alrededor. A veces, íbamos a visitar a la familia de mi madre, para los que no éramos suficientemente negros, e

íbamos a casa de la familia de mi padre, donde ciertamente no éramos suficientemente blancos.

—¿Y cómo resolviste el tener un alma dividida? —preguntó Amir. Él estaba tan cerca de ella, reclinado en un codo a su lado, mientras que ella a su lado permanecía erguida, de manera que podía notar su aliento cálido la altura del codo.

—Aprendí que no tenía el alma dividida —dijo sencillamente—. Aprendí que, a fin de cuentas, no había dos partes en lucha en mi interior. Sólo había un único yo, una persona educada para ver las cosas en conjunto. Una vez que entendí que yo no era ni una cosa ni la otra, sino yo misma, las cosas se pusieron más fáciles.

—Tú eres una persona completa —observó Amir—. Te aceptas a ti misma.

—La mayoría de los días —dijo Estelle sonriendo—. No sé si todo el mundo se acepta como lo que son y lo que hacen, en cada momento, durante cada día de su vida. Yo hago lo posible y la mayoría de las veces... la mayoría de las veces es maravilloso. Hoy fue maravilloso.

Amir empezó a decir algo, pero enseguida fue interrumpido por el golpe de un tambor. Estelle estaba entusiasmada al ver a músicos colocándose en el césped debajo de ellos. Estaba incluso más entusiasmada de ver a la gente traer sus bandejas de carne a la brasa. Incluso desde donde estaba, podía oler lo rica que debía de estar la carne a la brasa y notar con cuánta paciencia parecía

haberse asado y condimentado.

Cuando le fue servida su porción, combinada con una pequeña cantidad de sabroso arroz integral, le hincó el diente sin remilgos.

—Esto es alucinante —dijo—. No puedo creer lo bueno que está.

Amir sonrió brevemente.

—Me alegra que estés feliz con todo esto —dijo suavemente—. Yo siempre quiero que seas tan feliz como ahora.

Le podía haber preguntado qué quería decir con eso, pero los tambores volvieron a sonar de nuevo, y esta vez más fuerte.

Mientras miraban, llegaron media docena de mujeres. Vestían prendas sorprendentemente recatadas, estaban veladas excepto en sus bellos rostros, pero mientras se colocaban en sus primeras posiciones, se hizo obvio lo que estaban haciendo.

—¡La danza del vientre! —dijo Estelle con satisfacción, y Amir asintió.

—La mayoría de los otros complejos hoteleros traen bailarinas egipcias de danza del vientre—explicó—. Son muy expertas y muy entretenidas, pero tienen tanto que ver con Dubai y los Emiratos Árabes Unidos como las pirámides. Mi padre y mi tío fundaron este complejo hotelero, pero fueron mi madre y mi tía las que decidieron que querían que actuaran aquí nuestras bailarinas folclóricas. La danza que ves aquí es lo más parecido a las danzas que se bailaban en los oasis hace cientos de años.

El ritmo se aceleró y las mujeres empezaron a bailar. Estelle no

levantaba los ojos. Las mujeres se movían como un todo. Cuanto hacía una mujer, la siguiente lo imitaba hasta que daba la vuelta al círculo, en una ondulación que revelaba la fuerte conexión entre todas las mujeres y la devoción a su arte. Sus faldas negras se contoneaban hipnóticamente a la luz de las hogueras, y toda la multitud comenzó a dar palmas al ritmo de los tambores.

Estelle contenía el aliento mientras las mujeres empezaron a saltar, agachándose tan abajo que sus compañeras podían saltar por encima, lanzándose en alto para caer en un solo pie. Eran más que simples bailarinas, se dio cuenta. Eran auténticas artistas, y practicaban un arte que, de otro modo, hacía tiempo se habría perdido.

Cuando los tambores llegaron a un crescendo, la multitud rompió en un sonoro aplauso y las mujeres se inclinaron para saludar antes de esfumarse en la noche.

—¿Te ha gustado? —preguntó Amir.

—Era alucinante —dijo Estelle, girándose hacia él con los ojos resplandecientes—. Aman tanto lo que hacen y son muy buenas.

—Cada bailarina que actúa en nuestro complejo pasa al menos por dos años de aprendizaje, a menudo con una madre, una tía o incluso una abuela. Una vez que obtienen el puesto en la troupe, se les permite conservarlo, mientras puedan bailar. Una de las mujeres que has visto hoy tiene casi sesenta años.

Estelle meneaba la cabeza de admiración.

—Espero ser tan ágil cuando llegue a los sesenta —dijo—. ¿Eligen todas dedicarse a esto como profesión?

—Algunas sí. Es un trabajo exigente y ,después de todo, no hay mucho más que ver y hacer ahí afuera alrededor del complejo. Conozco a una de las mujeres, Kamala, desde que era una adolescente. Su madre es una de las grandes maestras de este arte. Ha bailado durante varios años, pero también ha seguido una educación formal por internet. Este es el último año que va a bailar en el complejo. Después va a proseguir estudios universitarios superiores.

Estelle sentía una franca admiración por esta mujer tanto por su tanto talento y determinación, como por su habilidad y belleza. Podía notar la admiración que sentía Amir por Kamala en su voz, y se acordó de que ese era el tipo de mujer que él quería en su vida, no una sencilla chica de los Estados Unidos.

—Parece que es maravillosa —dijo Estelle, apenas capaz de controlar el desmayo de su voz.

—Sí que lo es —dijo Amir, sonando un tanto divertido—. Pero le da disgustos a su madre. Tysha cree que Kamala podría llegar a ser una gran bailarina, si se quedara y no persistiera en su interés en la biología. —Él alzó los hombros—. Es la manera en la que suceden las cosas en Dubai y en los E.A.U. La tradición lucha contra la modernidad, y nunca está uno seguro de

quién va a ganar.

—Tu familia ha sabido combinar la tradición y el mundo moderno bastante bien, según me parece —dijo dulcemente Estelle—. Allá donde me fijo en Kalil Enterprises, veo un hábil encuentro de lo antiguo y lo nuevo.

Amir le sonrió melancólico

—Espero que sí.

Para sorpresa de Estelle, se quedaban juntos en el complejo.

—No te importa, ¿verdad? —preguntó Amir—. He pedido que nos preparen las habitaciones que usa mi familia. Podría prepararte otra para ti, pero se hace tarde, debe de ser tarde para el personal.

—Oh, no, no me gustaría pasar por encima de nadie —dijo Estelle—. Estaré contenta de quedarme en el sofá.

Levantó la mano cuando Amir parecía que iba a protestar.

—Que no. Puedo comprobar que te estás poniendo cortés y que ibas a decir que te quedas con el sofá, pero hoy no lo voy a aceptar. Has conducido todo el día, y yo todo lo que he hecho ha sido hacer de pasajera y reírme. Te quedas con la cama y punto.

Asomaba por las comisuras de los labios de Amir cierta sonrisa.

—¿Siempre eres tan mandona?

—Me tenías que haber visto cuando hacía de babysitter con los críos del vecindario —dijo—. Pero si te hace sentir mejor, pasaré primera por la ducha.

Esta ducha era más lujosa todavía que la de su apartamento. Era toda de

cristal con un fabuloso banco alrededor de su perímetro. Vio que había una configuración en la que podía llenar la ducha de vapor aromático, para sumergirse en él. Optó por entrar en la ducha y frotarse con el jabón de hierbas aromáticas hasta sentirse limpia. Su pelo oscuro caía por su espalda en tirabuzones mientras lo escurría.

Atrapó un reflejo de su propia figura en el espejo, y no podía dejar de sonreír.

—Esta eres tú —se dijo—. Esto es real.

Colgaba de la parte interior de la puerta un precioso camisón de noche de seda dorada, fresco y recién planchado, junto con una esponjosa bata blanca. Estelle se puso ambos y volvió al salón.

Empezó a llamar a Amir para avisarle de que la ducha estaba libre, pero se dio cuenta de que estaba en el sofá mirando a la distancia. Se mordió el labio y después se sentó junto a él.

—Amir, ¿estás bien?

Él le sonrió, pero había algo oscuro en todo aquello, algo profundo.

—¿Estás siempre tan a gusto con los dos lados de ti misma? ¿Qué haces cuando entran en guerra?

—Trato de acordarme de que no hay guerra —le dijo suavemente—. Simplemente hay cosas que deseo y, a veces, cuando soy honesta conmigo misma, me doy cuenta de que ambos lados desean lo mismo; sólo que tienen distintas maneras de conseguirlas.

—Tú eres una mujer sabia —dijo Amir, y podría haberse quedado en silencio de nuevo, si ella no hubiese domado sus nervios y hablado de nuevo.

—¿Cuál es tu guerra, Amir? —Ella tocó el dorso de su mano con la suya, con la naturalidad de quien llevara años haciéndolo, y él cogió a su vez su mano.

—Soy el quinto hijo —dijo—. Es una posición bastante cómoda, y supongo que si quisiera, podría tener una vida fácil y fútil. Sin embargo, echo un vistazo a lo que mis padres y mis ancestros han construido. Echo un vistazo a este imperio que han conseguido forjar a partir del desierto, y a cómo ellos y gente como ellos han hecho grande Dubai. Veo esto y ¿cómo no voy a querer protegerlo?

—Es algo muy loable que lo protejas —dijo ella suavemente—. Cualquier hombre debería de ser admirado por algo así.

—Eso creo yo. Pero, ¿debería de ser admirado alguien por creer que su felicidad está en otro sitio? ¿Por pensar que a veces lo cambiaría todo por una oportunidad de ser realmente libre? ¿Por pensar que a veces el nombre de su familia no es sino un fardo que debe ser soportado. Dime, Estelle, ¿tú crees que eso es algo que se deba admirar?

—Pienso que esas son cosas que deberían considerarse naturales —dijo Estelle inmediatamente—. Eres un hombre con un poder y privilegios increíbles, pero es importante recordar que esto trae aparejado una responsabilidad. Aguantas un peso muy elevado, y la idea de que puedas ser

responsable de perderlo todo puede ser un fardo, sí.

Amir le miró, con ojos oscuros.

—¿Y tú cómo sabrías algo semejante?

—Porque me acuerdo escribiéndote con lo del problema de Ellsford. Tú lo llevabas todo plenamente bajo control, con total calma, pero había en todo ello algo sombrío. Sabías cuantos puestos de trabajo dependían de ese contrato. Sabías cuánto se podía perder y que no podías permitirte.

—Lo ves claramente —dijo Amir—. A veces es terrible.

—Pero a pesar de todo, eres fuerte —dijo, con voz confiada. Podía notar las manos de Amir apretándola un tanto, como si él necesitara creer en lo que ella decía, como si necesitara sus palabras—. Eso merece respeto. La gente de Kalil Enterprises puede notarlo. Saben que lucharás por ellos. Da igual el camino que puedas tomar, nunca te olvidarás de eso.

Se dio la vuelta hacia ella, moviéndose tan rápido que la impresionó. Antes estaban sentados cerca, pero ahora apenas había un palmo entre ellos. En la oscuridad de la habitación, ella sólo veía la sombra de él, sólo la silueta de sus rasgos. De día, era un hombre guapo, pero ahora de noche, parecía un dios.

—¿Y tú? —preguntó él, su voz profunda y un tanto ronca—, ¿qué piensas de mí?

Estelle se mordió el labio para evitar palabras que no pudiera decir. Que no pudiera decir siguiendo entera.

—Creo que eres un hombre que merece gran admiración. Te he admirado desde ya hace un tiempo y... y me has dado este regalo maravilloso. Me has permitido desplegar mis alas y volar lejos de donde empecé, y cuando llegué... bueno. Hiciste que me diera cuenta de que tengo un nuevo hogar.

Ella le mostró su sonrisa, pero esta tembló un tanto cuando él no le correspondió.

—¿He dicho algo malo?

En lugar de responderle, la cogió por los hombros y la sostuvo derecha, hasta que dobló la cabeza hacia ella. Un instante antes de que sus bocas se tocaran, a Estelle le pasaron por la cabeza mil razones por las que esto no estaba bien. Él era su empleador, ella estaba sola en un sitio completamente nuevo, Kamala, lo sosa que se consideraba, lo diferente que era él, cómo estaba acostumbrado a mujeres mucho más hermosas y elegantes...

Entonces su boca tocó la de ella, y todo lo demás que pasaba en su cabeza, en el mundo entero, pareció desvanecerse. Ella era alguien que siempre había querido vivir el momento y ahora lo estaba haciendo.

No había nada que ella pudiera hacer para contener la ola de sentimientos que se agolpaban en ella. Todo lo que podía hacer era agarrarse a él y concederse a las maravillosas cosas que él le permitía experimentar. Sintió el amable rasguño de sus dientes afilados contra su labio inferior y una mano vino a acariciar sus rizos morenos. Podía notar la presión de su cuerpo contra ella y, sobre todo, podía notar cómo aumentaba el deseo que cada uno tenía

por el otro.

Esto está ocurriendo de verdad... esto está ocurriendo de verdad. El aturdimiento y el deseo crecían por igual en su interior. Ella sabía que debía de parar esto, pero no había nada que quisiera más que estar en los brazos de este hombre y sentir el aliento de este hombre mezclarse con el suyo, unirse a él.

De pronto, con un sonido que era mitad quejido y mitad rugido, Amir se separó de ella. Ella se quedó en el sofá mientras él quedaba en pie, agitándose.

—Esto no esta bien —dijo, su voz ronca. Le había oído hablar de su familia, le había oído abrirse de una manera que sabía que no hacía con mucha gente. Pero esto era algo distinto. Ahora sonaba como un hombre desgarrado.

—Amir...

—No —dijo, casi gruñendo. Su pesadumbre la asustó. Conscientemente, se embutió en su bata cerrándola en torno a su cuello. Se dio cuenta de cuánto se había entreabierto y cuánto escote mostraba, y enrojeció.

Debió de haber captado el brillo encendido de los ojos de Estelle, porque se contuvo. Amir se acercó donde se encontraba sentada, helada en el sofá. Acercó su mano cerca de su cara, como si no quisiera nada más que tocarla, pero no llegó a hacerlo. Ella notaba la tibieza de su mano tan cerca, pero no podía inclinarse a ella, no cuando él se le presentaba así.

—Amir, ¿qué hemos hecho de malo?

Él la miró noqueado, pero luego movió la cabeza.

—Nada —dijo orgullosamente. —Tú no has hecho nada malo. Te lo

juro. Aparentemente, cuando se presenta una mujer como tú, pierdo completamente el control.

—¿Una mujer como yo? —. Si la situación no fuera tan lamentable, se habría reído. —¿De qué estás hablando?

—Una mujer que llega como una bocanada de aire fresco desde un país nuevo —dijo de manera llana—. Una mujer que despierta sueños que creía sepultados hace mucho. Sólo tú.

Estelle sentía la boca seca.

—¿De qué hablas?

—Hablo de deseo, hablo de cosas que ni tú ni yo podemos controlar —dijo—. Somos un peligro juntos, pequeña, y parece que no me puedo fiar de mí mismo.

De golpe, Amir pareció tomar una determinación.

—Quédate con la habitación. Encontraré otra.

Antes de que Estelle pudiera decir nada, él alzó una mano para advertirla.

—Esto no puede ocurrir —dijo—. Ambos sabemos que de este modo sólo cabe la locura. Siento haber actuado en un modo que te haya podido herir. Te juro que no era mi intención.

—Amir, no me has herido —dijo Estelle, tratando de dominar el nivel de su voz—. No sé lo que quieres, y...

Su risa era ronca.

—A ti —dijo—. Te quiero a ti y juro por todo lo que es sagrado que no deseo herirte.

Parecía como si fuera a decir algo más, pero sacudió su cabeza y caminó hacia la puerta.

—¡Amir!

Dirigió su mirada atrás, y cualquier protesta que Estelle pudiera haber presentado, murió en sus labios. Había algo que lo torturaba justo en ese momento, algo que se percibía como una quiebra de todo lo que lo mantenía cuerdo.

—Si te importo algo en absoluto, mejor que me dejes ir —dijo casi formalmente.

Sí que le importaba. Estaba empezando a amarlo, lo notaba.

Lo dejó ir.

La puerta se cerró tras él, dejándola completamente sola en una formidable suite digna de un palacio. Por un momento, sintió su cuerpo desvaído, y luego lleno de una sensación de sufrimiento y pérdida que no lograba entender. Se le llenaron los ojos de lágrimas y, por mucho que se los secara con la manga de su bata, seguían cayendo.

¿Qué voy a hacer ahora?

Amir no sabía a quién tenía que echar el conserje para conseguirle una habitación, y en ese momento, no le importaba. Estaba acurrucado en el pequeño sofá fuera del balcón. Vestido con ropa ligera, el frío de la noche del

desierto le ponía la piel de gallina, pero no le importaba.

Varios pisos por encima de él, Estelle probablemente ahora estaría durmiendo. Él pensó en sus formas redondeadas, su rebelde pelo rizado, sus ojos verdes y su sonrisa a mano. Se preguntó si sonreiría de esa manera cuando la besaran, cuando gozaba, y tomó otro trago de la botella que quedaba a su lado.

Un gran filósofo dijo una vez que el deseo, no importa lo agradable o lo bueno que sea su objeto, siempre traía sufrimiento y, ahora mismo, Amir veía exactamente lo que quería decir.

Justo en aquel momento, su teléfono emitió un chasquido y, cuando lo levantó y desbloqueó, pudo ver que era otro mensaje de su madre. Lo dejó a un lado. Ahora no.

Ni nunca, intentó decir su mente, pero sabía que eso no podía ser verdad.

Capítulo Cinco

Estelle bajó a la recepción para encontrar a Amir esperándola. Ella se sentía como si hubiese dormido en un saco de piedras, incluso si la cama del hotel era perfectamente, lujosamente cómoda. Alguna pequeña parte, quizás algo mezquina, de su naturaleza apreciaba el hecho de que Amir pareciera no haber dormido mucho mejor.

—Buenos días —dijo él, deshaciéndose en cortesía, pero ella le dio la mano.

—¿Cómo vamos a llevar el tema? —preguntó enrojeciendo.

Él pestañeó. Parecía un poco desconcertado frente a su franqueza, pero en ese momento, no había nada malo en ello. Ella se había pasado la mayoría de la noche hablando con su hermana y con Amy, y ahora se sentía reconfortada, si no feliz.

—¿A qué te refieres? —preguntó él cautelosamente.

—Quiero decir justo eso —dijo firmemente—. Ayer por la noche pasó algo entre nosotros, y si no hablamos sobre ello ahora, va a supurar en medio de nosotros. Crecerá y crecerá hasta que nos sofoque, y eso es lo último que me gustaría que ocurriera.

—¿Y qué es lo que te gustaría que ocurriera? —preguntó él y, tenía que admitirlo, si Amir jugara a poker, se le daría estupendamente. Su cara de

circunstancias no concedía nada. Tomó un hondo respiro y descargó las primeras cinco o seis cosas que se le pasaron por la mente.

—Me gustaría que tuviéramos una buena relación laboral —dijo —, pero aún más que eso, me gustaría asegurarme de que somos amigos. Eso para mí es muy importante. Hay una atracción entre nosotros y eso ha sido muy valioso para mí en los últimos días. Incluso antes de eso, cuando sólo eran palabras del uno al otro en una página, había algo ahí. Y no quiero perderlo.

—Eres muy directa —sentenció y, por la forma en que lo dijo, no podía discernir si era algo bueno o malo.

Ella se encogió de hombros.

—Si quieres, puedes echarle la culpa a la franqueza americana, pero quiero una respuesta.

—Quiero que seamos amigos —dijo decididamente—. Quiero que nos ayudemos el uno al otro y quiero que disfrutemos el uno del otro como lo hemos hecho hasta ahora. No quiero nada desagradable entre los dos. Odiaría eso.

Estelle sonrió y asintió.

—Esperaba que dijeras eso.

Parecía como si Amir quisiera decir algo, pero entonces ella le echó los brazos encima en un fuerte abrazo. Él se puso tieso por un momento, pero luego la rodeó con sus brazos estrechamente, apretándola fuerte. Había todavía un pulso de deseo y atracción entre ellos, pero estaba amortiguado por el

momento , o quizás estaba retenido estrechamente con riendas.

Finalmente, Estelle se retiró, no sin cierta lástima por la pérdida de su calidez y del placer de sentirse abrazada.

—Estupendo —dijo—. ¿Y qué viene ahora?

Por respuesta, la llevó a una estrecha pista de aterrizaje a poca distancia del hotel. Un brillante aeroplano blanco, apenas más grande que un coche, les estaba esperando.

—No, no, me estás tomando el pelo... —murmuró. El avión parecía tan frágil como un avioncito de papel.

—¡Qué va! —dijo con una débil y fantasmagórica sonrisa—. Quizás me excedí un tanto con el whisky ayer por la noche y, a menos que quieras verme en una posición realmente indigna, me gustaría que me ahorraras la tarea de llevarnos de vuelta por donde vinimos.

Estelle pensó en el animado viaje que habían tomado para llegar al hotel, e imaginó que no podía haber nada más terrorífico que una vuelta en avión.

El vuelo fue en su mayor parte muy tranquilo, incluso si podía notar la vibración del motor en todo el fuselaje. En cierto momento, cuando una ráfaga de viento zarandó el aparato, se asió a la mano de Amir y él la abrazó para reconfortarla. Ese simple roce llegó muy lejos a la hora de tranquilizarla con respecto a su amistad y a la confianza en una paz entre ambos.

Si pudiera únicamente olvidar la manera en la que él la había besado. Si pudiera simplemente olvidar el modo en que la tocaba y cómo sabía su boca.

Para distraerse, echó un vistazo por la ventana, mirando las arenas ocres de abajo y el cielo azul de arriba. Los colores eran suficiente para hacer que su corazón vibrara, y, cuando vio movimiento en el horizonte, casi soltó un alarido de sorpresa. El desierto era un lugar increíblemente inhóspito, pero después de todo había algunas criaturas que lograban sobrevivir en él.

Los camellos eran bestias altas y espigadas, que se movían como una gran mancha sobre el horizonte. Podía ver las sombras características de sus jorobas, sus torpes zancadas y, cuando el avión se orientaba en el ángulo apropiado, también podía ver el ojo negro del animal que marchaba en cabeza.

—Mira, mira, Amir —dijo Estelle entusiasmada—. ¿Los ves?

Observó por encima del hombro con una sonrisa.

— Los grandes barcos del desierto están en su propio viaje —observó—. A menos que me equivoque, esos camellos son salvajes. Sin arnés ni riendas, ya sabes.

—¿Simplemente vagan por el desierto? —preguntó Estelle, con estupefacción en su voz. Miró hacia los animales con un nuevo grado de respeto. El desierto le había parecido un lugar tan inhóspito, incluso con el hotel y su oasis. Que estos antiguos y pacientes animales pudieran sobrevivir era motivo de maravilla.

Se giró justo a tiempo de ver a Amir mirándola. La expresión de su cara, una mezcla de felicidad y pena, le quebró el corazón.

—¿Vamos a llevarnos bien, a que sí? —le susurró, apretando su mano—.

Seguro que sí.

—Eso espero —dijo él.

Cuando volvieron a Dubai, ella pensaba que ya habría tenido bastante de hacer de guía turístico. Después de todo, él ya le había dado la mejor parte de un fin de semana y ella no quería ser ninguna molestia. En cambio, cuando ella sugirió que él podría estar cansado de enseñarle todo, se había mostrado del todo ofendido.

—Por supuesto que no —dijo—. Dubai es un sitio sin igual en el mundo. No hemos podido acabar aún.

A pesar de lo tarde que era, la llevó a comer a uno de sus restaurantes griegos preferidos y luego la llevó a un sitio conocido como el zoco del oro de Dubai. Tan pronto como entraron en el edificio, se sintió agobiada por la agitación. Casi se la llevan por delante unas personas que pasaban con prisa y, con una sonrisa de lástima, Amir consiguió mantenerla en pie.

—¿Qué es este sitio? —preguntó ella, observándolo todo. Debía de haber más de trescientos comercios de todas las formas y tamaños en el edificio. Algunos eran enormes tiendas que no habrían desentonado en las zonas más exclusivas de Nueva York, mientras que otros eran tan pequeños, que apenas entraban más de dos personas al mismo tiempo.

Lo único que tenían en común era el oro. Por todos lados, era brillante, resplandeciente y hermoso. Había guardias de seguridad, pero la mayoría de la gente, desde los obvios turistas hasta la gente con traje que llevaba maletines

esposados a sus muñecas, se dedicaban a sus propios acuerdos y negocios.

—Este es el zoco del oro —dijo Amir orgullosamente—. Ha sido una tradición de Dubai desde los años 40, cuando los comerciantes indios instalaron sus primeros mostradores aquí. Dubai es una ciudad que muestra su riqueza y hay pocos lugares donde esto es más evidente que en el zoco del oro.

El sitio era deslumbrante. Durante unos largos momentos, todo lo que podía hacer Estelle era mirar maravillada. Allí donde miraba, había joyas de oro, muebles recubiertos de oro, incluso lámparas de techo de oro. Por un momento, de verdad echaba en falta su tierra; le gustaría que su madre, su padre y hermanos pudieran ver esto. Le gustaría que estuvieran con ella. Pronto rechazó la idea y sacó su cámara. Quería asegurarse de que experimentaran al menos una parte de esto.

Durante unas pocas horas, recorrieron todo el edificio, maravillándose de los distintos objetos. Por supuesto, el oro era el principal atractivo, pero había otras muchas cosas hermosas. Estelle contuvo la respiración ante un par de pendientes que costaban más de cien mil dólares y se fijó en unos pendientes chinos de jade de hace más de mil años.

—Este es un sitio increíble —dijo, cuando pararon para descansar.

Amir encontró un banco de madera para sentarse y la miró divertido.

—Este es uno de los sitios a los que mi madre venía regularmente cuando era niño. Siempre decía que era importante para una mujer llevar consigo algo de riqueza, y que la manera más hermosa era con el oro.

Estelle suspiró, pensando en la atractiva e imponente mujer que con la que se habían cruzado. Podía verla, forrada de oro y moviéndose por el mercado con propósito de batallar. En comparación, Estelle se sentía como un conejillo torpe, saltando de un lugar a otro.

De pronto, Amir se paró, con una extraña expresión en el rostro.

—¿Estás preparada para una nueva tarea como asistente?

Estelle se mostró un tanto sorprendida, pero dio un brinco voluntarioso.

—Por supuesto, ¿qué se te ha ocurrido?

—Ayúdame a escoger un regalo para una mujer.

—¿Aquí? —dijo Estelle tras mirar en derredor.

—Por supuesto.

Contraatacó su ataque de celos, al pensar que era ella el tipo de mujer con el que pasaba el tiempo Amir, pero lo rechazó rápidamente.

—Vale. ¿Conoces sus gustos?

Amir sonreía.

—Tiene buen gusto. Puedo garantizártelo. Tiene veintitantos años. No parece llevar muchas joyas, pero quizás le gustaría.

Estelle sonrió.

—Incluso si no lleva muchas, hay algunas ocasiones especiales.

Echemos un vistazo. Puedes aprovechar mi intuición femenina. ¿De qué presupuesto estamos hablando?

Amir la miró ligeramente ofendido.

—Una mujer que tiene mi aprecio no merece límites de precio.

Estelle se rió.

—Vale, vale. Vamos a ver lo que podemos hacer.

Había hecho cosas semejantes en sus anteriores trabajos, incluso le habían encargado comprar regalos para colaboradores con cumpleaños inesperados. Llevó a Amir a algunas de las tiendas más tranquilas, buscando algo que le pudiera gustar a la mujer en la que Amir se había fijado. Rechazó algunas piezas por ser demasiado sencillas, y otras por ser demasiado ostentosas.

Finalmente, encontró un par de pequeños pendientes de oro, que pensó que serían perfectos. Eran increíblemente intrincados, hilo de oro anudado con unos rubíes redondos en el centro.

—Perfecto —dijo Amir, sacando su tarjeta, pero Estelle le interrumpió.

—Son demasiado caros —dijo al hombre que llevaba la tienda, pasando al árabe.

Entraron en una acalorada discusión, que casi acaba con Estelle lanzando sus manos al cielo diciendo que encontrarían algo mejor en otro sitio, pero al final, consiguió un precio cientos de dólares más barato, con una sonrisa triunfante.

En el momento en que salieron de la tienda, Amir le sonrió.

—Yo iba a pagar el precio completo.

—Te habrían engañado —dijo rápidamente—. En cada una de las tiendas

que hemos visitado hoy, he visto gente regateando, de la mayor a la más pequeña. Puede que quieras gastar espléndidamente en un regalo para alguien especial, pero no necesitas ser tonto.

Amir se rió con esto y Estelle se encogió, dándose cuenta de que acababa de llamarle tonto a su empleador.

—Eso es justo lo que mi madre y mis primas habrían dicho. Venga, te voy a comprar algo de comer, te lo has ganado con tu rápido ingenio.

Guardó la cajita de pendientes en el bolsillo de su chaqueta y Estelle se preguntó por la mujer a la que estaban destinados.

Disfrutaron de una lánguida cena en un lujoso bistró francés y luego, por fin, la llevó a la fuente del paseo del lago. La Fuente de Dubai quedaba en Burj Khalifa, el lago artificial de Dubai, y Estelle aplaudió entusiasmada con la manera en la que los surtidores de agua bailaban al ritmo de la rápida música.

—Es muy hermoso —dijo con una risa. —Ya sé que parezco una turista, pero, bueno, no me va a parecer nuevo durante mucho tiempo.

Era completamente de noche cuando la acompañó al edificio de su apartamento y les pareció la cosa más natural del mundo estar sentados en el sofá, desfallecidos y exhaustos tras el día, pero con la sonrisa en la cara.

—Quédate aquí esta noche —dijo ella de repente.

Amir levantó la mirada, con expresión oscura, pero ella continuó atropelladamente.

—Sólo, nada más, hasta que me quede dormida. No... no sé que es esto

entre los dos, pero sé que mañana tendremos que empezar el trabajo juntos en serio. Simplemente... sería perfecto si te quedaras esta noche.

Sus ojos eran inescrutables, pero asintió. Amir esperó en el salón mientras ella se ponía su camisón, y vino a sentarse a su lado cuando ella se metió debajo de la sábana.

—Gracias por los últimos dos días —murmuró, sus párpados haciéndose pesados—. Ha sido, ha sido increíble.

—También lo ha sido para mí —murmuró él, pero la respiración de Estelle ya se estaba haciendo constante. Estaba soñando con arenas del desierto, mujeres bailando y oro que brillaba en el agua que bailaba.

Lo último que quería Amir era irse. Quería quedarse a su lado. Quería sumergirse en las sábanas junto a ella. Y quería mucho más que eso. En cambio, cerró la puerta con llave, antes de coger el ascensor hasta su ático.

La cajita con los pendientes aún estaba en el bolsillo de su chaqueta, y se maldijo por su estupidez. Quizás fuera debido a su fascinación por las películas americanas, por lo que le pidió que eligiera los pendientes que le gustaran, para luego poder ofrecérselos en las fuentes. Según había pasado el día, sin embargo, se dio cuenta de cuánto la habría herido, confundiendo aún más su posición. Y eso era cierto, especialmente con lo que quedaba por delante.

Mañana era el primer día de una semana de trabajo en Dubai.

Mañana estaban de vuelta en la realidad.

Mañana se acababa todo.

Capítulo Seis

Estelle estaba esperando un momento en el que se sintiera completamente superada por el ambiente ajetreado de Kalil Enterprises. Suponía que llegaría a sentirse agobiada, derrotada y exhausta. En cambio, cogió el paso de la empresa, como si hubiera estado trabajando allí durante años. Se reunió con ejecutivos, asistentes, colaboradores y otros que hacían que la empresa funcionara, y ya notaba que algunos de ellos algún día serían amigos.

Seguía a Amir, pisándole los talones, ocupándose de los asuntos que requerían supervisión, ayudándolo en lo que podía y cuidando de los detalles que se podrían haber escapado. Estaba en su salsa y nunca se había sentido mejor.

Durante el día, no podía evitar las discretas miradas de admiración hacia Amir. Si ella nadaba en su elemento, él también. Llevaba el imperio de Kalil Enterprises del modo en que un jinete controlaba su montura. Era indefectiblemente cortés, hasta que se veía obligado a mostrarse severo y, entonces, saltaba como un rayo.

A pesar de la importancia de su puesto, sin embargo, a menudo la miraba, levantando una ceja divertido o haciendo girar sus ojos. Estaban desarrollando un nuevo lenguaje que ella sabía que sería útil en años

venideros.

Estaban cerca del final de la jornada, cuando Amir empezó a tener un aire sombrío.

—Amir, ¿todo bien?

La sonrió, pero de manera distraída, y una silenciosa alarma empezó a saltar en su cabeza. Había algo que lo molestaba, pero ella no sabía lo que era.

—Es sólo otra reunión más que me ha preparado mi madre y luego, al acabar, te llevo a casa. —dijo—. Continúa con el trabajo en la oficina exterior y te llamo si te necesito.

—Por mí, estupendo, jefe.

La oficina de Amir era una obra de arte. Un lado estaba orientado a las luces de Dubai y el otro estaba separado de su propio espacio por un grueso cristal. Con la pulsación de un interruptor, el cristal que los separaba, podía oscurecerse, interrumpiendo el contacto visual.

Arriesgó una última mirada a través del cristal. Tenía un montón de papeles en la mano, pero estaba mirando Dubai, observando el panorama. Se preguntó si este era un momento en el que deseaba escaparse y sintió que su corazón se partía por él.

Estelle tenía delante de ella unas cosillas que revisar, cuando el ascensor tintineó levemente y dos mujeres salieron de él. Una ya sabía que era la madre de Amir, pero la otra, vestida con un abaya muy tradicional pero hermosamente exuberante, le era desconocida.

La madre de Amir le saludó con la cabeza y Estelle notó una extraña sensación de calidez por parte de la otra mujer.

Echó un vistazo mientras Amir se levantó para recibirlas. El cristal entre ellos se oscureció, y ya no vio más.

—Espero que todo te vaya bien —susurró, sabiendo bien que Amir no podría oírla.

Volvió su atención al trabajo, negándose a permitir que su mente revoloteara en lo que pudiera estar pasando detrás del cristal.

Naima Al Hammadi era una mujer imponente y Amir la saludó con cierta precaución cortés. Era atractiva, con la ávida curiosidad de una rapaz, y había oído suficiente para saber que era capaz de ese mismo defecto.

Su habilidad como casamentera era inigualable y, cuando se sentó al otro lado de su despacho, Zaida sentada a la izquierda de Naima, notaba el peso de siglos de tradición cargando sobre él.

—Estoy contenta de ayudaros a formar esta unión tan gozosa —dijo Naima, con voz suave.

Para regocijo de él, sacó una pequeña y lujosa tablet de su bolso. Su profesión, la de casamentera, podría ser de lo más ilustre y contar con siglos de existencia, pero no le impedía usar las herramientas más modernas y efectivas a su disposición. Se sintió algo menos divertido, cuando pensó en que su destino quedaba en manos de nuevos algoritmos y hojas de cálculo.

Durante los primeros diez minutos o así, le interrogó sobre su familia, confirmando cosas que ya sabía, mientras Zaida asentía. Amir se notaba poniéndose más tenso según las preguntas iban haciéndose más personales, sobre su educación y prosiguiendo con el resto de sus relaciones pasadas.

—Veo que ha tenido muy pocas relaciones estables durante tu vida — dijo Naima apretando levemente los labios.

—Yo pensaba que esto me iba a suponer mi relación estable, la que me va a encontrar —dijo incapaz de retener un guiño burlón en su voz.

El aspecto de su madre le indicaba que no agradecía demasiado su sentido del humor, pero Naima simplemente asintió.

—Exacto. Ahora, vamos a empezar a ver qué tipo de mujer le va mejor. La mujer que busca, la mujer que cuidará a sus hijos, ¿es más bien hogareña, o de las que les gusta salir?

—Es una aventurera —dijo tras un momento—. A veces, puntualmente le puede gustar alguna noche en casa, pero, si tuviera que elegir, preferiría conocer algo nuevo.

—Muy bien, gracias. ¿Y su comportamiento? ¿Usted busca a alguien modesto o más bien a alguien con rachas de obstinación?

—No sé a qué se refiere con lo de rachas de obstinación, pero quiero a alguien con fuego —se encontró diciendo—. Quiero a alguien que me haga replantearme cuando me equivoco, pero también alguien que me apoye hasta el final cuando tengo razón. ¿Es quizás una contradicción?

—En absoluto. Piense en tres palabras que podría usar para describir a su futura mujer.

—Amorosa —decidió Amir—. Protectora. Apasionada.

Una pequeña sonrisa cruzó la cara de Naima.

Siguió realizando preguntas, sobre su educación, sus intereses y cómo transcurría un día normal. No se trataba de un servicio de venta de novias. Su trabajo era encontrar candidatos que se llevaran bien, y sus preguntas abarcaban desde su opinión sobre los juegos de azar a lo que pensaba de los distintos tipos de cocina.

Cuando Naima acabó, una hora después o así, Amir se sintió tan agotado como si hubiese combatido en un ring de boxeo, y aún estaba desilusionado sobre la posibilidad de que sirviera para algo.

—Entonces, ¿qué le parece? —preguntó él al levantarse—, ¿soy un caso perdido, como creen mis padres?

Zaida le lanzó una mirada de censura.

—Nunca he pensado que seas un caso perdido —le regañó.

Amir sonrió con leve insolencia.

—No, sólo lo das claramente a entender.

Naima ignoró sus mutuas puyas.

—Mi profesión se ha transmitido directamente durante cinco generaciones. He concertado matrimonios entre varios príncipes de sangre real, de miembros de familias comerciantes y de ambos, como ustedes. Si se

va al matrimonio con el corazón abierto, a menudo vienen después el amor y la pasión.

Amir suspiró. No había ninguna respuesta a eso, pero difícilmente podía esperar nada mejor.

—Gracias por venir —dijo él—. Estoy deseando ver con quien me empareja.

Zaida mandó a la otra mujer al coche, y con la puerta cerrada, quedándose solos, se volvió a su hijo.

—Espero que te hayas tomado esto en serio —dijo con voz severa.

—Por supuesto, madre —dijo, con un punto de frialdad—. Siempre has querido el matrimonio perfecto para mí y ahora lo vamos a encontrar.

—El matrimonio perfecto —repitió su madre—. Sí. Es justo eso lo que quiero para ti. Pero, por favor, ten predisposición por la mujer que te encuentre Naima.

—Tanta predisposición como puedan tener hacia mí —dijo Amir, pero su madre frunció el ceño, pero lo dejó pasar.

—Ven a casa a cenar pronto, por favor. Tu padre se va a volver un poco loco sin nadie para hablar de negocios.

—Pensaba que estabas contenta con que se apartara de los negocios después de jubilarse.

Sonrió tolerantemente y le recordó una vez más que aunque su matrimonio fue acordado, sus padres se amaban entre sí.

—Mira, si no fuera el hombre que es, no me habría casado con él. No me puedo quejar de algo que ya conocía de antemano. En fin, pásate a vernos. Ya sabes que siempre estamos deseando verte.

Se curvó para permitirle besar su mejilla y se dirigió al ascensor. Amir suspiró mirando su trabajo. Eso podía esperar. Siempre esperaría.

Salió de la oficina, cerrándola y le lanzó una mirada a Estelle, que seguía ocupada, trabajando en su despacho.

—¿Todo bien, jefe? —preguntó.

—Tan bien como se pone a veces la cosa. Venga, te llevo a cenar.

Le sonrió mientras bloqueaba su puesto de trabajo.

—Me estás sobornando, sabes. No sé cuántos asistentes consiguen tantas comidas pagadas por su jefe.

Algo en la manera de decir esas palabras le molestó a Amir. No sabía por qué, pero no le sentaron nada bien.

—No hagamos eso —dijo—. Hemos estado en la oficina diez horas, huyamos de todo esto. Ahora, seamos simplemente Amir y Estelle, ¿vale?

La sonrisa de ella podía derretir a distancia y asintió despacio.

—Claro, vamos a hacer eso. Bueno, la verdad... Mira, Amir, ¿quieres salir conmigo? El insoportable de mi jefe finalmente me deja irme después de retenerme hasta tarde.

Por vez primera en todo el día, Amir sintió la espina y los hombros relajarse, y se rió a carcajadas, moviendo la cabeza.

—Tiene que ser horrible —dijo—. Vamos a echar unas dentelladas y dejar todo atrás.

Mientras tomaban el ascensor bajando hasta el garaje del aparcamiento, se preguntaba una y otra vez qué estaba haciendo. Entonces, cuando Estelle lo tomó del brazo, su cuerpecito suave y cálido a su lado, decidió que le daba igual.

Estelle decidió que no iba a dejar a Amir pagar una sola cosa. Tenía una tarjeta de crédito que pretendía usar, así que señaló un pequeño restaurante cerca de donde vivían.

—¿Ahí? —preguntó él.

—Claro. ¿Por qué no?

Resultó ser un minúsculo café turco, muy diferente a los sitios donde él la había llevado. Estaban algo mal acomodados, ya que estaban sentados en la pequeña barra, pero, cuando el camarero les trajo una porción de arroz humeante y doner kebabs, valía la pena.

—¿Tu jefe es realmente el ogro que dices? —preguntó Amir, retirando delicadamente parte de la carne del palillo.

Estelle giró los ojos dramáticamente.

—Buf, es un bárbaro. Se trata de un maníaco del trabajo, ¡un auténtico negrero! Todo el día, de la mañana a la noche, está: ¡venga, venga!

—Eso suena verdaderamente horrible, te compadezco —dijo—. Por mi

parte, todo lo que tengo que aguantar es mi torpe asistente.

Estelle levantó su barbilla desafiante, rechazando resultar intimidada.

—¿Ah, sí? Estoy segura que es mucho mejor que mi jefe, a pesar de todo.

—Quizás, pero no llego a entender cómo un empleador que trabaja mucho puede ser peor que un asistente que siempre se confunde entre los nombres y los apellidos de los clientes chinos.

—Estoy segura de que sólo hizo eso una vez, y en seguida se dio cuenta del error ella misma. —dijo Estelle orgullosa—. ¿Y qué me dices de un jefe que está tan ocupado que pensaba que el nuevo agregado diplomático era el hombre que había venido a arreglar la impresora?

—Eso simplemente suena como un error honesto que cualquiera puede cometer —dijo gravemente Amir—. Aunque yo creo que hay definitivamente algunos aspectos positivos de la nueva asistente.

—¿Y de qué se trata? —preguntó Estelle, preparada para cualquier cosa.

—Es completamente hermosa. Es amable, llena de gracia, e ilumina la estancia en la que se encuentra.

Estelle notó cómo se le desencajaba la mandíbula. El mundo se había frenado hasta arrastrarse y todo lo que podía pensar era la sonrisa de Amir, lo guapo que era, y lo melancólico que parecía.

—No tiene nada que hacer contra mi jefe —dijo rápidamente—. A veces, me gustaría que no fuera tan atractivo. Te distrae tanto, al darte la vuelta, verle

ahí de pie como... como un príncipe recién salido de un cuento de hadas o algo. Parece del tipo que está listo para derrotar y acabar con dragones de un momento a otro.

—Parece bastante fiero...

—Bueno, pero también es amable —dijo con voz suave—. Es tan amable. Es... es tan generoso que se pasa, y a veces... a veces cuando le miro, y me mira... no sé lo que nos va a pasar a los dos...

—¿Qué quieres que ocurra? —preguntó Amir. Todavía había un punto de burla en su voz, pero ahora ella notaba que era falsa. Estaba ahí para cubrir lo que estaba sucediendo entre ellos, lo que parecía seguir ocurriendo no importa lo que ella hiciera al respecto.

Estelle no sabía si creía en el destino o si esto sólo se trataba de cruda atracción animal. Todo lo que sabía era que ambos lo sentían.

—No lo sé... —dijo notando su voz debilitándose—. A veces, seguiré haciendo mi trabajo y se tratará de negocios como siempre y, Amir, yo soy buena en mi trabajo, se me da muy bien y he trabajado muy duro para estar donde estoy...

—Sé que lo has hecho —dijo—. Estoy seguro de que él sabe lo duro que trabajas y qué tesoro tiene en ti como su asistente.

—Pero a veces... a veces, estoy trabajando y te miro, y hace que el corazón me bata más fuerte. Me da ganas de llorar, porque lo noto tan fuerte. Y no sé qué hacer con esto, Amir. Y lo siento enormemente si he arruinado todo,

pero siempre lo he sentido así, desde que puse los ojos en ti por primera vez, y no sé que es lo que va a ocurrir ahora.

Se sintió imperdonablemente al borde de las lágrimas, como si en cualquier momento, fuera simplemente a saltar por el aire en mil pedazos. Tragó fuerte y Amir dio la vuelta a la mesa para deslizarse a su lado, pasando un brazo sobre su hombro.

—Ya está, ya está...

Ella rió. Estaba algo más cerca de lo debido a un sollozo, pero aun así se trataba de una risa.

—Estoy tan confundida —dijo—. Me debo de estar volviendo loca. Mis padres tenían razón. Han pasado tantas cosas y luego pongo los ojos en ti, y simplemente me siento cómoda de un modo en el que nunca me había sentido cómoda. No lo entiendo, y no quiero... imponértelo, y no sé lo que va a pasar a partir de ahora.

—Yo sí que lo sé —dijo Amir.

Tocó su barbilla con un dedo e inclinó su cara hacia arriba para que pudieran mirarse a los ojos.

—Te quiero —dijo, su voz suave como el terciopelo oscuro—. Te deseo, y pienso que te necesito. ¿Vienes a mi casa conmigo?

Podía ver el mundo divergiendo frente a ella. Por un lado estaba su plan, todo lo que había concebido tan cuidadosamente en Nueva York y decidido ella misma hacía unos pocos meses. Por otro lado, encontraba sombra y oscuridad,

pero eso era donde se encontraba Amir. Al final, no había elección alguna.

—Sí —murmuró—. Sí que vengo.

Pensó que la besaría entonces y ahí, pero, en cambio, él simplemente pasó sus nudillos por su mejilla redondeada, con una sonrisa en sus labios, que hizo que su corazón latiera más rápido. Lanzó algo de dinero a la mesa que tenían delante de ellos y, tomando su mano, la llevó de vuelta al coche.

Estaban en el coche en silencio, pero en ningún momento soltaron sus manos. Estelle podía notar todo demasiado brillantemente, demasiado ricamente, como si estuviera siendo asaltada por las posibilidades y la belleza abriéndose paso frente a ella. No sabía lo que iba a ocurrir, pero sabía que lo cambiaría todo.

Le llevó unos momentos darse cuenta de que no volvían al edificio. Cuando ella lo mencionó, él le sonrió irónico.

—El ático es una maravilla, pero la verdad es que es un poco como un hotel. Es donde los miembros de mi familia se quedan cuando es conveniente. Esta noche... he pensado que te llevaría a un sitio completamente mío.

Estelle estaba momentáneamente impresionada por la apabullante cantidad de dinero que poseían los Kalil, pero estaba extrañamente conmovida por la idea de que Amir quisiera compartir algo que era suyo y sólo suyo. Su corazón batía un poco más rápido, preguntándose si esto quería decir que aquí había algo más, algo espléndido, raro y maravilloso. Lo rechazó. Era suficientemente inteligente para darse cuenta de que no se había hecho ninguna

promesa. Nada se había ofrecido más allá de lo que se había elegido. Y era suficiente por esta noche.

El vecindario al que llegaron era maravilloso, pero modesto, todo de piedra, y recordaba a otro tiempo. Amir condujo hasta un garaje subterráneo y luego un breve ascensor les llevó al espacio habitable. Estelle tenía la impresión estar en un lugar furiosamente masculino, todo de ocres y marrones, todo en piedra y madera. Entonces, Amir la llevó a la habitación y, a oscuras, se zambulleron gozosamente en la cama de tamaño gigante.

Cuando Amir extendió su mano hacia el cuello de su blusa, Estelle se echó atrás y él alzó una ceja.

—¿Estás bien? —preguntó—. Si no estás segura...

—Sí que lo estoy —soltó—. Estoy segura; nunca he estado tan segura de nada en mi vida. Sólo que... ¿y si no te gusto?

La sonrisa de Amir era oscura y rica.

—Estoy seguro de que nadie me ha gustado tanto como tú —prometió.

No la desnudó. En cambio, la acercó a él y empezó a besarla. Empezó con un beso amable en la frente, y luego le lanzó dos besos en sus ojos cerrados. Besó sus mejillas, su boca, su cuello. Le mordisqueó los lóbulos de las orejas y pasó los dedos por su pelo ondulado, amasándolo como en una nube oscura y suelta, un halo alrededor de su cara.

—Eres tan hermosa —suspiró, mirándola—. Te quiero esta noche y te quiero entera. ¿Me dejas que te tenga?

Vio algo en sus ojos oscuros y luego eso la llamó.

Acepta ahora, y nunca más volverás a ser libre. Acepta ahora, y eso lo cambia todo.

—Sí —dijo y esta vez, cuando él tocó los botones de su cuello no lo paró.

La liberó de su ropa con una lentitud dolorosa, parando para besar cada centímetro de su carne, que se iba mostrando. Estelle temblaba de impaciencia cuando llegó a su vientre, pero quería que esto durara para siempre, este lento e increíblemente estimulante ritual.

La desnudó con delicadeza hasta que estuvo desnuda con excepción de su sujetador marrón y los panties a juego. Por un largo instante, él sólo la miró a ella, y la expresión de su cara era pura reverencia y delectación. Su aprobación la cubrió, toda teñida de deseo y necesidad.

Empezó a besarla de nuevo, mientras sus manos recorrían la extensión de sus piernas, rodeando el talón con una mano para volverla a subir más arriba. Tomó sus caderas, pasó las yemas de los dedos sobre la curva de su vientre redondeado y besó la cima de sus pechos.

Chupó su aliento mientras descorchaba sus pechos, liberando primero uno y luego el otro. Juguetó con sus pezones, llevándolos a una tensión dolorosa. Ella gimoteó mientras él jugaba con ellos arqueándolos en sus manos.

—Por favor —suspiró—. Necesito más que esto. Te necesito a ti.

Él se puso de pie y entonces se quitó su ropa, sin retirar en ningún momento los ojos de los de ella. Ella sabía que era un hombre atractivo con sus ropas a medida y perfectamente cortadas, pero sin ellas era espléndido. Era musculoso y esbelto, con apenas un mechón de pelo oscuro en el pecho. Su piel color de bronce atraía sus manos y, sin pensarlo, se lanzó por él, emitiendo un sonido de necesidad en lo profundo de su garganta.

Él gimió con esto y ella notó su miembro medio erecto vibrar con un espasmo ante los sonidos que hacía. Se recostó de nuevo en la cama y, esta vez, cuando él la tocó, había una urgencia en sus movimientos que antes no estaba ahí.

Ella gimoteó cuando él se colocó encima, con el roce de sus cuerpos deslizándose el uno sobre el otro, encendiéndola. Por un momento, ella se tensó cuando él deslizó una mano por su vientre, y luego hacia abajo entre sus piernas, pero luego le abrió, fluyendo como el agua.

—Respira, Estelle.

Ella se dio cuenta de que había estado reteniendo la respiración y, cuando respiró, pudo sentir claramente los dedos recorriendo su raja, deslizándose hacia la humedad de su abertura y volviendo hacia el clítoris. Él era paciente y esa paciencia le hacía desearlo aún más.

En cuestión de segundos, se encontró meciéndose alrededor de sus dedos, deseando más placer del que él podía concederle. Podía notar la manera en la que trabajaba su carne, como si la hubiese conocido toda la vida, y

respondía ante esto.

Los primeros temblores de un clímax sacudieron la extensión de su bajo vientre hasta sus piernas, cuando él se retiró. Fue a atraparlo, pero él sonrió meneando la cabeza.

—Te lo daré, cariño, lo prometo... sólo sé paciente.

Tomó un hondo aliento, asintiendo ligeramente. Confió en él. Se daba cuenta de que le confiaría su vida. Ciertamente le confiaría su placer.

La mano de él volvió a su trabajo, meciéndose contra su cuerpo, llevándolo al borde del clímax una y otra vez. Su cuerpo vibraba sin que ella pudiera controlarlo, brillante de sudor y casi en delirio.

—Por favor —murmuró entrecortadamente—. Por favor.

Hasta ese momento, Amir había mantenido un control total. La deseaba y la necesitaba, pero entonces, se quebró ese control. Un temblor recorrió su esqueleto, como si se tuviese que retirarse de ella. Estelle gimoteó, pero simplemente estaba acercándose a la mesilla de noche, sacando un condón y colocándose rápidamente. Entonces, montó encima de ella, cuyas piernas abrió con sus rodillas, y ella se sintió como si pudiera resquebrajarse del deseo que sentía.

Ella pensaba que él simplemente se sumergiría en ella. Lo necesitaba. En cambio, se detuvo, retirando y peinando el pelo de delante de sus ojos.

—¿Quieres esto? —preguntó, su voz profunda y cavernosa—. ¿Me quieres?

—Sí —dijo ella, porque lo que sentía era mucho más que deseo. Era una ardiente necesidad dentro de ella.

—Sí, sí, sí... ¡oh!

Él se deslizó dentro de ella en un movimiento suave y poderoso.

Después de que él oyó su plegaria desesperada, no hubo la menor duda por su parte. No paró hasta que no estuvieron tan próximos como podían, y entonces la besó, cautivándola con su boca. Estelle gimoteó, lanzando sus brazos alrededor de sus hombros, sólo consciente de que se moriría si este hombre la dejara ahora.

Se mantuvieron tiosos durante otro momento, temblando en los brazos del otro, y entonces Amir empezó a moverse. Empezó lentamente, retirándose hasta su entrada antes de volver a penetrarla como una oleada. Las sensaciones que creaba en ella la hacían gemir y notaba que esas pulsaciones de pasión y placer se convertían en un infierno.

Estelle salmodiaba su nombre una y otra vez, casi sollozando de necesidad. Su cuerpo estaba encendido y, si no pudiera llegar al clímax, pensó, se volvería loca.

Era como si Amir pudiera entender todo lo que estaba tratando de decir. Sus estocadas se hicieron más afiladas, más duras y, con cada golpe, acomodaba su cuerpo contra su clítoris. Se concedió a las sensaciones que le ofrecía, porque le había dicho que cuidaría de ella. Se lanzó hacia las sensaciones y, en sólo unos pocos minutos, su placer llegó al culmen.

Por un glorioso instante, podía sentir todo lo que le estaba haciendo y, luego, de golpe, estaba cayendo, y el placer explotaba por todo su cuerpo como una cascada de potentes fuegos artificiales.

—¡Oh, oh! Dios mío, Amir, te amo...

Se aferró a él mientras su clímax cruzó su cuerpo, tan inevitable e inmisericorde como la marea. Podía sentirse recomponiéndose con el placer y el calor de lo que hicieron juntos. Su clímax la dejó débil y temblorosa, sus ojos cerrados y sus manos apretando convulsivamente los hombros de él.

Amir rugió con placer y sus estocadas se hicieron más y más profundas, empujándola dentro de la cama, hasta que, finalmente, gimió por última vez y enterró su cara en su cuello, respirando con dificultad. Su sólido cuerpo estaba reluciente de sudor y ella notaba la manera en la que temblaba encima de ella. Ella deseó que se quedara siempre, pero finalmente se apartó.

Por el rabillo del ojo, podía verlo retirar el condón y tirarlo antes de volver a su lado. La tiró hacia él y se tumbaron juntos, la espalda de ella contra su pecho, como si hubieran hecho eso mismo cada noche de sus vidas.

Estelle podía sentir el mundo real tratando de inmiscuirse. Iba a haber consecuencias por lo que habían hecho juntos. No conocía el alcance de estas, pero su madre siempre le había dicho que siempre había alguna cuenta que pagar. Rechazó la idea. Habría tiempo para pensar sobre multas y precios más tarde. Ahora mismo, una calma segura y pacífica la cubrió mientras Amir

besaba su hombro.

—¿Estás bien? —preguntó finalmente—. Quizás no he sido tan amable como habría podido.

Estelle ronroneó de placer, apretándose contra él aún más fuerte. Sonrió un tanto al sentir su verga frotándose contra su muslo.

—Todo está estupendamente —dijo, con una voz que sonaba tórrida incluso a sus propios oídos—. Créeme, si no fuera así, te lo habría dicho. Esto... esto es exactamente lo que quería.

Amir sonrió mientras mordisqueaba su hombro.

—Haría esto contigo cada noche —dijo suavemente—. Quizás para ti pueda ser algo normal, pero para mí...

Sus palabras le hicieron incorporarse sentada, mirándolo con ojos como platos, dolidos.

—¿Algo normal para mí?

Él pestañeaba.

—¿Es eso lo que piensas, que esto es algo que hago a las primeras de cambio?

—No... no sé si sé lo que quieres decir...

Ella se quedó mirándolo, sintiendo en el fondo de su garganta que las lágrimas le amenazaban. Tragó con fuerza porque se negaba a permitir a nadie verla llorar cuando estaba completamente desnuda.

—¿Estás diciendo que crees que yo... que crees que soy alguien que

hace esto todo el rato?¿con cualquiera?

Para su tranquilidad, Amir parecía impresionado y culpable.

—¡No! ¡Por supuesto que no! Simplemente... ¡no! No es lo que quería decir, y lo siento si te di esa impresión. Por favor, no te enfades, ven aquí...

Tranquilizada, se derrumbó en sus brazos, estremeciéndose un tanto.

—No podría hacer esto con cualquiera —susurró, con voz débil y quebrada—. No podría. Nunca. Amir, no sé qué pasa por mi cabeza o mi corazón ahora, pero nunca habría hecho nada de esto si no me hubiese sentido de esta manera contigo.

Amir la meció en sus brazos, besando su pelo y susurrándole palabras suaves y reconfortantes.

—Lo sé. Lo siento. Soy un tonto pensando cualquier cosa desfavorable sobre ti. Lo siento.

Estelle sollozó, hundiéndose contra su pecho. Siempre llega la cuenta.

—¿Qué es esto? —Estelle no podía quedárselo más tiempo, y pensaba que si fuera realmente inteligente, nunca se lo habría quedado tanto tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Nos hemos... nos hemos movido muy rápido. Yo nunca antes en mi vida me he comportado de esta manera. Y ahora estoy un tanto asustada.

—¿Asustada? — Amir se puso tenso. Ella notó que él estaba listo para protegerla de cualquier tipo de ataque, pero no era eso de lo que estaba asustada.

—Sí. Me han dado esta maravillosa oportunidad de venir a este país, a aprender, a trabajar y a cumplir uno de mis sueños más queridos. Y ahora que estoy aquí y hago lo que siempre he querido, llegas tú.

—¿Y qué? —preguntó.

—Pues tú eres todo lo que nunca pensé que tendría —dijo tranquilamente—. Y tú eres mi jefe. Y no sé qué he hecho o qué hemos hecho juntos y cómo va a afectar a lo que ambos necesitamos.

Amir permaneció en silencio un momento, y luego la abrazó fuertemente.

—No creo que sepas lo importante que eres para mí. Lo que ocurrió aquí contigo, es todo lo que siempre he querido, todo lo que he deseado. Me has concedido un regalo muy valioso y no hay nada que pueda cambiar cómo me siento al respecto. Me niego a dejar que esto se inmiscuya en lo que quieres. Sé lo profesional y lo talentosa que eres. En el trabajo, simplemente seremos profesionales, y luego, después, bueno... podemos ser nosotros mismos.

Era todo lo que necesitaba oír, lo que necesitaba que hubiese ocurrido. Mientras se abrazaba mimosamente y se deslizaba hacia el sueño, se preguntaba porque sentía que no era suficiente.

Amir observaba cómo Estelle se deslizaba hacia un sueño profundo y confiado. Se quedó tumbado silenciosamente para no despertarla, pero había

una vorágine en su interior.

—¿*Qué estoy haciendo?*

Esto no había cambiado nada. La casamentera iba a venir igualmente, y él tenía una tradición familiar que mantener. Había una docena de mujeres de origen noble y excelentes conexiones familiares con las que se tenía que reunir, de las cuales escoger una para casarse algún día.

Entonces miró hacia la joven en sus brazos, y sintió una ola de satisfacción cubriéndolo. La idea de separarse de Estelle le dio ganas de gritar, luchar, de tirar por la borda todo aquello en lo que había creído.

Tenía que haber una manera de moverse en esa dirección. La encontraría. Ellos eran demasiado importantes para hacer cualquier otra cosa.

Capítulo Siete

Cuando Estelle se despertó, estaba sola en la cama enorme. Por un momento, gozó en esa vasta expansión de espacio, pero luego se dio cuenta de la hora que era.

—¡Dios mío!

Dio un respingo y saltó de la cama, sólo para acabar en brazos de Amir. Tuvo un momento para apreciar su pecho desnudo, antes de mirarle en pánico.

—¿Qué pasa, pececillo?

—Son casi las diez —aulló—. ¡Llegamos tarde al trabajo!

Amir sacudió su cabeza.

—He movido un tanto la agenda. Tengo una videoconferencia dentro de unas pocas horas. Pero la puedo hacer aquí y he importado la mayoría de los archivos que necesitamos, así que podemos trabajar desde aquí. Lo he hecho con tal frecuencia, que no va a despertar sospechas.

Estelle respiró profundamente, tratando de eliminar adrenalina.

—Me alegro de que estuvieras pensando con antelación, porque yo, desde luego, no lo hacía —dijo, deslizándose en la cama de nuevo. Se sonrojó cuando se dio cuenta de que estaba totalmente desnuda y Amir le estaba echando el ojo como si fuera una excelente comida que estuvieran sirviendo sólo para él. Ella sonrió, lista para atraerlo contra ella, pero luego se dio

cuenta de lo ocurrido y se puso seria.

Notando su cambio de ánimo, Amir se acercó y la miró inquisitivamente.

—¿Qué somos el uno para el otro? —preguntó tímidamente—. Lo que hicimos ayer, ¿fue algo de una sola noche? Dijimos muchas cosas arrastrados por la pasión, pero quiero hablar sobre ellas, ahora que estamos un poco más tranquilos.

—Tú eres la persona que quiero más de lo que he nunca querido en la vida —dijo poniéndose de rodillas ante ella—. Me has provocado una especie de pasión que sólo había soñado. Y no quiero dejarte ir.

Ella sonrió un tanto, peinando con sus dedos su negro pelo.

—Yo tampoco quiero dejarte ir —Admitió—. Sé que lo dije anoche mientras... mientras hacíamos el amor, pero te amo. Me conozco lo suficientemente bien para saber que es cierto. Simplemente necesito saber si es sensato para mí hacerlo. Si es seguro para mí hacerlo.

Amir le echó una mirada orgullosa.

—Es la segunda vez que me sacas este miedo. ¿No crees que soy suficientemente poderoso para protegerte de cualquier cosa que puedas temer.

—Ella le sonrió con tristeza. Sé que por mí lucharías contra mil soldados, pero yo no lucho contra soldados. Lucho contra gente en el trabajo pensando que me he ganado el puesto en la cama. Lucho contra gente que me odia por ser tu...

—No digas la palabra que ibas a decir —dijo advirtiéndolo—. Esa no eres tú; lo juro—. Suspiró. —No te puedo proteger de los chismorreos, pero seguro que podemos ser discretos. ¿Quieres que dejemos esto antes de haber empezado?

—No —dijo, picada—, no. Si me dices que estás conmigo, que tú quieres esto tanto como yo, entonces voy a por todas. Te sigo. Simplemente me tienes que decir que quieres esto.

—Más que cualquier otra cosa —dijo enseguida, mirándole a los ojos. Ella buscó su cara y no podía ver ninguna señal de falsedad en ella.

—Bien. —Y lo rodeó con sus brazos.

Hicieron el amor plazeramente en la cama, pero enseguida, la vida real se tenía que entrometer. La reunión que tenía que atender a través de un enlace video era importante, y Estelle deseaba sentarse en ella y tomar notas, pero el negó con su cabeza.

—Pide un taxi, para que te lleve a esta dirección —dijo, alcanzándole una tarjeta—. Es

el servicio de sastrería de mi familia y se asegurarán de que estás lista para Kalil Enterprises.

Cuando puso cara de protestar, le dio un beso en la cabeza.

—Vas a representarme y, si quieres hacerlo, hay un nivel mínimo que tienes que mantener. Ellos saben mejor que tú lo que es adecuado para Dubai y,

para ser sincero, lo saben mejor que yo mismo. Cuando llegues, les dices quien eres. Les dejé el encargo el pasado fin de semana, y deberían de estar listos para ti.

Estelle sonrió, poniéndose de puntillas para besarlo en la mejilla.

—¿Piensas en todo, no?

El dejó escapar una sonrisa.

—Lo intento. Pero ahora deberías irte. La conferencia de video empieza dentro de poco.

Por un lado, era contraria a dejar a Amir, pero por otro, estaba más que entusiasmada de salir y moverse por su cuenta en Dubai. Cuando apareció el conductor, le entregó la tarjeta y se sentó en el asiento de atrás, mirando la ciudad que todavía era, después de todo, nueva para ella. A pesar de su entusiasmo, con todo lo que tenía que ofrecer Dubai, sin embargo, algo rondaba su subconsciente, algo que le hacía sentirse nerviosa y molesta. Lo rechazó, ya tendría tiempo de revisarlo más tarde.

El sastre estaba situado en una concurrida calle, en la que Estelle vio algunos de los hombres y mujeres más elegantes que había cruzado en su vida. Se sintió completamente fuera de lugar, pero en el momento en el que dijo su nombre, la mujer detrás del mostrador sonrió como si fuera de la familia.

—¡Oh! Se nos avisó de su llegada, señorita Waters —dijo con cierto acento británico—. ¿Tendría la amabilidad de seguirme por aquí?

Lo que siguió fue un vendaval de medidas y telas, que ni siquiera se

habría imaginado considerar en su vida. Siempre había comprado en los cajones de descuento de las grandes tiendas de Nueva York. Esto era un frenesí de lujo que nunca se habría permitido por sí misma, y empezó a entrar en pánico por los precios.

—Perdone, podría indicarme por favor cual va a ser el precio de todo esto? —susurró a la mujer que le había dado acceso.

La mujer frunció el ceño por un instante.

—Amir Kalil ha abierto una cuenta de gastos para su sesión de 30000 dirhams. Si usted cree que va a suponer mucho más, ciertamente le puedo llamar para comprobar si desea extenderla.

La cabeza de Estelle parecía nadar. 30000 dirhams suponían unos 10000 dólares de EEUU. Podía comprar un coche al contado con la ropa que iría a parar a su vestidor. Podía pagar el adelanto de una casa.

—No —dijo débilmente—. Eso... eso será suficiente.

El vendaval siguió y, cuando se le permitió irse, tras prometerle que recibiría los primeros frutos del trabajo del sastre en dos días, el sentimiento de incomodidad volvió con fuerza.

Aquí hay algo que no está bien.

Había tratado de pasar el día explorando la ciudad, pero en cambio, se dirigió al conductor y le pidió que la llevara a su apartamento. A parte de la suya, únicamente estaba tentada de ir a casa de Amir. Había pasado menos de un día en esa casa, pero ya había algo en ella que podía considerar suyo, que le

invitaba a sentirse comfortable.

Sacudió su cabeza. Aún ella era misma y necesitaba hacerse a su propio espacio, su propio lugar en Dubai.

Aun así, cuando subió a su apartamento, lo encontró tan frío e impersonal como una habitación de hotel. Había ordenado su ropa, pero su maleta aún estaba abierta encima de la cama y no había nada en esa estancia que mostrara que le perteneciera.

Sintió ese mismo ataque de nostalgia de nuevo, y se dio cuenta, con sentimiento de culpa, de que no se había puesto en contacto con nadie de casa en los últimos días.

Estelle se sentó en su sofá, mandando mensajes a su familia y amigos, que estaban preocupados. Tranquilizó a casi todos, explicando que le iba bien, que estaba disfrutando mucho, dando sus primeros pasos. Dejó a Amy para el final.

Dudó mirando la hora. Ya habían pasado las dos de la tarde, lo que quería decir que sólo eran las seis y media en Nueva York. Amy se levantaba temprano para ir a trabajar, sin embargo, decidió arriesgarse. Le mandó un mensaje a su amiga, marcado como urgente.

En menos de un minuto, le llegó de vuelta un mensaje preocupado.

¿Podemos con video? Le puso por mensaje, lo que fue correspondido con una invitación a través del chat de Skype.

Cuando se abrió la ventana y pudo ver la cara de Amy, se sintió cubierta

por una repentina onda de alivio. Dubai era maravilloso, Amir era estupendo, pero había algo en ver la cara de su mejor amiga, que simplemente le hacía sentirse feliz.

—Dios mío, Amy, no sabes lo que me alegro de verte la cara...

Amy le sonrió, pero esa sonrisa pronto dio paso a un fruncido de ceño.

—¿Estás bien, corazón? Parecías muy preocupada.

Estelle se mordió el labio. ¿Qué le iba a decir? ¿Que su jefe estaba siendo demasiado amable con ella? ¿Que en medio de esta maravilla, no podía ni hacerse a la idea de cómo se sentía?

—Estoy... estoy bien —empezó dubitativamente—. Supongo que simplemente os echaba de menos y necesitaba oír una voz familiar.

Era en parte verdad, de alguna manera, pero los ojos de Amy se afilaron detrás de sus gafas de pasta. Amy se había comportado como una mujer de lo más amable, pero había una brusquedad en ella que le impedía dejar pasar nada así.

—No estás bien —dijo abruptamente—. Aguanta que voy a avisar a la oficina de que llego tarde.

—¡No hagas eso! —gritó, pero ya estaba mandando el mensaje.

—No te preocupes. No les importa. Entonces, ¿qué pasa, Estelle? ¿Necesitamos una colecta para rescatarte? Sé que Roxy subiría a un avión en un momento si hubiera algún problema, y eso es sin tener en cuenta a tus hermanos.

Estelle empezó a reírse con eso, pero por algún motivo, le salió más bien un sollozo. Para su horror, sus ojos se llenaron de lágrimas, y simplemente tuvo que llorar durante unos minutos. En el otro lado del mundo, Amy susurraba palabras de consuelo, y simplemente esperaba que Estelle se hubiera recompuesto.

—Lo siento por esto —dijo Estelle, secándose los ojos—. No sé qué me ha dado.

—Sí, sí que lo sabes —dijo Amy serenamente—. Dímelo.

Bajo la severa amabilidad de Amy, salió toda la historia.

—Y ahora no sé qué hacer, y todo parece como si fuera a salir perfecto, pero hay algo raro y no sé qué —acabó Estelle con desesperación.

Amy parecía pensativa.

—Parece que quiere con todo su corazón que todo te vaya bien, pero creo que los dos estás siendo un poco cortos de vista sobre todo esto.

—¿Qué quieres decir?

—Los historias de amor de oficina son difíciles —contestó Amy—. Siempre lo son. E, incluso si te metes en ellas con la mejor de las intenciones, las cosas pueden ir mal tan rápido que te puedes marear.

Estelle se mordió el labio. Lo que le pasaba con Amir parecía algo más que una historia de amor de oficina. Lo que se habían dicho el uno al otro resonaba en su cabeza, pero sabía que en muchos sentidos, por lo que Amy podía contar, se trataba de una historia de oficina.

—Yo quiero que no te pase nada —dijo Amy—. Y más que nada, quiero que mantengas los ojos abiertos. Tú tienes buen corazón, cariño, y hay algunos tíos por ahí que te lo podrían pisotear.

—Amir no es de esos —apuntó acaloradamente Estelle—. Sé que no lo es. Amy, si pudieras venir por aquí para verlo, si pudieras hablar con él, te darías cuenta de eso.

—Confío en tu juicio —dijo Amy apaciguadora—. Pero también te indico que fue tu juicio lo que te llevó a llamarme para ver qué pensaba, y eso es lo que pienso.

Estelle no podía discrepar de ella.

Hablaron durante un rato más, y luego Amy con reparos le dijo que tenía que ir a trabajar.

—Ten cuidado ahí fuera. Recuerda cuidarte mucho, ¿vale?

Cuando Amy se desconectó, Estelle suspiró. Había sido estupendo ver a su amiga y hablarle, pero no estaba segura de que hubiera resuelto nada.

Al final del día, se dio cuenta de que simplemente llevaría tiempo. Todo lo que podía hacer era esperar y ver como irían las cosas.

Al día siguiente, llamó al servicio de coches que Kalil Enterprises facilitaba a todos sus empleados. Perdió el viaje al trabajo con Amir, pero entendió que no podía tratarse de algo regular, especialmente cuando no se encontraba en el ático. Fue andando a la oficina para encontrar que acababa de

llegar. Por un simple instante de locura, se preguntó si se había imaginado todo entre ellos dos, pero luego él la miró y su cara se iluminó. Sintió como respuesta una alegría en su interior, y eso era todo lo que podía hacer para no exteriorizarla.

—Mr. Kalil —dijo, yendo a su despacho.

—Buenos días, señorita Waters —dijo él cortésmente—. Hoy estamos con la cuenta de Haseem, así que asegúrese de estar lista para las nueve, hora nuestra.

Trabajaron juntos como una máquina bien engrasada, y ella podía ver en qué sólo podrían mejorar cuanto más tiempo pasaran juntos. Había algo intensamente reconfortante en coger el ritmo de Kalil Enterprises. Ella siempre había sido alguien que disfrutaba de hacer bien su trabajo, y ahora tenía un trabajo en el que sobresalía en la misma medida en que le resultaba un reto.

Al final del día, ella y Amir entraron juntos en el ascensor. En cuanto zumbaron las puertas con el cierre, él la cogió en sus brazos y la besó en la boca. Si ella hubiese sabido que iba a hacer eso, habría podido quedar aturdida. Podría haber protestado o chillado con desmayo. En cambio, operando por puro instinto, se inclinó a besarlo con ganas.

— Todo el día he estado deseando hacerlo —gruñó, mordisqueándola en la oreja prendiendo chispas de puro deseo a través de su cuerpo.

—¿De... de verdad? —preguntó—. Pensé que apenas sabías que existía.

Pensé que te habías olvidado de lo nuestro.

—Nunca —prometió—. Nunca olvidaré lo que somos el uno para el otro y lo que hemos hecho.

Estelle se rió suavemente con cierto nerviosismo.

—Lo estabas demostrando muy bien durante un ratito por ahí.

—Entonces, eso significa que tú no suponías que realmente lo que quería era cerrar la puerta de mi oficina, oscurecer la pantalla de cristal y tomarte encima de mi mesa.

Su impresionado gimoteo fue cortado instantáneamente por otro beso, al que ella se entregó. Ella podía notar la pasión escalando como una ola de calor y era como si hubiese pasado su vida entera pasando frío.

Apenas notó cuando el ascensor se detuvo y Amir la alejó justo a tiempo para el silbido de la apertura de las puertas, revelando a su madre al otro lado.

—Madre —dijo tras un momento—. ¿Qué haces aquí?

—Simplemente, un asunto que quería aclarar con el Departamento Financiero —dijo ella delicadamente—. Y pensé que quizás podría saludarte y, por supuesto, ver cómo progresa la señorita Waters.

Giró sus ojos hacia Estelle, que tartamudeó antes de saludar. Pensó que aquella mujer madura podía traspasarla con la mirada, adivinar lo que habían estado haciendo, pero los ojos de Zaida no eran sino amables.

—Lo estoy llevando bastante bien, señora —dijo, inclinando la cabeza tímidamente.

—Es maravilloso. Cuando llegue el momento, te llevaré a cenar y podremos conocernos mejor. Ahora, por favor, perdonadme ambos, tengo una cita.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron tras ella, Estelle se volvió a Amir confundida.

—¿Normalmente... normalmente suele salir a cenar con tus asistentes?

Amir frunció el ceño brevemente, antes de encogerse de hombros.

—Hace lo que le da la gana, pero, no, la verdad es que es una salida nueva. No tengo la menor idea de qué tiene en mente.

Llevaron el coche de Amir de vuelta al edificio de Estelle y subieron directamente al ático. Estelle iba perdiendo su asombro por el lujo que iba viendo por todos los lados, pero, aun así, se sintió un tanto como Cenicienta en el baile.

Tic, toc, dijo la cruel voz de su cabeza. Cuando el reloj marque las doce, volverás a tus trapos y a fregar los suelos.

Rechazó violentamente esa voz, pero se dio cuenta con desmayo de que se iba a hacer cada vez más difícil hacerlo.

Pasaron juntos una noche mágica. pero por la mañana, Amir se escapó temprano para una rápida reunión y ella tuvo que volver a su propio apartamento para prepararse para el trabajo.

¿Qué estoy haciendo?

Capítulo Ocho

Las cosas continuaron en gran medida como hasta entonces durante unos dos meses. Estelle se sentía como si se estuviera dividiendo lentamente en dos personas. Una era la asistente devota del señor Kalil, que calmaba los ánimos y hacía que todo fuera sobre ruedas. La otra persona era la amante de Amir, que pasaba con el hombre de sus sueños cada momento libre que tenía, envuelta en seda y terciopelo, y visitando lo mejor que tenía que ofrecer Dubai.

Ambas eran vidas buenas. Ambas la satisfacían... pero ella no era dos personas. A veces, tratar de saltar la distancia entre ambas era difícil. Incluso Amir había notado la tensión. Una mañana, antes del trabajo, se había acercado a ella, acariciando con la nariz su nuca.

—Estás cansada —dijo—. Este fin de semana, déjame que te lleve a un hotel. Un sitio tranquilo, con un montón de tratamientos relajantes, y gente a tus pies esperando atenderte.

—¿Estarás tú? —respondió—. Eso es todo lo que necesito.

Amir sonrió.

—Sí que estaré. Puede que tenga que salir temprano para una cita, pero puedo quedarme tanto como quieras.

Ella suspiró, porque sabía que Amir estaba ocupado, pero estaba esa sensación de incomodidad y de pérdida de nuevo. Estaba contenta así, ¿o no?

Cualquier mujer estaría contenta teniendo un amante tan atento y cuidadoso.

Entonces, ¿por qué sentía ese vacío doloroso en el centro de sí misma?

Consiguió la respuesta sólo unas horas después cuando su teléfono sonó.

—Buenos días, está llamando a la oficina de Amir Kalil. ¿En qué puedo ayudarle?

—Sí, soy Naima al Hammadi. Quería informarle de que la joven con la que está citado para el próximo sábado el señor Kalil ha decidido que prefiere la Casa del Té Rusa para almorzar, y ella quería confirmar qué le parece.

Estelle sintió como si la sangre hubiera huido de su rostro. Sus manos estaban entumecidas, pero, de algún modo, consiguió hablar.

—Por supuesto que le puedo informar —dijo, luchando por mantener la voz calma y constante—. ¿Le puedo preguntar el propósito del encuentro?

Naima al Hammadi sonó un tanto irritada, a pesar de reírse.

—Es la primera cita del Sr. Kalil acordada a través de nuestra agencia matrimonial, ¿o ya se ha olvidado? En los últimos dos meses, ha encontrado siempre una cosa u otra con respecto a las personas que le he ido proponiendo. ¿Tiene alguna otra razón para posponerme?

—No, por supuesto que no —se obligó a decir Estelle—. Le informaré, y si hay algún cambio, por supuesto que la llamaré cuanto antes.

—Perfecto, gracias. Desearía a todos mis clientes que tuvieran asistentes tan implicadas como parece ser usted, joven.

Asistente... la palabra resonaba en la mente de Estelle.

No, soy más que una asistente, pensó con repulsión. Le he estado dando MUCHO más que mis habilidades con hojas de cálculo y cifras...

Se sintió desfallecer. ¿Es que los últimos dos meses habían sido un espectáculo para una locuela que se dejaba engañar por el glamour y los regalos espléndidos? ¿Había sido incluso la vulnerabilidad que le había mostrado también un acto para ablandarla? ¿Ella era su amante? ¿Había otras como ella?

Estelle pensaba que iba a ponerse enferma. Cuando fue al baño a refrescarse con algo de agua en la cara, se vio con la palidez de un muerto.

Necesito salir de aquí.

Llamó a un conductor para que la llevara a casa, dejando una breve nota explicando su ausencia a Amir. Una vez que estaba en su apartamento, cerró la puerta detrás de ella. Estelle trató de relajarse, pero allá donde miraba había algo que le recordaba a Amir. Incluso la ropa que ella llevaba, le había llegado por su generosidad, y ahora podía ver lo que esa generosidad suponía para ella.

Intentó llamar a Roxy y Amy, pero no respondían. Estaba tratando de hablar con Roxy de nuevo, cuando le saltó el aviso de una llamada de Amir. Incluso ver su nombre en la pantalla durante un momento era demasiado. Dejó que acabara en el contestador.

Estelle se hizo un ovillo en el sofá, temblando un tanto y esperando. Pensó que se había dormido durante un ratito, porque cuando se despertó, una

puesta de sol de color naranja había tomado el cielo, y oyó una llamada con los nudillos en la puerta. Tras un momento, la llamada cesó, y Amir usó su llave para entrar.

Era tan guapo que se moría de ganas por él, pero ahora era difícil mirarlo sin oír las palabras de la casamentera. El sábado, iba a ver una mujer, una mujer apropiada. Y esa mujer no era ella.

—Estelle, ¿estás bien? Vi tu nota...

—Amir, ¿qué soy yo para ti?

Él frunció el ceño, vino a sentarse cerca de ella en el sofá. Intentó acercarse, pero ella se echó a un lado, acurrucándose tan lejos de él como podía. Algo como el asombro y la tristeza cruzó su cara, pero ahora no podía pensar en eso.

—Tú eres la mujer que me importa. Tú eres la mujer que deseo más que a ninguna otra...

—Por favor, sé sincero —dijo, encontrando por fin el enfado en su interior—. Soy tu... soy tu puta.

Reculó como si ella lo hubiera abofeteado.

—¿Qué estás diciendo?

—Me lo deberías haber dicho desde el principio, en lugar de dejar que me enterara por medio de tu casamentera —escupió—. Todo este tiempo, pensaba que significaba algo para ti, y ahora veo lo que...

—Durante todo el tiempo que hemos pasado y las cosas que hemos

hecho juntos, ¿crees que estaba tan poco implicado? —preguntó—. ¿Crees que haría todo eso con cualquiera?

—No, no con cualquiera —gritó—. ¿Pero con una exótica extranjera que coincide con tu fantasía sobre el libre albedrío americano? Apuesto a que sí.

Amir saltó como con un resorte y, por un momento, ella estaba realmente asustada de su reacción.

—Te he abierto mi país y mi compañía, pero he hecho eso únicamente por el mero valor de tu trabajo. Te he abierto mi corazón, y no he hecho eso con nadie. Si no ves eso...

—Lo que veo es que te estás reservando para una mujer que es apropiada. ¿Qué quiere decir eso exactamente, Amir? ¿Quiere decir una mujer suficientemente rica? ¿Una mujer que tiene una familia como la tuya, que también obligará a sus hijos a seguir las tradiciones en lugar de sus mayores deseos? ¿Qué quiere decir eso?

En un instante, él estaba en el suelo y arrastrándola a centímetros de ella. Tan cerca que parecía cuando se abrazaban, pero esta vez era cargado de furia.

—Te he dado todo lo que soy —rugió—. Todo. Lo que no puedo darte, pensaba que lo entendías, pero, no, has tomado tus propias decisiones, ¿o no?

—La lanzó al sofá, retrocediendo. La furia y el disgusto en la cara de ella retorcían su corazón—. Como ha decidido su papel y el mío, se lo cedo, señorita Waters. Le deseo una gran satisfacción con la vida que ha decidido

que llevemos.

Mientras lo miraba fijamente, Amir salió a zancadas de la habitación dando un portazo y dejando el eco del golpe.

En el inmediato silencio que vino tras el rabioso infierno de ira, Estelle se desplomó en el sofá. Notaba las lágrimas de su cara tibias, y sentía que su corazón se poblaba de malas yerbas espinosas.

—¿Qué estoy haciendo? —se preguntó, pero la habitación vacía no tenía la respuesta.

Amir conducía sin rumbo fijo por lo que le parecían horas. Cayó la noche y Dubai se despertó a su alrededor. Dubai era una ciudad hermosa, pero muchos decía que en realidad era una ciudad nocturna. La gente liberada del trabajo salía a las calles a divertirse, y los bares y clubs estaban brillantemente iluminados. Había un momento en el que uno podía lanzarse de cabeza, pero ahora le parecía vacío, completamente sin sentido.

Cómo se atreve a decir esas cosas, se enfurecía. Cómo se atreve a valorar tan poco todo lo que habíamos...

Una vocecita en algún recodo de su cabeza le pidió que fuera justo. La calló mientras pudo, pero al fin, era tan fuerte que no podía ignorarla.

Te lo dio todo; tú podías notarlo. Te dio todo a ti y no se merece enterarse por tu maldita casamentera de que tenías una cita.

¡No era una cita! No tenía intención de seguir con...

¿De seguir con algo que se fijó hace siglos con el peso de tu familia y todas tus tradiciones detrás? ¿Cómo iba a saberlo ella?

Cuando Amir se dio cuenta de ello, tuvo que echar su coche a un lado de la carretera para respirar un momento. Si alguien hubiese elegido pelear con él en ese momento, se habría lanzado a la batalla, con tal de no notar lo que sentía en ese momento.

¿Cómo lo iba a saber ella?

Las palabras resonaron en su cerebro una y otra vez hasta que zumbaron con la respuesta cierta. No había modo en que pudiera saberlo. De ninguna de las maneras. Era normal que hubiese pensado que era su amante, su puta.

Ahora la mujer que amaba por encima de cualquier otra cosa estaba aplastada bajo el peso de la tradición que lo había aplastado durante lo que parecía toda la vida... y no podía permitir eso.

Cada parte de él le pedía ir a verla, confortarla y animarla. Otra parte de él, amarrada a la tradición lo retenía.

No. Había una manera de hacer esto.

Llevó su coche a través del tráfico hasta la casa de su familia.

Los Kalil habían sido parte fundamental de la construcción de Dubai. Muchos se sorprenderían al saber lo tranquila que era su casa principal. La casa en la que Kalil había crecido estaba rodeada de muros altos encerrando un pequeño jardín y un patio, pero la casa en sí era sorprendentemente acogedora.

Amir entró en la casa con prisa. Localizó a su padre y su madre en el salón, y la escena que se le presentó era tan familiar que se le encogía el corazón. Su padre estaba desparramado en el sofá y su madre estaba sentada en una silla a su lado. Ambos leían, ahora en tablets en lugar de libros, pero sus manos libres estaban entrelazadas entre sí.

Esto es lo que te ofrece la tradición, dijo una voz en su cabeza, pero la desterró. No merecía la pena si Estelle no estaba con él.

—Madre, padre, tengo que hablar con vosotros.

Su padre, Zamir, se estiró hasta una posición sentada, su madre miró para arriba.

—Por lo que más quieras, habla —dijo Zamir, sus ojos oscuros preocupados.

Amir tomó aire profundamente.

—No voy a ir a la cita con la mujer que me ha buscado la casamentera. Me niego. No voy a pasar por esto.

Su madre se puso en pie, con los brazos cruzados y con ojos de acero.

—Oh, querido hijo mío, ¿y qué piensas hacer, entonces?

Amir apretó los dientes.

—Voy a ir a ver a Estelle Waters y le voy a suplicar que me perdone por comportarme como un imbécil con ella durante dos meses, y luego, si le da por concederme otra oportunidad, me casaré con ella.

No estaba seguro de lo que esperaba. Recriminaciones, quizás lágrimas.

En cambio, sus padres estallaron en amplias sonrisas.

—Enhorabuena —dijo Zamir, aprobando con la cabeza como evidencia de placer y orgullo.

—Parece una mujer fina y elegante. Muy brillante. Muy leal —dijo Zaida.

Amir pestañeó.

—Toda mi vida me has dicho que la tradición era lo que más importaba —dijo frunciendo el entrecejo—. Me decías que mi vida era para la familia.

—Sí —dijo su madre firmemente—. Y tú no has dado ningún impulso para empezar tu familia por ti mismo. Si no podías encontrar una mujer que te conviniera, le tocaba a tu familia inmiscuirse. En cierto modo, ha funcionado, puesto que has encontrado la encantadora señorita Waters.

Amir cabeceó con la nitidez de la línea de pensamiento de su madre. Podría haberse quedado a discutir y luchar, pero había otras cosas que hacer. Les dijo adiós a sus padres y que sabrían enseguida lo que iba a ocurrir, y se montó en su coche.

Amir entró en el tráfico a un paso vertiginoso. No podía esperar a volver a ver a Estelle, pero había unas pocas cosas que necesitaba coger primero.

Capítulo Nueve

Estelle casi había dejado de llorar. De cuando en cuando, sollozaba y, si no tenía cuidado, estallaba en gemidos, pero casi había dejado de hacerlo. En cambio, había hablado con Roxy, había hablado con Amy y ahora ya sabía qué iba a hacer.

Su maleta, que había estado guardada en la parte trasera del armario desde que llegó a Dubai, estaba abierta en la cama, y ella estaba empaquetando tranquilamente sus cosas. Estaba dejando cuidadosamente los hermosos vestidos que Amir le había comprado en los colgadores del armario. Él quizás los vendería o quizás, conociendo la riqueza de la familia Kalil, se los darían a la mujer que trabajaba par ellos. No le importaba o al menos se dijo a sí misma que no le importaba.

Tomó un hondo respiro, poniendo el último de sus vestidos en la maleta. Supuso que era afortunada. Otras mujeres, en su caso, no tenían una cuenta corriente para hacerse cargo de la situación. Otras mujeres no tenían la familia y amigos a los que volver, y que les ayudaran a cicatrizar.

Cicatrizar

Las lágrimas le amenazaban nuevamente. No estaba segura de cómo iba a recuperarse de todo esto. Su vida en Dubai había sido todo lo que deseaba. Había sido una gran aventura, y no tenía ni idea de qué había ido tan mal. La

idea de que había acabado y de que estaba dejando no solamente el hombre de quien se había enamorado, sino también la ciudad que había venido a representar su corazón, era devastadora.

Respiró hondamente. Superaría esto. Pondría un pie delante del otro hasta que Dubai quedara muy atrás, hasta que Amir fuera simplemente un recuerdo. Podría hacer esto...

Una repentina llamada a la puerta la hizo saltar.

Por un momento, no tenía ni idea de qué hacer, pero sus pies eran más sensatos que ella. Anduvo hasta la puerta como en trance y, de alguna manera, no se sorprendió de ver a Amir allí de pie. Sus emociones estaban tan apagadas y cansadas que sólo podía notar que tenía mal aspecto.

—Estelle, lo siento.

Echó un vistazo a las flores que llevaba en la mano, antes de volver a sus maletas.

—Ahórratelas —dijo apagadamente—. No voy a volver a la manera en la que transcurrían las cosas antes. Estaban mal y la única razón por la que dejé que llegaran hasta ese punto es que estaba cegada. Y ya no lo estoy.

—Estelle... ¿te vas?

—Claro que me voy, mierda —dijo, recuperando algo de su fuego—. No voy a estar aquí y ser tu amante, mientras te casas con alguna chica que no tiene la menor idea de lo que eres. No me pienso echar a un lado mientras te instalas en una vida que nunca quisiste. No puedo hacer eso.

—Amor mío, por favor, vuelve.

No podía. Se obligó a fijar su maleta, la vista de la noche de Dubai por la ventana, cualquier cosa salvo el hombre que tenía delante. Dios, él era todo lo que ella quiso, y ahora, ¿de qué le servía que estuviera aquí? ¿Para pedirle que se quedara para mantener su fantasía de libertad americana? ¿Para seguir prolongando su dolor?

—No puedo —dijo con furia, y su voz se quebró en la última palabra. — No puedo —repitió—. No te puedo mirar. Te quiero tanto, Amir, y saber eso no significa nada para ti, y saber eso después de todo el tiempo que hemos pasado juntos, que te vas... que te vas a casar con una chica que te han encontrado tus padres...

—No me voy a casar con nadie, salvo contigo.

Las palabras eran tan raras, que al principio Estelle parpadeó. Estaba segura de haberle oído mal.

—¿Qué dices? —sus palabras salían como un susurro seco.

—Quiero decir que no voy a seguir adelante con lo de la agencia matrimonial. No hay ninguna razón para hacerlo, porque ya he encontrado la mujer perfecta para mí.

Su risa tenía un sonido severo, áspero como el graznido de un cuervo.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué juegas conmigo? ¿No te has divertido bastante? Déjame ir...

Podía oír a Amir moviéndose hasta que estaba justo detrás de ella. Podía

sentir su calor contra ella, tan familiar, que habría dado lo que fuera para poder recostarse con ese calor una vez más. Así pintaba el final, en cambio. Si le tocara, se quedaría, sin importar cuantas mentiras le cazara.

—Tienes todo el derecho a hacer lo que quieras —dijo Amir tranquilamente—. Lo que quieras, te ayudaré. Si quieres dejar Dubai, si quieres empezar tu propia actividad en Estados Unidos, si quieres volar a Tombuctú, te ayudaré. Pero... quizás consideres otra oferta.

—¿Una oferta, Amir? —. Hubiese querido decir algo cortante, pero en cambio, su voz era dulce y anhelante. Incluso aquí, incluso ahora, quería que su tiempo en Dubai con Amir hubiese sido real. Esperaba y sabía que ello la destrozaría, pero aun así esperaba.

—Sí. Quedarte en Dubai. Conocer mi familia debidamente. Traer aquí tu familia, para que puedan conocerse, o decirles que vamos y reservarnos un vuelo a Nueva York tan pronto como quieras. Cásate conmigo. Ven a mi casa y hazla la tuya. O, si lo prefieres, podemos encontrar un sitio que nos vaya bien a los dos, cualquier sitio del mundo. Ven a trabajar conmigo. Ven a ayudarme a hacer de Kalil Enterprises algo más grande de lo que ya es.

Estelle tomó aire con dificultad, abrió los ojos como platos sin acabar de ver, pero él seguía.

—Cuando estemos listos, tendremos niños. Quizás uno o dos, quizás más, si eso es lo que queremos los dos. Podemos criarlos con las tradiciones de mi familia y con las de la tuya, y cuando se rebelen contra las dos, podemos

llorar y dejarles forjar las suyas. Quiero que mis hijos tengan tu curiosidad y quiero que mis hijas tengan tu coraje.

—Amir...

—Cásate conmigo —dijo suavemente Amir—. Por favor, date la vuelta, Estelle.

Se estaba dando la vuelta antes de que las palabras salieran de su boca, tirándose en sus brazos y dejando que las lágrimas que estaba rechazando le cayeran libremente por la cara.

—Por favor, por favor —susurró—. Esto no puede ser mentira. No me mientas.

—Nunca, nunca. Te amo, Estelle. Te amo y no quiero pasar ni un día sin ti.

Se encontró riéndose a través de las lágrimas y luego, para su sorpresa, Amir se hincó de rodillas, con una pequeña cajita de terciopelo en la mano.

—Estelle, esto es para ti. Tomes la decisión que tomes, es para ti.

Abrió la cajita para descubrir un hermoso anillo de diamantes, rodeado de zafiros más pequeños de color azul, como el cielo del desierto.

—¿Te casarás conmigo? ¿Me amarás?

—Oh, Amir, sí. Sí, toda la vida...

Él deslizó su anillo en su dedo, y la alzó en sus brazos. Se sentía como si hubiesen estado el uno sin el otro durante toda la vida y al besarse ambos sabían que nunca volverían a estar solos.

Capítulo Diez

Seis meses después

Estelle se sentó en el saliente de roca, mirando hacia la playa y las olas. En el agua brillante, Roxy y Amy jugaban como si fuesen hermanas de sangre y, justo detrás de ellas, uno de sus hermanos arrastraba a un hermano de Amir a las olas. En la playa, bajo el reparo de la tela de una amplia caseta, su madre charlaba con Zaida, mientras su padre y el padre de Amir sesteaban pacíficamente en sus respectivas hamacas.

Aún así, todo parecía incompleto hasta que no llegó Amir a sentarse junto a ella, pasándole el brazo por detrás de sus hombros.

—¿Te has puesto crema solar? —preguntó—. No quiero que te quemes.

—Estoy bien —dijo—. Pero, ¿has mirado por aquí?

Amir echó un vistazo.

—Puedo ver que Bahir por fin está llevándose su recompensa por decir lo que dijo del fútbol americano. ¿Es eso lo que quieres decir?

Ella se rió un tanto, moviendo la cabeza.

—No exactamente. Lo que quiero decir es que esa es nuestra familia. Las dos partes, y ya no hay separación. Podrían irse a casa después de esto y no volver a verse durante meses o años. Puede que no tengan mucho en común, más allá de nosotros. Pero, ahora mismo, son una misma familia. Están

contentos y están aquí por nosotros.

El brazo de Amir la apretó reconfortante.

—Sí. Admito que al principio estaba un poco preocupado, pero parece que todo ha ido bien.

—¿Quieres decir que estabas asombrado de que Amy y Roxy parecían querer matarte nada más llegar? —contestó burlescamente.

Amir se rió, sacudiendo su cabeza.

—En Dubai, mi familia forma parte de la realeza y se me considera un príncipe. El hecho de que dos mujeres americanas bajen de un vuelo y me suelten que están vigilando el mínimo indicio que pueda dar de mal comportamiento con su amiga y hermana... era nuevo para mí.

—Bueno, para ser sincera, tenían buena memoria. Pero sé que llegarán a quererte en su momento, igual que me quieren a mí.

Amir se encogió de hombros jocosamente.

—Estoy contento de que tengas unas protectoras tan fieras. Pero, corazón, te quiero hacer una pregunta.

—¿Sí? —Una parte de ella siempre se emocionaría cuando la llamara corazón. Le hacía sentir un escalofrío recorriendo su cuerpo.

—¿Te casarás conmigo?

Se rió, besándolo en el mentón.

—¿De qué hablas? Claro que sí. Ya me lo habías preguntado.

Le sonrió y ahora podía notar el aire travieso de sus ojos.

—Perdón, debería de haberlo expresado de otro modo —dijo seriamente—. ¿Te quieres casar conmigo esta noche?

Abrió los ojos como platos.

—¿De qué hablas?

—Este complejo está reservado enteramente para nuestras familias. Cuando estábamos planeando esta excursión, de repente se me ocurrió lo perfecto que sería si nos casáramos aquí y ahora, delante de toda la gente que es importante para nosotros...

Mientras ella seguía mirándolo, siguió.

—Hay profesionales que están avisados. Están los del catering, los encargados de la ropa que necesitamos. Hay docenas de trajes para probarte si es lo que quieres. Hay un oficiante y una cena.

Se paró, mirándola directamente sus enormes ojos verdes.

—Todo lo que necesitas es decir que sí.

Por un instante, Estelle no podía hacer que su boca respondiera. Era demasiado grande, demasiado. Luego, recordó con quién se había comprometido, con quien se iba a casar y se rió.

—¡Sí! ¡Oh, sí! —dijo, lanzando sus brazos alrededor de su cuello—. Sí, Amir. Me casaría contigo en un juzgado con sólo dos testigos, pero ahora que tenemos a nuestras familias cerca...gracias, muchas gracias...

Amir se rió, estrechándola en sus brazos. La alegría de esta mujer sería suficiente para alegrar toda su vida.

—Bien. Vamos a decírselo a nuestras familias. Querrán prepararse.

En menos de cuatro horas, un par de mujeres perfectamente competentes, estaban poniendo los toques finales al vestido de boda. Se había angustiado con los vestidos por un momento, preguntándose si debería elegir una increíble *abaya* con perlas reales sembradas por el corpiño o el vestido occidental que le atraía, pero Zaida se inmiscuyó.

—Este es tu matrimonio y tú eres la que ha elegido mi hijo —dijo firmemente—. Elige con el corazón y todos te vamos a bendecir por ello.

Al final había elegido el vestido occidental, un traje con un largo velo de seda blanca y un corpiño bordado de plata. Cuando se miró en el espejo tras maquillarse, casi no se reconoció. El brillo de la seda blanca le daba un lustre casi sobrenatural. Estaba hermosa como nunca hubiera soñado.

—De acuerdo, es la hora —dijo Roxy, engalanada con el traje de dama de honor. Ella y Amy habían estado encantadas con los preparativos y habían mariposeado alrededor de ella, ayudándola a que todo estuviera perfecto.

Llegaron a lo alto de las escaleras, esperando que empezara la música. El salón de baile del centro turístico había sido reconvertido en el lugar de la ceremonia y habían transformado un agradable espacio en un fabuloso cuento de hadas de flores y velas. Una parte de ella no podía creer que todo aquello era para ella. La otra parte no podía esperar a ser la mujer de Amir.

—¿Estás bien? —preguntó Amy, cogiendo su mano brevemente.

—Sí, claro —dijo respirando hondo—. Sí.

Pensó en el último año, en la chica inocente que había sido, tomando un avión para cruzar el mundo. Pensó en el aprendizaje de Amir, el aprendizaje de Dubai, y sobre todo en el aprendizaje del modo en que el amor encajaba con todo aquello. Había pensado que el viaje la convertiría en lo que era, pero había resultado que había sido el amor.

Empezó la música y Roxy bajó las escaleras, seguida por Amy. Por un breve instante, estaba sola. Tomando aire profundamente, empezó su procesión.

Entró en una estancia iluminada por velas titilantes y adornada con rosas blancas. A ambos lados del pasillo estaba su familia y sus amigos, la gente que más quería en el mundo.

Al final del pasillo estaba Amir y, cuando vio esa atractiva cara y el amor en sus ojos, sabía que era una historia que no acabaría nunca.

FIN

[¡HAZ CLIC AQUÍ](#)

**para suscribirte a mi boletín de noticias y conseguir
actualizaciones EXCLUSIVAS sobre ofertas,
avances y novedades!**